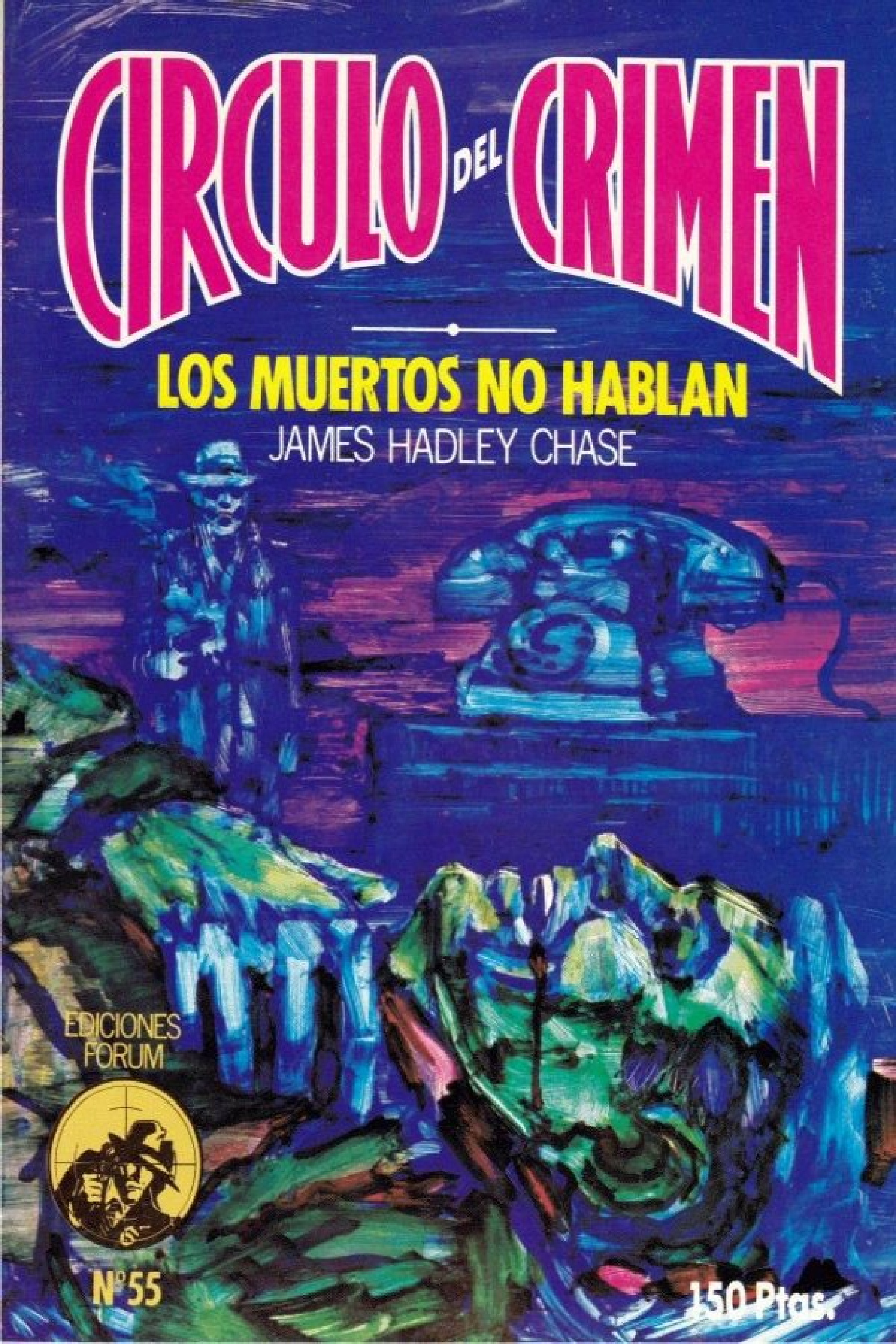

CIRCULO DEL CRIMEN
LOS MUERTOS NO HABLAN
JAMES HADLEY CHASE
EDICIONES FORUM
Nº 55
150 Ptas.

Chase James Hadley

LOS MUERTOS NO HABLAN

Círculo del Crimen Nº 55

ePub r1.0
Rbear 21.12.15

Título original: *The Dead Stay Dumb*
Chase James Hadley, 1939
Forum: 1984
ePub base r1.2

Primera Parte

Eran tres. La amplitud del local los protegía del sol, que quemaba la calle ahí afuera. Estaban sentados alrededor de una mesa, cerca del bar, bebiendo whisky de maíz.

Detrás del mostrador del bar, George sostenía un estropajo con sus dedos gruesos y los escuchaba hablar. De vez en cuando asentía con su cabeza cuadrada y decía:

—Tiene toda la razón del mundo, don.

Simplemente los aprobaba. Eso era todo. Walcott jugueteaba inquieto con una moneda que tenía en el bolsillo del chaleco. Era toda la plata que tenía y eso lo preocupaba. Freedman y Wilson le habían pagado una vuelta, y ahora se acercaba su turno. No podía afrontarlo. Su cara débil y pecosa empezó a brillar. Se tocó el bigote ralo con un sucio dedo pulgar y se movió con inquietud.

Wilson dijo:

—Estos días no se puede ir a ninguna parte sin que haya algún vagabundo piojoso en busca de un lugar donde dormir gratis y un bocado de comida. Este pueblo está plagado de vagos.

Walcott dijo con rapidez:

—¿No está haciendo mucho calor aquí? Parece que hiciera demasiado calor hasta para tomar.

Freedman Y Wilson lo miraron con suspicacia. Luego Freedman vació su vaso y lo puso sobre la mesa con un leve golpe.

—Para mí nunca hace demasiado calor para beber —declaró.

George se inclinó sobre el mostrador.

—¿Lo lleno, don? —le dijo a Walcott.

Walcott vaciló, miró las caras fríamente suspicaces de los otros dos, y asintió. Puso la moneda sobre el mostrador. Lo hizo de mala gana, como si separarse de ella le produjese un sufrimiento físico. Dijo:

—Para mí, no, Dos, nada más.

Se produjo un pesado silencio mientras George servía la bebida. Los otros dos sabían que era la última moneda de Walcott, pero no

estaban dispuestos a perdonarlo. Estaban decididos a sacarle todo lo que pudieran.

George tomó la moneda, la miró, la hizo girar entre sus gruesos dedos y la arrojó en el cajón de la caja registradora. Walcott seguía cada uno de sus movimientos con una intensidad penosa. Giró un poco en su silla para no ver cómo los otros tomaban. Se tapó los ojos con las manos.

Las puertas vaivén del bar se abrieron y dieron paso a una chica. Se detuvo indecisa en el reducido lugar iluminado por el sol, tratando de ver algo en la penumbra del recinto. Luego se aproximó al mostrador.

—Buenos días, señorita Hagan; ¿cómo está su papá? —dijo George.

—Déme una botella de whisky —contestó ella.

George buscó debajo del mostrador y colocó una botella delante de la muchacha. Ella le dio un billete y, mientras él buscaba el cambio, miró alrededor. Vio a los tres, que estaban sentados mirándola. Parecían figuras de cera, ajenos a todo excepto ella. Los miró lentamente uno a uno y luego irguió la cabeza y se volvió hacia el mostrador.

—No tengo todo el día —dijo—. Muévase, ¿quiere?

George puso el vuelto sobre el mostrador.

—Ah, señorita Hagan... —comenzó a decir.

Ella recogió rápidamente el dinero y la botella.

—Olvídelo —dijo, y se marchó.

Los tres se dieron vuelta en sus sillas cuando ella pasó. La miraron con los ojos brillantes, fijos y sin pestañear. La vieron empujar las puertas vaivén y desaparecer en la calle ardiente, bañada por el sol.

Hubo un silencio prolongado. Luego Freedman dijo:

—No tiene absolutamente nada debajo del vestido, ¿vieron?

Walcott seguía con la mirada clavada en la puerta, como esperando que ella volviera. Con nerviosidad se secó las manos en una gorra que tenía sobre la rodilla.

Wilson dijo:

—Si yo fuera Butch desollaría... a esa putita.

George dijo:

—¿No es una belleza? No hay ninguna hembra como ella en este pueblo de mala muerte, ¿no es verdad?

Walcott arrancó los ojos de la puerta.

—Sí —dijo—. ¿Vieron cómo entró? Parándose en la puerta de esa manera, mostrando todo lo que tiene. Esa chica es una

provocadora. Uno de estos días se va a meter en problemas, ya lo van a ver.

Freedman miró de soslayo.

—No sabes nada —contestó—. No tienes nada que enseñarle a esa nenita. Les aseguro que está caliente. La he visto de noche con uno de esos ingenieros en el campo.

Los otros dos movieron de golpe sus sillas hacia adelante. Se inclinaron sobre la mesa. George los miró. De repente habían bajado las voces. No podía oír lo que decían. Vaciló, y luego, sintiéndose excluido, se corrió hacia el otro lado del mostrador y se dedicó a pulir vasos. De cualquier modo, se dijo, no era demasiado saludable estar hablando de la hija del viejo Butch Hogan. El viejo Butch todavía era peligroso.

La sombra larga y famélica de un hombre cayó en el piso de la cantina, haciendo que George levantara bruscamente la mirada.

El hombre estaba parado en la entrada, manteniendo las puertas vaivén abiertas con las manos. Un sombrero estropeado y grasiento, volcado sobre la cara, ocultaba sus ojos. George lo miró, vio la chaqueta raída y manchada, los pantalones andrajosos y los zapatos rotos. Automáticamente tendió la mano hacia adelante y le puso la tapa al bol del almuerzo gratuito.

"Otro maldito vagabundo", pensó.

El hombre entró cojeando. Miró a los tres que estaban sentados a la mesa, pero ellos no lo vieron. Todavía discutían acerca de la chica. George se inclinó hacia adelante sobre el mostrador y escupió en la escupidera de bronce. Luego, habiéndose expresado, se enderezó y siguió lustrando un vaso.

—Me llamo Dillon —<lijo el hombre lentamente.

—¿Sí? —Contestó George—. No significa nada para mí. ¿Qué toma?

—Déme un vaso de agua. —La voz de Dillon era profunda y áspera.

—Acá no servimos agua —manifestó George con tono hostil.

—Pero me la servirás a mí y con gusto. ¿Me oyes, inútil? Dije agua.

George buscó su garrote debajo del mostrador, pero Dillon de repente empujó su sombrero hacia arriba y se inclinó hacia adelante.

—No vas a empezar nada —dijo.

Los fríos ojos negros que lo miraban hicieron que George se estremeciera repentinamente. De golpe, sacó la mano de abajo del mostrador. Dillon seguía mirándolo fijamente.

George no tenía agallas. Era corpulento, y cada tanto tenía que reprimir a alguien con su garrote. Lo hacía sin pensar. Ese vagabundo era distinto. George sabía que no conseguiría nada siendo rudo con un tipo como ése.

—Bueno, tome el agua y mándese a mudar de aquí. —Empujó una botella de agua sobre la madera en dirección a Dillon.

Los tres que estaban sentados a la mesa dejaron de hablar de la hija de Hogan y se volvieron en sus sillas.

—¡Por Dios! ¡Otro vago que entró!

George empezó a sudar. Se acercó a Freedman por el mostrador, meneando la cabeza a modo de advertencia.

Dillon tomó un trago muy largo de la botella de agua.

Seguro de sí mismo, gracias a sus dos compañeros, Freedman continuó:

—Ese inútil apesta. Échalo de aquí. George.

Dillon puso la botella sobre el mostrador y volvió la cabeza. Su rostro blanco, como de arcilla, sobresaltó a Freedman. Dillon dijo:

—Usted es la clase de sinvergüenza que se hace dar una paliza cualquier noche oscura.

Freedman se amilanó un poco. Se volvió dando la espalda y empezó a hablar con Walcott.

Justo en ese momento entró Abe Goldberg. Tenía unos sesenta años, una gran nariz ganchuda y dos ojillos vivaces. Las comisuras de la boca hacia arriba le daban un aire bondadoso. Saludó a George con un gesto de la cabeza y ordenó una gaseosa. Dillon lo miró con atención. Abe tenía un aspecto zaparrastroso, pero usaba un grueso cordón de oro sobre el pecho. Dillon miraba eso con interés. Su mirada se cruzó con la de Abe. Éste preguntó:

—¿Usted es forastero?

Dillon empezó a arrastrar los pies en dirección a la puerta.

—No se preocupe por mí —respondió.

Abe lo miró de arriba abajo, suspiró y puso su vaso sobre el mostrador. Se acercó a Dillon, mirándolo de frente.

—Si necesita comer algo —dijo— vaya al negocio de enfrente. Mi esposa le preparará algo.

Dillon se detuvo para mirar a Abe, mientras sus ojos fríos estudiaban el rostro del hombre. Luego aceptó:

—Sí, me parece que voy a hacer eso.

Los tres de la mesa y George lo vieron salir de la cantina arrastrando los pies. Freedman comentó:

—Seguro que es un mal tipo. Hay algo en él…

George se secó la cara con el estropajo. Estaba muy contento de

que Dillon se hubiera ido.

—Hay que tener cuidado con esos vagos, señor Goldberg —dijo —. Usted no sabe cuán violentos son los vagabundos.

Abe vació su vaso y luego meneó la cabeza.

—Es un buen hombre. Tiene hambre. —Eso fue todo lo que dijo. Cruzó la calle y entró en la tienda.

Abe Goldberg estaba orgulloso de ese negocio. Era muy bueno. En las Tiendas Goldberg se podía conseguir la mayor parte de las cosas. Tal vez hubiera que pagar un poco más, pero era conveniente. Todo bajo un mismo techo. Ahorraba una caminata en el calor, de manera que uno esperaba pagar un poco más. De cualquier manera, a Goldberg le iba muy bien. No andaba tirando la plata ni alardeaba de ella. Simplemente la ahorraba en el Banco y no decía nada. A la mayor parte de la gente le gustaba Abe. Era muy astuto, pero como eso también era de esperar, había que regatear con él. A veces, si se regateaba el tiempo suficiente, uno conseguía lo que quería más barato. El negocio de Abe era el único en el pueblo en el que se podía regatear. Y a veces a la gente le gusta hacerlo.

Abe entró en su tienda oscura y fresca, olfateó los distintos olores y sonrió para sí. Su esposa, que era un poco mayor que él, sacudió sus rizos oscuros. Era gorda y tenía grandes semicírculos de humedad debajo de los brazos, pero Abe la quería mucho.

—Goldberg —le dijo—. ¿Qué es eso de mandarme vagabundos a mi cocina?

Abe alzó los hombros estrechos y abrió las manos.

—Ese hombre tenía hambre —dijo—. ¿Qué podía hacer yo?

Levantó la puerta trampa del mostrador y pasó al otro lado. Su mano pequeña palmeó el brazo grande de su esposa.

—Ya sabes cómo es —dijo con suavidad—. Hemos tenido hambre. Dale una oportunidad, Rosey. ¿Quieres?

Ella asintió.

—Siempre es lo mismo. Llegan vagos y más vagos a este pueblo y todos se dirigen a ti. Te lo digo, Goldberg. Eres un incauto. —A él le encantaba su sonrisa grande y carnosa.

—Eres una mujer dura, Rosey —dijo, volviendo a palmearle el brazo.

Dillon estaba comiendo en la cocina, atento y adusto, cuando Abe entró. Levantó la mirada, mientras seguía con la cabeza agachada sobre el plato y luego volvió a bajar los ojos.

Abe estaba de pie allí, moviendo un poco los pies por la turbación.

Por fin dijo:

—Siga comiendo.

Con la boca llena, Dillon contestó:

—Seguro.

Sentado allí, con el sombrero todavía calzado en la cabeza, y el cuchillo y el tenedor empequeñecidos en sus grandes manos velludas Dillon impresionaba a Abe. Un poder intenso y salvaje emergía de él. Abe lo sentía. Lo asustaba un poco.

Por decir algo, preguntó:

—¿Viene de lejos?

Una vez más alzó sus ojos fríos y lo miró.

—De bastante lejos —respondió.

Abe acercó una silla y dejó caer con cuidado su cuerpo pequeño. Puso las manos sobre la mesa, manos limpias y suaves como las de un niño.

—¿A dónde se dirige? —preguntó.

Dillon arrancó un trozo de pan de la hogaza y limpió bien su plato, luego se puso el pan en la boca y lo masticó lentamente. Apartó el plato y se sentó hacia atrás con los pulgares enganchados en el cinturón. Todavía mantenía la cabeza ligeramente baja, de manera que Abe no podía verlo muy bien.

—Lo más lejos que pueda —contestó.

—¿Te vendría bien un trago de cerveza? —invitó Abe.

Dillon volvió a mover negativamente la cabeza.

—No puedo tomarla.

A pesar de sí mismo, la cara de Abe se iluminó. El hombre podía tomar un trago a costa suya con gusto, pero, tal vez, se estaba poniendo muy generoso.

—¿Una pitada? —dijo.

Dillon volvió a rehusar.

—Tampoco puedo.

Fuera, en la tienda, Rosey emitió un pequeño chillido. Abe se irguió en la silla, escuchando.

—¿Qué le pasa a mi Rose?

Dillon se escarbó los dientes con el extremo de un fósforo. No dijo nada. Abe se incorporó y fue hacia la tienda.

Walcott estaba inclinado sobre el mostrador, mirando a Rosey con ira. Su cara delgada y huesuda estaba roja.

—¿Qué pasa? —dijo Abe con nerviosidad. Walcott gritó:

—¿Qué pasa? Te diré lo que pasa, maldito judío. No me da más crédito, eso es lo que pasa.

Abe asintió.

—Así es, señor Walcott —declaró, palideciendo un poco—. Usted me debe demasiado.

Walcott notó que estaba asustado y amenazó:

—Me das lo que quiero o te deshago.

Apretó un puño y se inclinó sobre el mostrador, agitándolo ante Abe. Éste retrocedió con rapidez y se golpeó la cabeza contra un estante. Rosey volvió a chillar.

Dillon salió de la cocina arrastrando los pies lentamente y entró en la tienda. Miró a Walcott y luego dijo:

—Mándese a mudar.

Walcott estaba borracho. El whisky de maíz todavía ardía en una bola feroz dentro de él. Se volvió lentamente:

—No te metas en esto, atorrante —dijo.

Dillon se adelantó y lo golpeó en medio de la cara. El golpe le nació en los tobillos. Walcott se tambaleó, tomándose la cara con ambas manos.

Dillon se quedó mirándolo. Se frotó los nudillos con la otra mano.

—¡Lárguese... mándese a mudar de aquí! —ordenó. Walcott se fue, con las rodillas que se le doblaban al caminar.

Abe y Rosey estaban inmóviles. Las manos del pequeño judío subían y bajaban veloces por su chaqueta. Finalmente dijo:

—No tendría que haberle pegado tan fuerte.

Dillon no dijo nada. Empezó a moverse en dirección a la puerta.

Abe dijo:

—Espere. No se vaya. Creo que tenemos que darle las gracias por esto.

Dillon volvió la cabeza:

—No lo haga. Tengo que irme.

Rosey tiraba de la manga de Abe.

—Dale un trabajo a ese muchacho, Goldberg —dijo. Abe la miró asombrado.

—Pero, Rosey... —comenzó a decir.

Dillon los miró con suspicacia. De pie allí, en la tienda sombría, con los grandes hombros encorvados, asustaba a Abe.

Rosey insistió:

—Vamos, Goldberg, dale una oportunidad. Alguna vez tienes que tomar un ayudante, así que hazlo ahora.

Abe miró a Dillon con timidez.

—Claro —dijo con desasosiego—. Es la pura verdad. Yo iba a tomar algún ayudante. Es verdad. ¿Qué le parece si lo conversamos?

Dillon se quedó dudando y luego asintió.

—Cómo no. Vamos a discutirlo.

Myra Hagan venía caminando por la calle principal, consciente de las cabezas que se movían. Hasta los negros interrumpían su trabajo, temerosos de levantar la mirada, pero espiando con las cabezas bajas.

Ella seguía haciendo repiquetear, desafiante, sus altos tacones de madera. Los hombres la miraban, desnudándola con los ojos cuando pasaba junto a ellos.

Las mujeres también la miraban con ojos fríos y envidiosos, odiándola. Myra contoneaba apenas las caderas. Asumió un ligero pavoneo mientras palmoteaba sus rizos oscuros. Su cuerpo joven y firme, libre de las trabas de cualquier prenda que lo restringiera, se movía rítmicamente. Sus pechos firmes y llenos bailaban bajo la tela delgada de su barato vestido estampado.

En el extremo de la calle había un grupo de mujeres desaliñadas que chismeaban, haciendo pedazos al prójimo bajo el sol ardiente. La vieron venir y dejaron de hablar. Mujeres de cierta edad, silenciosas, hinchadas, gastadas por los partos y el trabajo pesado. Myra se puso rígida al acercárseles. Durante un segundo, sus pasos perdieron su ritmo sincopado. Los tacones de madera pisaron con más suavidad. Su confianza en sí misma carecía de bases sólidas. Todavía era muy joven. Frente a sus mayores tenía que hacer un esfuerzo para avanzar.

Siguió su camino con una sonrisa inquieta en sus llenos labios rojos. Pero a medida que se acercaba, las mujeres se desplazaron como una bandada de cuervos, volviendo sus hombros caídos contra ella, con los ojos ciegos, sin verla. Los tacones de madera volvieron a resonar. Su rostro se encendió y, con la cabeza alta, pasó junto a ellas.

El rumor de los comentarios estalló a sus espaldas. Una de las mujeres dijo en voz alta:

—¡Ya le daría yo... a esa sucia putita!

Myra siguió.

"¡Esas roñosas!", pensó. "Yo tengo de todo, y me odian."

El Banco estaba al final de la calle principal. Clem Gibson estaba parado en la puerta. Vio venir a Myra y se acomodó la corbata con nerviosidad.

Clem Gibson era alguien en el pueblo. Dirigía el Banco, tenía auto y se cambiaba de camisa dos veces a la semana.

Myra aminoró un poco el paso y le dedicó una sonrisa radiante.

—¡Caramba, señorita Hagan, qué bien se la ve! —dijo Gibson mientras la miraba con suspicacia.

Esa manera de hablar complacía a Myra, que contestó:

—Vamos, está bromeando.

Gibson resplandeció detrás de sus anteojos de asta.

—No bromearía con usted, señorita Hagan. En serio.

Myra hizo como que se iba.

—Bueno, es muy amable de su parte decirlo —agradeció—. Tengo que irme. Papá me está esperando.

Gibson bajó los dos escalones.

—Iba a sugerir... es decir... quería pedirle... —se interrumpió confundido.

Myra levantó la mirada hacia él, con sus largas pestañas oscuras arqueadas sobre sus ojos.

—¿Sí?

—Mire, señorita Hagan. ¿Qué le parece si usted y yo salimos juntos alguna vez?

Myra meneó la cabeza. Pensó que era muy caradura. Salir con él y hacer que su esposa de cara de caballo empezara a armar un lío. Estaba loco. Myra tenía suficiente sentido común como para dejar tranquilos a los hombres casados. Perseguían una sola cosa, y ella no estaba dispuesta a entregar nada.

—Papá no lo toleraría —dijo—. No le gusta que los hombres casados me lleven a pasear. ¿No es tierno?

Gibson dio un paso atrás. Su rostro relucía de vergüenza.

—Claro —asintió—. Su papá tiene razón. Mejor que no le diga nada de esto. Hablé sin pensar.

Temía a Butch Hagan.

Myra siguió su camino.

—No le diré nada —prometió.

Gibson la miró con codicia cuando se fue, con las nalgas moviéndose bajo el vestido apretado.

Era toda una caminata hasta su casa, y se alegró cuando empujó el portón bajo de madera que conducía a la cabaña destartalada.

Se detuvo en el portón y miró el lugar. Pensó: "¡Lo odio! ¡Lo odio! ¡Lo odio!"

El jardín era un parche de barro calcinado y agrietado. La casa era de un piso, toda de madera; el viento y la lluvia la habían retorcido y el sol la había decolorado. Se erguía allí como un símbolo feo y deprimente de la pobreza.

Avanzó por el sendero y trepó los dos altos escalones que

llevaban a la galería. Butch Hagan estaba sentado a la sombra, lejos del sol, con sus manazas apoyadas en un pesado bastón.

—Te he estado esperando —dijo.

Ella se detuvo allí y lo miró. Su cara rota y torturada, esos dos horribles ojos ciegos, con una mancha amarilla en cada pupila, que parecían dos coágulos de flema, la gran cabeza cuadrada, las cejas sobresalientes y la boca feroz la hacían estremecer. La sobresaltó al regurgitar de repente y con violencia sobre el parche de barro una bola repentina de tabaco de mascar.

—Di algo, ¿quieres? —masculló Hogan—. ¿Dónde diablos has estado?

Ella puso la botella de whisky en la mesa, cerca de él.

—Ahí está —dijo y dejó el resto del dinero junto a ella. Él controló el dinero con dedos torpes, antes de deslizarlo en su bolsillo. Luego se puso de pie y se estiró. Aunque era alto, sus grandes hombros le daban un aspecto como de estar agazapado. Volvió la cara en dirección a ella.

—Entra. Quiero hablar contigo.

Myra entró en el living-room, que comunicaba con la galería. Era una habitación amplia, desordenada y llena de muebles viejos y deteriorados. Hagan entró detrás de ella. Se movía con pasos rápidos y felinos, evitando en una forma extraordinaria los obstáculos que había a su paso. La ceguera no lo había sujetado. Hacía diez años que estaba así. Al principio la oscuridad lo había sofocado, pero la combatió y, como en sus otras peleas, la derrotó. Actualmente le molestaba poco. Podía hacer casi todo lo que quería. Su oído había aumentado y reemplazaba a sus ojos.

Myra se quedó de pie enfurruñada junto a la mesa. Con sus zapatos ordinarios dibujaba figuras en el piso polvoriento.

Hagan se acercó a un aparador, buscó un vaso y se sirvió un buen trago de whisky. Luego se acercó al único sillón acolchado y se hundió en él. Tomó un largo sorbo del vaso.

—¿Cuántos años tienes ahora? —preguntó de golpe con los dos coágulos amarillos fijos en ella.

—Diecisiete.

—Ven acá —dijo Hagan, tendiendo un brazo grueso.

Ella no se movió.

—Si tengo que agarrarte, lo vas a pasar mal.

Ella se acercó a él de mala manera y se detuvo justo junto a sus rodillas.

—¿Qué pasa? —preguntó, con algo de temor en la cara. La mano de él se cerró sobre su brazo, y sus gruesos dedos le

pellizcaron el músculo, haciéndola retorcerse.

—Quédate quieta —dijo. Con la mano libre empezó a explorar el cuerpo de la muchacha. Dejaba que su mano corriera por sobre ella como un granjero que estuviera hurgando y revisando un ave gorda. Luego la soltó y se recostó en el sillón con un gruñido.

—Estás creciendo —dijo.

Myra dio un paso atrás, con el rostro encendido por el enojo.

—No me pongas tus zarpas encima —protestó.

Butch tiró de los pelos ásperos que se asomaban por sus orejas.

—Siéntate —le dijo—. Voy a hablar contigo.

—La cena no está lista. No tengo tiempo para escucharte —adujo ella.

Butch abandonó su sillón con una velocidad increíble y, antes de que ella pudiera escapar, le pegó en el hombro con la palma de la mano. Había apuntado a la cabeza, pero calculó mal. Ella se desplomó sobre las manos y las rodillas y se quedó allí, aturdida.

Él se arrodilló junto a ella.

—Se te están ocurriendo grandes cosas, ¿no? —le gruñó—. Crees que no puedo sujetarte, pero sí puedo. ¿Lo entiendes? Quizás haya perdido mis ojos, pero eso no va a significar nada para ti. De manera que sé juiciosa, ¿quieres?

Ella se sentó lentamente, tanteándose el hombro con nerviosidad. Un golpe de Butch quería decir algo.

—Tengo el pálpito de que te vas a parecer a tu mamá. Te he estado observando durante un tiempo. Oigo lo que se viene diciendo. Ya andas detrás de los mocosos. Como tu mamá. Esa putita sucia también tenía la comezón. Te estás exhibiendo y te estás buscando problemas. Pues bien, yo te estoy vigilando, ¿sabes? Voy a tomar medidas enérgicas contra ti cuando te pesque en falta. Deja tranquilos a los inútiles y haz que ellos te dejen tranquila a ti.

—¡Estás chiflado! Yo no ando con tipos —contestó ella con inquietud.

—Te lo aviso antes de que empieces. Estás madura. Estás lista para avanzar. Pues bien, empieza algo y verás lo que te pasa.

Ella se incorporó.

"Tienes que pescarme haciéndolo", pensó.

—Bueno, ve a preparar algo para comer. Ahora entiendes de qué se trata, ¿no?

Myra se volvió hacia la puerta, pero él tendió la mano y le dio un tirón hacia atrás.

—¿Lo entiendes?

—Sí, claro —contestó con impaciencia.

Butch palmeó el ancho cinturón que le rodeaba la cintura.

—Si alguna vez te pesco patas arriba te voy a arrancar la piel de la espalda.

Myra liberó su brazo de un tirón y salió de la habitación, con las rodillas que le temblaban un poco.

Afuera, un auto desvencijado se detuvo frente a la casa, y tres hombres bajaron de él. Myra corrió hasta la puerta, miró hacia afuera y luego corrió hacia su cuarto. Los ojos le brillaban por la excitación y una pequeña sonrisa le temblaba en los labios. Venía Gumey, con su boxeador aficionado. Gumey hacía palpitar el corazón de Myra. Era un tipo extraordinario ese Gumey.

Sankey, el boxeador, subió por el sendero desparejo con la cabeza caída sobre el pecho y las manazas colgándole flojas a los costados. Hank, su entrenador, lo observaba ansiosamente. Su mirada encontró la de Gumey, y sacudió la cabeza. Se lo veía preocupado. Gumey buscaba a Myra. Sankey lo alteraba.

Los tres se detuvieron en la galería. Butch salió de la habitación. Dijo:

—Hace rato que no vienen por acá. ¿Cómo les va?

Gumey les hizo señas a los otros dos. Sankey no prestó atención pero Hank asintió lacónicamente.

Butch estaba contento de que hubieran venido. Invitó:

—Siéntense, por favor. ¿Cómo anda su muchacho?

Al amparo del ruido que hicieron los otros dos al arrimar sus sillas, Gumey se deslizó dentro de la casa. Conocía la habitación de Myra. Abrió la puerta y miró en torno. Myra se estaba pintando los labios. Tenía puestos un sostén y una bombacha blanca. Se volvió de golpe, al ver el rostro de él en el espejo manchado.

—¡Sal de aquí! —exclamó.

Gumey descubrió que la boca se le había secado de golpe. Entró, cerró la puerta y luego se apoyó contra las tablas. Era corpulento. Tenía la nariz curva y una gran bocaza. Sus ojos eran siempre un poco huidizos. Vestía de manera llamativa y ostentosa con trajes negros a rayas amarillas o rosadas. La mayor parte de las veces usaba camisas rojas o amarillas de algodón. Creía ser muy elegante.

Myra, súbitamente ansiosa, dijo:

—Nick, vete. El viejo no lo tolerará, por favor.

Gumey rodeó la cama y tendió las manos hacia ella, que se apartó de un salto con los ojos que se le habían vuelto grandes y asustados de repente.

—Si no sales, gritaré —amenazó.

—Querida, ésa no es la manera de hablar... —Gumey estaba

acosándola todo el tiempo—. Estás hermosa. No voy a intentar nada. En serio. —Su mano tocó el brazo de ella que se sintió repentinamente débil. Insistió, sin fuerzas:

—Por favor, Nick, no. El viejo me matará.

—No te preocupes por él —contestó Gumey y la tomó entre sus brazos, con manos que ardían en la carne fresca de la muchacha.

Un deseo candente por él la atravesó, apretando sus entrañas con dedos de acero. Buscó la boca de él con la suya y lo tomó del cuello, casi estrangulándolo. Gumey sonrió para sí y le anunció:

—Voy a venir a verte pronto, una noche de éstas. Eso te va a gustar, ¿no?

Afuera, en la galería, Butch trompeaba y castigaba a Sankey. Éste permanecía de pie, con la cabeza sobre el pecho, como un caballo en camino al matadero.

—Está bien, ¿no? —preguntó Butch ansiosamente, mirando en dirección a Hank.

—Seguro —contestó éste, sin convicción.

—Voy a necesitar mucha suerte con Franks —masculló Sankey.

Butch se puso rígido.

—¡Por el amor de Dios, ese tipo no sirve para nada! No puede pegarte a ti.

Sankey cambió de posición.

—Desearía con toda el alma que tuvieras razón.

—Ese inútil no podría darte ni con un puñado de piedras.

—No tiene que pegarme con piedras, ¿no? —Sankey se volvió hacia la barandilla y se sentó sobre ella. Seguía con la cabeza gacha.

Butch se frotó la cabeza calva con ambas manos.

—Escucha, ésta es una manera loca de hablar. Cuando estés allí, le vas a dar una paliza a ese inútil. ¿Sabes? Le vas a dar con la izquierda hasta arrancarle la nuez del cogote. Luego con la derecha, y lo dejarás tirado entre las flores.

Sankey no dijo nada.

Butch se estaba poniendo nervioso.

—¿Dónde está Gumey? ¿No está aquí? —preguntó de repente.

—Claro que sí —afirmó Hank con rapidez—. Está arreglando el autobús. Ya no anda tan bien como antes. Enseguida viene.

—Lo quiero ahora —dijo Butch.

Hank fue hasta el borde del escalón y gritó:

—¡Eh, Gumey! Butch te necesita. —Puso mucha fuerza en la voz.

Butch dijo con suspicacia:

—¿Por qué gritas así? Él no es sordo.

Hank comenzó a sudar. Volvió a gritar.

Gumey salió corriendo del costado de la cabaña. Tenía un montón de manchas rojas del lápiz labial de Myra en la cara. No importaba. Butch no podía verlas. Estaba completamente tranquilo cuando subió los escalones.

—¿Qué diablos has estado haciendo? —ladró Butch. Hank interrumpió con rapidez.

—Ya te lo dije. Estuvo arreglando el autobús. Gumey esbozó una sonrisa.

—Claro, así es. Ese auto va a poder volver a casa.

—¿Dónde está Myra? —preguntó Butch.

Gumey estaba cuidadosamente tranquilo. "El viejo hijo de puta es astuto", pensó.

—Eso es exactamente lo que iba a preguntarle. Tengo debilidad por esa chiquilina.

Butch se mordió el labio inferior. Se sentó en la silla, con sus grandes puños apretados.

—Déjala tranquila —refunfuñó.

Gumey volvió a sonreír, pero suavizó la voz.

—¿Qué te pasa, Butch? Sabes que las chiquilinas no son mi especialidad. Cuando estoy con una mujer, tiene que ser una puta.

—Está bien. Pero deja tranquila a Myra —insistió Butch. Hubo una pequeña pausa, y luego Hank dijo:

—¿Estarás allí, Butch?

Ahora que había vuelto a pensar en Sankey, Butch volvió a parecer preocupado.

—Tu muchacho no se tiene confianza —le dijo a Gumey. Éste encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla al parche de barro.

—Está bien. Solamente un poco nervioso. No significa nada.

—¿Ah sí? —Butch se inclinó hacia adelante—. ¿Estás loco? Ese tipo tiene mi plata encima. Tiene que ganar.

Sankey cambió de posición.

—No se preocupe —terció—. ¿No pueden hablar de otra cosa?

Butch volvió la cabeza.

—Llévatelo de acá —le indicó a Hank—. Llévalo a dar una vuelta. Quiero hablar con Gumey.

Hank se puso de pie y sacudió la cabeza.

—Vamos —le dijo a Sankey. Bajaron por el sendero y se sentaron en el auto.

Butch se inclinó hacia adelante.

—¿Qué diablos es esto? —gruñó—. Ese novato ya no se tiene en pie.

Gumey se rascó la barbilla.

—¿Qué diablos puedo hacer al respecto? Franks lo asustó, lo puso nervioso. Se encontraron en el bar la otra noche. Conoces a Franks. Alteró los nervios de Sankey.

Butch se puso de pie. Alzó los puños cerrados por encima de su cabeza.

—El inútil cobarde —dijo, con la voz reprimida y estrangulada —. Tienes que hacer algo, Gumey. Estoy arriesgando demasiado dinero en ese atorrante. Te lo repito. Tienes que hacer algo.

—Yo mismo tengo cien dólares puestos en él —adujo Gumey incómodo—. Creo que se ha entrenado en exceso.

—Tienes una semana para arreglar las cosas —dijo Butch lentamente—. Usa la cabeza.

Myra salió a la galería. Tenía los ojos fijos en Gumey.

Butch volvió la cabeza de golpe.

—¿Dónde has estado? —preguntó autoritariamente.

—Tu cena está lista —dijo ella.

Gumey se puso de pie.

—Muy bien. Butch. Veré lo que puedo hacer.

Muy suavemente se acercó a Myra y la besó. La besó justo bajo las narices de Butch. Myra no se atrevió a impedírselo, pero se puso tan pálida que él tuvo que sostenerla del brazo por un instante.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Butch. Se quedó parado allí, con la cabeza ladeada, aguzando el oído.

—Me estoy yendo —sonrió Gumey—. Hasta pronto, Myra, cuida bien a tu papá.

Se fue, sonriente.

Myra se deslizó dentro de la cocina. El corazón le palpitaba con fuerza contra las costillas. "El loco sinvergüenza", pensaba. "Hacer una cosa así." Se quedó muy quieta, en medio de la cocina desordenada, sujetándose los pechos con fuerza, con los ojos entrecerrados, pensando en él.

El pueblo empezó a interesarse en Dillon. Abe notó que las ventas aumentaban cuando Dillon estaba en la tienda. Las mujeres entraban a mirarlo. Habían oído lo de Walcott. Un tipo que pegaba así tenía que tener mucha fuerza. Cualquier tipo vigoroso mareaba un poco a las mujeres de Plattsville.

Sufrían una fuerte impresión cuando lo veían, pero jamás admitirían que estaban decepcionadas. Habían esperado ver a un Clark Gable, y el rostro arcilloso de Dillon y sus ojos fríos e

inexpresivos las sobresaltaban. Se decían una a otra que era un hombre malo pero seguían yendo para volver a mirarlo.

Eso amargó a los hombres de Plattsville. Decían que cualquiera podría haber derribado a Walcott de un puñetazo. Era un inútil de pacotilla y no valía nada.

Estaban hablando de Dillon en la taberna cuando Gumey entró. Se interrumpieron. Gumey interrumpía la mayor parte de las conversaciones dondequiera que fuese. Querían saber cómo iba Sankey.

Freedman se abrió paso hacia adelante.

—Hola, Nick. ¿Qué tomas?

Gumey estaba acostumbrado a esa clase de cosas. No ubicaba a Freedman, pero eso no lo preocupaba. Dijo:

—Whisky. Puro.

George se desplazó a lo largo del mostrador con la botella y el vaso. Los dejó junto al codo de Gumey.

—¿Tu muchacho anda bien? —dijo Freedman.

Gumey se sirvió un trago y lo bebió de un golpe. Dijo:

—Seguro. Anda muy bien.

—Tengo mi plata puesta en él—insistió Freedman—. Me gustaría verlo ganar.

—Va a ganar, ya lo verás.

Wilson se arrimó al bar.

—Franks no es malo —intervino—. Me parece que me gusta Franks.

Gumey lo observó. Sólo un sabelotodo de pueblo, pensó. Tal vez un pueblo no tan chico. Dijo:

—Demonios, alguien tiene que apoyarlo.

Los otros rieron.

Wilson se puso rojo de furia.

—¿Ah, sí? —dijo—. Sankey se está poniendo nervioso. Ese tipo se va a quedar duro antes de entrar allí. Franks le va a dar una paliza.

Gumey se volvió para llenar su vaso. Pensaba que esa manera de hablar no lo llevaría a ninguna parte. Le dio un golpecito a Wilson en la parte delantera de la chaqueta.

—Avívate, tonto. ¿Nunca has oído hablar de una fachada? Sankey está lleno de artimañas. Ésta es una de ellas. Escucha: Sankey podría derrotar a Franks con los ojos vendados. Le está preparando una sorpresa a ese novato. Pon tu dinero en el hombre adecuado.

Wilson empezó a perder la confianza.

—¿Es verdad eso? ¿Lo dices en serio? —preguntó.

Gumey le hizo un guiño a Freedman.

—Me pregunta si es verdad. ¡A mí! ¡Que alguien se lo lleve de aquí y lo haga desaparecer!

—Me gustaría que tu muchacho intimidara a ese Dillon. Eso es lo que necesita ese bastardo —dijo Freedman.

Gumey levantó las cejas sorprendido.

—¿Dillon? ¿Quién es?

Se empujaban los unos a los otros para contarle. Gumey seguía de pie, con la espalda contra la pared y el vaso en la mano, escuchando. Por fin comentó:

—Abe no es ningún tonto. Este tipo no puede ser tan malo.

—Lo tiene idiotizado a Goldberg —dijo Freedman.

Gumey se estaba cansando de Freedman. Estiró su chaqueta, se inclinó sobre el mostrador y se acomodó el sombrero ante el espejo de la pared.

—Tengo que ver a Abe. Voy a echarle un vistazo a ese tipo.

Freedman hizo ademán de acompañarlo. Gumey lo paró de una mirada.

—Este es un asuntito de negocios —dijo.

—Seguro. Adelante —asintió Freedman. Lo dijo precipitadamente. No quería malquistarse con Gumey.

Gumey cruzó la calle y entró en la tienda. Era el momento de poca actividad del día, y el lugar estaba vacío. Dillon salió de la trastienda y se quedó con las manos apoyadas en el mostrador, flanqueado por dos torres de alimentos enlatados. Tenía puesto uno de los trajes del negocio de Abe que le iba más o menos bien, y estaba bien afeitado. No se parecía al vagabundo que había llegado a Plattsville pocos días antes. Miraba a Gumey con los párpados entrecerrados. Una mirada fría y suspicaz. Gumey pensó que podía ser un tipo malo.

—¿Abe anda por acá? —preguntó.

Dillon hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No está —contestó brevemente.

—¡Qué lástima! Quería verlo. —Gumey se agitó un poco.

Dillon lo inquietaba.

—¿Tardará? —dijo después de una pausa.

—Tal vez. —Dillon empezó a alejarse en dirección a la parte oscura de la tienda.

Gumey pensó que intentaría un pequeño sondeo. Dijo:

—Usted es nuevo por acá.

Dillon se frotó el antebrazo. Todavía miraba a Gumey entre los

párpados.

—Usted es el que dirige a Sankey. ¿no?

Gumey se hinchó un poco.

—El mismo —dijo.

—¿Qué pasa con él?

—¿Pasar? Nada. ¿Qué quiere decir?

—Usted lo sabe. Ese tipo se ha vuelto cobarde. ¿Qué es lo que lo carcome?

Gumey, inseguro, hizo una pausa. Luego dijo:

—Escuche. No me gusta esa manera de hablar.

Dillon salió tranquilo de atrás del mostrador. Todavía se frotaba el antebrazo.

—No se haga el "personaje" conmigo —dijo—. Pregunté qué le pasa.

Gumey volvió a sentirse inquieto. La fuerza salvaje y peligrosa que había en Dillon se le había trasmitido a él.

—Franks lo tiene nervioso —dijo de mala gana.

Dillon asintió.

—¿Va a ganar?

—¿Sankey? Creo que no. —Gumey frunció el entrecejo—. Tengo un montón de plata puesta en ese muchacho.

—Creo que yo podría arreglarlo —dijo Dillon, observándolo atentamente.

—¿Usted? —Gumey, lo miró con incredulidad.

—Claro. ¿Por qué no? —Dillon fue hasta la puerta y miró a la calle y después volvió.

—¿Qué sabe usted de arreglar peleas? —preguntó Gumey con suspicacia.

—Mucho —aseguró Dillon y después de una pausa agregó—: Estoy buscando la oportunidad de juntarme con la plata otra vez.

Gumey estaba más que interesado.

—¿Qué le parece si viene a ver a Butch esta noche? Me gustaría que conociera a Butch Hagan.

—¿Hagan? —Dillon meditó un instante—. ¿Es el viejo ex campeón?

—Ése es el hombre. Ahora vive en las afueras del pueblo. Está ciego; un golpe muy duro para alguien como él.

—Sí. —Dillon asintió con la cabeza—. Un golpe muy duro.

—¿Vendrá?

—Supongo que sí. ¿Hay otros interesados en Sankey?

—Están Hank, que lo entrena, y Al Morgan, que lo dirige.

—Dígales a los dos que vengan. A Sankey no. Mejor que él

quede fuera de esto.

—Lo llevaré a usted esta noche —ofreció Gumey. Dillon hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Estaré allí —dijo—. No tiene que preocuparse por mí.

Volvió atrás del mostrador dejando a Gumey indeciso en medio de la tienda. Luego Gumey salió al sol radiante. Ese tipo Dillon lo había dejado perplejo. Había algo de falso en él. Se daba cuenta de que no era ningún vagabundo. Ese tipo estaba acostumbrado a manejar hombres. Decía algo y esperaba que se hiciera. Lo asustaba un poco.

Estaba tan ocupado pensando en Dillon que no vio venir a Myra por la calle. Ella apuró el paso, pero Gumey ya estaba subiendo al auto y, antes de que pudiera llamarlo, había partido.

Myra estaba muy contenta de que no la hubiera visto. Se había tomado mucho trabajo para vestirse. Había lavado y planchado su vestido estampado. Tal vez hubiera encogido algo, pero eso no la preocupaba. Sabía que destacaba su figura. Su espeso cabello negro relucía al sol y lo llevaba recogido en la nuca. Las costuras de sus medias de rayón estaban derechas y sus zapatos brillaban. Iba a echarle un vistazo a Dillon.

Había oído hablar de Dillon el día que él se mudó, pero esperó deliberadamente hasta que él hubiera visto a todas las mujeres de Plattsville. Pensaba que ya era hora de darle una buena mirada. Mientras caminaba por la calle, sabía que estaba muy bien. Sabía que los hombres volvían la cabeza y supuso que le iba a ir muy bien con ese Dillon.

Entró en el negocio vacío, haciendo sonar los tacones con fuerza en el piso de madera. Deliberadamente, se detuvo en la parte de la puerta que estaba inundada por la luz del sol. Esa treta le había dado resultado otras veces y sabía que con su delgado vestido mostraba mucho.

Dillon alzó la mirada.

—Ya lo he visto antes —declaró—. No es nada nuevo. Salga de la luz.

Si le hubiera pegado ella no se habría puesto más furiosa. Automáticamente dio unos pocos pasos hacia la sombra y luego dijo:

—¿Qué clase de chiste barato es ése?

Dillon trasladó una bola de goma de mascar de un lado de la boca al otro.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Usted es un verdadero vendedor, ¿no? —dijo, aferrando su

bolso con fuerza—. Si quiere conservar su trabajo va a tener que actuar mejor.

—¡No se preocupe! —contestó Dillon—. Yo no escucho las insolencias de una chiquilina caliente. Busque lo que necesita y váyase.

Myra dio tres pasos rápidos hacia adelante y amagó una cachetada en la cara de Dillon. Casi sollozaba de rabia. Él extendió la mano y le agarró la muñeca.

—Pórtate de acuerdo con tu edad —le aconsejó—. Esto no es una película.

Ella se quedó allí, indefensa en su apretón, odiando sus ojos duros.

—Se lo contaré a papá —fue todo lo que pudo decir.

Él le apartó con fuerza el brazo, haciéndola girar hasta el centro del local.

—Mándate a mudar, te digo —masculló.

—¡Sucio hijo de puta! —le gritó—. ¡Mi papá te va a reventar por esto!

Abe estaba parado en la puerta, con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—¿Qué pasa? —preguntó. Myra se dio la vuelta.

—Usted está loco de tener a este vagabundo aquí. Me ha insultado.

Dillon dio la vuelta al mostrador deslizándose con rapidez. Agarró a Myra y la llevó corriendo hasta la puerta. Luego balanceó el brazo y le pegó con fuerza en las nalgas, lo que la lanzó patinando a la calle. Myra no se detuvo, corrió.

Abe se tiraba de los pelos.

—¿Qué demonios estás haciendo? —chilló—. Ésa es la hija de Butch Hagan. El viejo hará resucitar a los muertos por esto.

Dillon volvió a entrar en la tienda.

—No se preocupe —dijo. Estoy harto de estas perras malditas que vienen a mirarme. Tal vez ahora me dejen tranquilo por un tiempo.

Abe, reventando por la furia impotente, casi olvidó el temor que le inspiraba Dillon.

—¿Y qué hay de mi negocio? —farfulló—. ¿Qué va a decir la gente? No vienen aquí para ser maltratados. Esto me va a arruinar.

Dillon lo apartó y entró en la cocina. Abe lo siguió, sin parar de gritar.

—Oh, no se preocupe —gruñó Dillon—. Esto no va a afectar su negocio. Apuesto a que esa atorrantita es tan popular en este

vecindario como el mal olor. Esto no va a difundirse por el pueblo. Una mocosa como ésa no va a divulgar que le dieron una palmada en el trasero. Olvídelo.

Estaban todos sentados en la galería de Butch esperando que viniera Dillon. La luna acababa de aparecer sobre las siluetas negras de los árboles, arrojando rayos blancos y afilados sobre las ventanas de la casa.

Arriba, Myra estaba acurrucada junto a la ventana. Ella también esperaba a Dillon. Sus ojos, rojos de tanto llorar, seguían clavados en el camino de abajo. Todo su ser era un ovillo de odio. Su mente hervía de cólera.

Butch se movió un poco en la silla.

—¿Quién diablos es ese tipo? —preguntó de repente, formulando la misma pregunta que se hacían los otros.

—No sé —contestó Gumey—. Tal vez nos pueda sacar de este aprieto. Pensé que valía la pena intentarlo.

—Sankey está en un estado terrible —intervino Hanks desde la oscuridad—. No dice nada, pero se queda sentado rumiando. Franks lo tiene paralizado.

Dillon surgió de la oscuridad por los escalones de la galería. Ni Myra, que había estado vigilando el camino, lo había visto u oído.

Los cuatro hombres permanecieron silenciosos e inmóviles, mirándolo. Luego Gumey dijo:

—Les presento a Dillon.

Butch se puso de pie. Se movió alrededor de la mesa pequeña, en la que había una botella y vasos. Tendió la mano.

—¿Así que usted es Dillon, el arreglador de peleas? —Había un leve sarcasmo en su voz.

Dillon lo estudió, miró la mano tendida y la ignoró. Butch movió con impaciencia su manaza.

—Déme la mano —dijo. Quiero ver qué clase de tipo es usted.

Se produjo un destello en los ojos de Dillon. Puso su mano en la de Butch. Entonces Butch apretó. Los tremendos músculos de su antebrazo se hincharon cuando depositó toda su fuerza en un apretón aplastante. A Dillon le brotó de golpe el sudor en la cara. Movió los pies y luego le asestó a Butch un puñetazo con la mano izquierda que le dio en el grueso cuello. Cayó sobre Butch como una cuchilla de carnicero en la carne de vaca. Butch se tambaleó hacia atrás con un graznido. Gumey se puso de pie de un salto y evitó que cayera.

Dillon se quedó flexionando los dedos.

—Ésa es la clase de tipo que soy —dijo, sin alterarse. Butch se llevó los dedos a la garganta. Se sentó casi pesadamente. Nadie le había pegado tan fuerte desde que había abandonado el boxeo. Cuando recuperó el aliento dijo: —Este tipo está muy bien. Sabe pegar.

Dillon se acercó un poco.

—¿Qué le parece si vamos adentro, donde pueda verlo?

Entraron sin decir una sola palabra. Dillon se quedó de pie junto a la ventana.

—Siéntese —dijo.

—Hay bebida afuera. ¿Quiere? —ofreció Gumey.

Dillon lo miró.

—No bebo. ¡Olvídela! Esto es importante. Franks tiene espantado a su muchacho. Todos ustedes esperan que Sankey gane. Sankey no va a ganar a menos que Franks sea tan malo que un chico pudiera intimidarlo. ¿No es así?

—Creo que de eso se trata —asintió Gumey.

—¿Alguno de ustedes tiene algo de plata?

Todos miraron a Morgan, un hombrecito delgado de rostro cruel, que parecía un jockey.

—Tal vez podría conseguir algo —admitió.

—Arreglaré esta pelea por quinientos dólares —propuso Dillon.

Un leve suspiro recorrió la habitación. Gumey meneó la cabeza.

—Es demasiado —declaró. Dillon se frotó la nuca.

—¿Son estúpidos, ustedes? Dije que arreglaría esta pelea y quise decir que la arreglaré. Su hombre ganará. Pueden apostarle cualquier plata. No pueden perder.

Morgan se inclinó hacia adelante.

—Sólo me gustaría saber quién es usted, don.

Dillon lo miró por entre los párpados.

—Quizá le gustaría saber muchas cosas... no tiene que preocuparse por mí. He hecho esto antes. ¿En qué estamos?

Morgan miró a los otros tres. Butch asintió.

—Lo seguiremos —dijo.

Morgan se encogió de hombros.

—Muy bien —convino—. Pondré el dinero cuando Sankey haya ganado.

Dillon mostró los dientes.

—Usted apostará esos quinientos dólares a Sankey por mí. Y pondrá la plata cuando yo se lo diga.

Morgan pensó por un momento y luego dijo:

—Es justo.

Los cuatro hombres empezaron a contagiarse un poco de la confianza de Dillon.

—Pongan —dijo éste, extendiendo un billete de cinco dólares sobre la mesa—. Necesito algo de plata para gastos. Esto es todo lo que tengo. Pongan.

Todos contribuyeron. Entre los cinco reunieron cien dólares. Dillon se guardó los billetes en el bolsillo. Gumey salió a la galería y trajo las bebidas. Todos tomaron un trago menos Dillon.

—¿Cómo va a encarar esto? —preguntó Butch.

Dillon golpeó la mesa con las uñas.

—Le voy a decir a Franks que se deje noquear.

—¡Por el amor de Dios, lo va a destripar!

Dillon hizo un gesto negativo.

—No, no lo hará. —Empujó su silla para atrás—.Creo que eso es todo.

Los otros, con excepción de Butch, se pusieron de pie.

—Muchachos, ¿qué les parece si se largan? Quiero hablar con Butch.

Gumey se dirigió a la galería.

—Tal vez nos reunamos en algún otro momento —expresó.

—Sí —asintió Dillon—. Podrías venir mañana.

Butch se sentó a esperar hasta que los otros desaparecieron en la noche. Dillon volvió a la galería. Se quedó mirando a Butch con gesto pensativo. Luego cerró la puerta y se acercó.

—¿Quién le enseñó a pegar así? —preguntó Butch.

Dillon se encogió de hombros.

—No tiene importancia. Tengo que hablar algunas cosas con usted. ¿Hay alguien más en este tugurio?

Hogan negó con la cabeza...

—Mi chica está arriba en la cama. Eso es todo.

—Voy a hacer algo de plata fuera del pueblo —declaró Dillon—. Puede engancharse, si quiere.

Butch se frotó la nariz.

—¿Qué le parece si pone las cartas sobre la mesa y me deja mirarlas? —dijo por fin.

Dillon bajó la voz.

—Yo llevaba una pistola para Nelson —informó. Acurrucada afuera junto a la puerta, Myra se estremeció un poco.

Butch parecía un poco incómodo.

—Era un tipo duro —comentó.

—Era un rufián —manifestó Dillon con amargura—. He estado

oculto durante un tiempo. El riesgo pasó. Bueno, creo que es hora de tratar de conseguir plata otra vez. ¿Cómo lo ve?

—No me estaría contando esto si no supiera desde un principio que iba a estar de acuerdo.

Dillon movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Me pareció que usted era un tipo inteligente. Tal vez haya perdido la vista, pero todavía tiene cabeza.

—¿Quiere la casa, no? Cerca del límite del Estado. ¿Y yo como encubridor?

—Me ha entendido. —Dillon se aflojó un poco—.No voy a hacer nada de este lado de la frontera. Sólo algunas incursiones rápidas. Nada muy grande; eso vendrá después. Luego de nuevo a refugiarme aquí. ¿Qué le parece?

Butch meditaba.

—¿Cuánto vale? —preguntó por fin.

—El veinticinco por ciento de todo.

Butch asintió.

—Está bien.

—Este tipo Gumey, ¿qué tal es? —preguntó Dillon de golpe.

Butch asintió.

—Creo que entrará —dijo—. Gumey anda detrás de la plata grande. No es delicado en cuanto a cómo hacerla:

—Hablaré con él más tarde. Ahora este tipo Franks. Hay una sola manera de tratar con él. Hay que asustarlo, ¿entiende? Hay que avisarle que se la vamos a dar si no se deja noquear. Lo primero que hay que hacer es sobornar al jefe de policía del pueblo. ¿Cómo anda usted con él?

—Es un viejo que vendería su alma por un dólar. Se lo puede coimear.

—Entonces véalo y arréglelo. Yo tengo que quedar fuera de esto. Avísele que apueste por Sankey y dígale que la pelea está arreglada. Si Franks chilla pidiendo protección, no la tendrá, ¿entiende?

Butch asintió.

Dillon sacó los cien dólares y apartó cincuenta.

—Déle esto para que tenga con qué apostar.

Butch jugueteó con el dinero y se lo puso en el bolsillo.

—Creo que usted va a arreglar muy bien esta pelea —reconoció —. Estoy poniendo en esto todo lo que tengo.

—Todo va a andar bien, ya lo verá —afirmó Dillon.

Se encaminó hacia la puerta. Afuera Myra se apartó sigilosamente, con el rostro iluminado por la luna y el aire caliente de la noche rozándole la piel. Ni siquiera cuando se metió en la

cama pudo dormir. La cara arcillosa de Dillon pendía ante ella como la cara muerta de la luna. Su voz todavía sonaba en sus oídos, burlándose. El golpe que le había dado todavía le quemaba el cuerpo, haciéndola retorcerse en el colchón hundido. El sueño no venía a ella, para borrar piadosamente el dolor de su orgullo herido. De repente empezó a llorar. Las lágrimas calientes le corrían sin control por la cara. Sus puños, crispados golpeaban la cama.

—¡Te odio! ¡Te odio! —sollozaba—. ¡Maldito hijo de puta piojoso!

Gumey manejaba con precaución. Tenía que cuidar el auto por el camino accidentado. Un buen bache destrozaría el eje con toda seguridad. Dillon iba sentado a su lado, con el sombrero sobre los ojos. De tanto en tanto Gumey le echaba una mirada rápida. Dillon lo intrigaba. No lograba ubicarlo. Algo le decía que Dillon lo llevaría a alguna parte, que lo conduciría hasta la clase pudiente, pero, fascinado por la idea, todavía se retraía un poco, sin confiar en él.

Era la noche siguiente al encuentro de Dillon y Butch. Aquél había pasado a buscar a Gumey después que la tienda cerró. Estaban en camino a través de la frontera hacia la población rural donde vivía Franks. Iban a visitarlo.

De repente Dillon dijo:

—Tú vas a abordar a este tipo; yo andaré por ahí. Tú sabes qué decir. No lo dejes intentar nada. Háblale con dureza. No te va a dar una trompada. Estaré junto a ti inmediatamente.

Gumey rumiaba sus pensamientos mientras miraba fijamente el camino, blanco y polvoriento a la luz de los faros.

—Ese tipo sabe pegar —dijo, inquieto—. Se va a poner furioso si hablo demasiado.

Dillon cambió de posición.

—Haz lo que te digo —dijo—. Puedo manejar a cualquier tipo furioso. —Sacó una pesada Colt automática de adentro de su chaqueta, la hizo girar en la mano, como para que Gumey la viera y luego la guardó.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó éste sobresaltado—. ¿De dónde diablos sacaste eso?

Dillon lo miró, observándolo con atención desde abajo del sombrero.

—¿No le tendrás miedo a una pistola? —preguntó.

Eso era demasiado fuerte para Gumey, pero no lo dijo. Se pasó

la lengua por los labios con inquietud y siguió manejando. Después de un rato dijo:

—¿No irás a matarlo?

—Seguro que sí, si se pone loco —dijo Dillon—. No sería el primero a quien matara.

El viejo auto dio un pequeño viraje. Gumey descubrió que las manos le temblaban.

—Creo que no vaya aguantar una acusación de asesinato —declaró de repente.

Dillon estiró la mano y apagó el motor. Éste se sacudió y se detuvo. Gumey pisó el freno.

—¿A qué viene eso? —preguntó con nerviosidad.

Dillon se echó el sombrero hacia atrás y se inclinó hacia Gumey, arrinconándolo en el extremo del auto.

—Escucha —murmuró—. Quiero que entiendas bien esto. De ahora en adelante yo soy el que da las órdenes y tú eres quien las cumple. ¿Sí? Vamos en busca de la plata y nadie nos puede parar. Si se ponen en nuestro camino van a penar mucho, ¿entiendes? Dentro de poco manejaré el pueblo. Puedes unirte a mí o quedarte fuera. Si te quedas fuera, alguna noche oscura alguien te va a tirar un puñado de balas entre las tripas. Sabes demasiado. ¿comprendes? Butch está en esto, de manera que, date cuenta.

Gumey se asustó un poco. No tuvo que pensarlo mucho.

—Claro —admitió—. Entiendo. Claro, dale. Tú eres el jefe.

Dillon lo escrutó con sus ojos fríos.

—Había una vez un muchacho listo que hablaba así y cambió de opinión. Una noche andaba por la calle con las tripas colgándole hasta las rodillas. Alguien lo había destripado con un cuchillo. ¡Demonios!'Tendrías que haberlo visto. Trató de volver a meterse las tripas adentro, pero el sólo tocarlas con las manos lo descomponía tanto que al final las dejó colgando.

—No vas a tener ningún —problema conmigo —aseguró Gumey con voz débil, pero lo dijo en serio.

Siguieron avanzando con el auto.

En alguna parte un reloj dio las diez y media cuando se detuvieron ante la casa de Franks. El frente no era gran cosa, pero, después de todo, Franks era sólo un boxeador de poca categoría, que se estaba abriendo camino. Recorrieron el corto sendero y se detuvieron ante la puerta de tela metálica. Gumey tocó la campanilla y la oyeron sonar en algún lugar de la parte trasera de la casa. Detrás de una persiana amarilla brillaba una luz. Alguien estaba levantado.

A través de la puerta mosquitero vieron venir a una mujer. Dillon meneó la cabeza en dirección a Gumey y retrocedió un poco.

La puerta se abrió hacia afuera y la mujer se quedó en el umbral, mirándolos con el entrecejo fruncido y perplejo. Era joven y sin atractivos. Llevaba el pelo oscuro peinado en un rodete, con algunas puntas desordenadas. Tenía una buena figura, de pechos altos y grandes caderas. Cuando habló, su voz era suave y con acento sureño.

—¿Qué desean?

—¿Está Len? —dijo Gumey.

Ella asintió.

—Claro que está. ¿De parte de quién?

Gumey dio un paso hacia adelante, haciendo a un lado a la mujer. Entró en la casa, seguido por Dillon. La mujer retrocedió, con la cara repentinamente asustada.

—¿Qué pasa? —preguntó sin aliento—. No pueden irrumpir en la casa de esta manera.

Gumey entró en la salita. Franks estaba sentado en un sillón sosteniendo con torpeza a un niño, y con una mamadera en la mano.

Era un individuo corpulento, de rostro afeitado, joven y sin los rasgos aplastados habituales en un boxeador.

La mujer pasó rápidamente junto a Gumey y corrió hacia Franks. Estaba muy asustada. Franks le puso al bebé en los brazos, al tiempo que se ponía de pie con rapidez. Estaba sobresaltado. Sus ojos muy abiertos lo demostraban. Pero no perdió la cabeza. Si iba a haber lío, su confianza en su gran musculatura era inconmovible.

—No pueden entrar acá así —le dijo a Gumey—. Veo a tipos como ustedes en el gimnasio.

Gumey sonrió incómodo. Franks lo ponía un poco nervioso.

—Ya estamos adentro, amigo —dijo—. Saca a la mujer de aquí. Queremos hablar contigo.

—Beth, llévate al niño —dijo Franks.

Ella se retiró sin decir una palabra. No estuvo afuera por más de un segundo. Volvió sola y se paró detrás de Franks Tenía los ojos grandes y asustados. Franks le dijo con paciencia:

—No te metas en esto, querida.

Ella no dijo nada, pero no se movió. Los delgados labios de Dillon mostraron una mueca burlona.

Franks se estaba calmando. Dijo:

—La verdad es que me sobresaltaron. —Había una sonrisita tonta en sus grandes labios gomosos—. Irrumpiendo así. Están

locos. Podría haberlos intimidado.

—No te jactes, Franks, estás en un aprieto.

Los ojos de Franks se abrieron. Contrajo los músculos. Gumey los veía hincharse bajo su chaqueta.

—No de parte de ustedes —dijo—. ¿Qué pasa?

Gumey acercó una silla y se sentó. Tuvo cuidado en poner la mesa entre los dos. Dillon se apoyó contra la puerta. Beth los vigilaba todo el tiempo. Estaba muerta de miedo a causa de Dillon.

—Te estamos informando —anunció, sin alterarse—. Sankey tiene que ganar esta pelea.

—¿Sí? —El aliento de Franks salió sibilante por su nariz—. ¡Por cierto que ganará si no queda aplastado antes del último round!

—No entiendes —siguió Gumey con paciencia—. Vas a entregar la pelea.

Franks se quedó muy quieto.

—Por supuesto que no lo entiendo —confirmó—. ¿Quién lo dijo?

—Lo dije yo —terció Dillon tranquilamente desde la puerta.

Franks volvió la cabeza y miró lentamente a Dillon de arriba abajo.

—¿Quién es usted? ¡Está loco! Mejor que ustedes dos se vayan de aquí antes que los tire afuera.

Hubo una pausa y luego Dillon dijo:

—Va a pasarlo muy mal si no se deja noquear.

Franks se puso un poco pálido.

—Muy bien, ratas, aquí viene.

Apartó violentamente la mesa. Gumey, con el rostro blanco, se arrojó a sus pies. Beth emitió un repentino grito breve cuando la gran Colt apareció en la mano de Dillon. Franks la vio. Lo detuvo como si su cara hubiera dado contra una pared de ladrillos.

—¡Oigan! —exclamó.

—Eso es —asintió Dillon malignamente—. No intentes nada. Si lo haces, tendrás un segundo ombligo.

Beth puso la mano sobre el brazo de Franks.

—¡No dejes que te dispare, Harry!... ¡No dejes que te dispare!

Dillon se agazapó un poco junto a la puerta. Tenía el rostro tenso y se le veían los dientes.

—Vas a ser hombre muerto, inútil —amenazó—. Si das un paso serás hombre muerto.

Franks temía el arma. Nunca había conocido a un pistolero. Eso lo alteraba.

—¿Ustedes son locos? —protestó, manteniendo firme la voz—.

No pueden hacer eso.

—No te preocupes —dijo Dillon con salvajismo—. Escucha. Estás recibiendo órdenes y te gustan. Vas a entregar esa pelea. ¿entiendes? Sankey tiene que ganar alrededor del quinto round. Puedes arreglarlo como quieras pero él tiene que ganar. Tenemos demasiada plata puesta en ese muchacho como para andar perdiendo el tiempo en cometer errores.

Beth empezó a llorar. Hacía un ruido estremecedor y lastimero que atacaba los nervios de Gumey.

Dillon seguía hablando.

—Cuando subas al ring, da un buen espectáculo, pero nada demasiado pesado. Sólo amaga unos golpes. ¿entiendes? Luego deja que Sankey levante el brazo y te pegue. Un solo golpe. Haz que parezca un golpe con suerte. Caes y te quedas tirado. Ahora escúchame, maldito infeliz. Si me traicionas verás lo que te pasa.

Por un instante Gumey creyó que Franks iba a abalanzarse sobre Dillon. Se preparó. Franks sabía que no iría a ninguna parte haciendo eso. Dillon podría haber disparado tres o cuatro veces antes de que él lo alcanzara. De manera que no hizo otra cosa que quedarse ahí, con la cabeza baja, los ojos brillantes y sus grandes manos trabajando en sus costados. Por fin dijo:

—Está bien. Sankey va a ganar.

La voz le salió de la garganta como un graznido estrangulado. Beth cayó de rodillas, teniéndole la mano. Permanecieron así durante un largo rato, con la mirada de Dillon clavada en ellos. Luego Dillon le hizo a Gumey una seña con la cabeza y juntos desaparecieron en la noche.

Gumey estaba sentado en el auto, fumando. Había dejado a Dillon en la tienda de Abe y salió del pueblo en el auto. La noche era muy silenciosa y cercana. Grandes nubes negras, que parecían trozos de carbón, colgaban perezosamente en el cielo. La luna estaba baja, bordeando apenas las negras copas de los árboles.

Con la mente excitada, Gumey fumaba mucho. La punta roja de su cigarrillo destellaba en la oscuridad sofocante del automóvil. Su mente hervía de pensamientos. Era el revólver lo que lo excitaba. Veía la cara de Franks. Veía cómo esa pistola detuvo su arremetida, cómo lo convirtió de un ser duro en un poco de masa. Cualquier tipo podía dar órdenes con un revólver en la mano. Era el arma la que lo lograba. Gumey se movió en el auto. Dillon era un tipo duro, pero sin la pistola Franks lo habría aplastado, lo habría convertido

en una mancha en la pared. Eso demostraba lo poderosa que era un arma.

Un auto grande y silencioso pasó velozmente. Gumey vio a la mujer que iba sentada adelante con un tipo bien vestido que parecía ser el dueño de la Tierra. La mujer brillaba con un vestido blanco que echaba destellos. Por cierto que estaba preciosa.

Gumey pensó que con un revólver tendría la última palabra con ese inútil piojoso. Un revólver nivelaría las cosas con rapidez. Al pensar en la mujer, su mente se trasladó a Myra. Si alguna vez hubo una mujer que lo estuviera pidiendo, ésa era ella. ¿Qué diablos estaba esperando él, después de todo? Se inclinó hacia adelante y puso el auto en marcha.

No tardó mucho en llegar hasta la casa de Butch. Detuvo el cacharro a pocos cientos de metros de la cabaña, bajo un grupo de árboles, y apagó las luces. Allí estaba fuera del camino y seguro.

Bajó y se aproximó silenciosamente, caminando por la orilla cubierta de pasto del camino.

Una luz solitaria estaba encendida en la habitación de abajo. Silenciosamente, moviendo los pies con cuidado, caminó hacia la ventana. Tenía un gran respeto por el oído de Butch. Puso los dedos en el antepecho de la ventana e izó el cuerpo.

Myra estaba de pie muy cerca de él, planchando un vestido. Estaba sola.

Gumey se dejó caer en el suelo y caminó alrededor del frente. Golpeó la tela metálica con los nudillos. Esperó un minuto mientras sentía cómo el corazón le palpitaba con fuerza contra las costillas. Luego la silueta de Myra oscureció la tela metálica y ella preguntó:

—¿Quién es?

—Hola, tesoro —dijo Gumey, en voz muy baja—. ¿Estás sola?

Ella abrió la puerta y salió al umbral.

—¡Nick! —Había un pequeño temblor en su voz.

No le pasó inadvertido a Gumey, que sonrió en la oscuridad.

—Claro —dijo—. ¿Está Butch?

Ella negó con la cabeza.

—Fue al gimnasio. No demorará mucho.

—Déjame entrar, nena. Tengo que hablar contigo.

—No... no, es tarde, Nick. No puedes entrar ahora.

Nick extendió las manos y la tomó de los brazos justo por arriba de los codos.

—Vamos —dijo suavemente—. No querrás que te vean charlando aquí afuera.

Ante su contacto, la resistencia de ella cedió. Le permitió que la

empujara hacia el interior de la casa. Se apartó cuando entraron en la habitación, y se apoyó contra la pared con los ojos clavados en él.

—Tienes que tener cuidado —previno—. Va a volver. Ya lo conoces. Nos caerá encima de tan silenciosamente que viene. Ahora no, Nick. Tengo miedo de que venga... Nick, por favor...

Gumey, todavía con el sombrero apoyado en la parte trasera de la cabeza, la apartó de la pared de un tirón. Ella luchó para apartarse de él hasta que su boca alcanzó la de ella, y entonces se aferró a él, golpeándolo en los omóplatos con la palma de las manos.

Butch venía por el camino. Su cuerpo enorme arrojaba una sombra hinchada que tropezaba y se tambaleaba delante de él. No hacía ningún ruido al caminar sobre el pasto. Aguzaba el oído para oír los autos. Butch tenía que tener cuidado. Al bordear la curva, apuró el paso; sabía que estaba cerca de su casa. Mientras caminaba con la cabeza baja, se devanaba los sesos acerca de Dillon. Sankey también lo preocupaba. Tenía puesto mucho dinero a su favor. Si Dillon no conseguía arreglar la pelea perdería mucho, demasiado.

Cruzó silenciosamente el sendero de barro deteniéndose en el escalón superior de la galería para oler una vez más el aire de la noche. No le gustó. Le llegaba caliente y próximo. Pensó que tal vez se levantaría una tormenta.

Myra se deslizó del sofá al suelo cuando Butch entró. Gumey se incorporó en el sofá, con la cara que se le ponía verde de miedo. Butch lo partiría en dos si lo atrapaba allí.

Myra no tenía puesta ninguna ropa, con excepción de las medias y los zapatos. Se quedó parada muy cerca de Gumey, con la cara rígida, mientras se le iba pasando la primera impresión.

Butch permaneció junto a la puerta. Algo le decía que las cosas no andaban bien.

—Es tarde —dijo, mientras escuchaba con la cabeza hacia un lado.

Myra le hizo una seña a Gumey para que se quedara donde estaba. Gumey se apoyaba en un codo y tenía una pierna en el piso. El sudor le corría por la cara, dándole un aspecto espantoso a la fuerte luz desnuda.

Butch se adelantó un poco, al tiempo que cerraba la puerta.

—¿Sankey está bien? —preguntó Myra.

—Sí —contestó Butch. Pasó la mano por su cabeza calva.

Sus ojos miraban directamente a Gumey. Los dos coágulos amarillos le perforaban a éste el cerebro.

—Esto parece estar muy tranquilo —prosiguió.

Myra se agachó y recogió su vestido. Butch oyó el susurro de la tela cuando ella lo convirtió en un aro para deslizarlo por su cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó de golpe.

Myra se estremeció un poco y el vestido se le deslizó de las manos.

—Te dije que me voy a la cama. —Empezó a caminar pesadamente por la habitación, mientras cerraba la tabla de planchar y la ponía contra la pared.

—¿Sankey va a ganar? —preguntó, por decir algo.

—¿Te interesa ese tipo, no?

A Gumey le empezaban a doler los músculos de estar sentado en esa posición. Estaba demasiado asustado como para moverse. No hizo otra cosa que quedarse allí, con los ojos fijos en Butch.

—¿Por qué no? —Las rodillas de Myra habían empezado a temblar. El viejo sabía que algo pasaba, pensó. Se acercó temerariamente al sofá otra vez y recogió su vestido. No miró a Gumey ni él la miró a ella.

Butch se movió muy rápidamente. Casi pisó el pie de Gumey al pasar junto a él. Le arrancó a Myra el vestido de las manos. Ella se apartó de un salto y se aplastó contra la pared. Los ojos se le abrieron muy grandes.

Butch tanteó el vestido que tenía en las manos y luego se lo llevó a la nariz. Su rostro enorme y como de goma se oscureció.

—¿Qué diablos estás haciendo? —gruñó—. ¿Por qué te lo has quitado?

Con la voz endurecida ella dijo:

—¿Qué te pasa esta noche? Tenía calor... ¿una no puede quitarse el vestido?

—Ven acá.

Gumey dejó de respirar.

—¡Ni por broma! —se negó Myra, apretándose contra la pared.

Butch fue lentamente hasta la puerta y la cerró con llave. Sacó la llave y se la puso en el bolsillo.

—Acá está pasando algo raro —gruñó—. Veamos qué es. "Con un revólver podría hacer volar al viejo demonio", pensó Gumey.

Butch se deslizó hacia Myra arrastrando los pies. Lo hizo tan rápidamente que ella escapó a duras penas. Deslizándose por la pared, fuera de su alcance, se quedó junto a la puerta respirando en cortas boqueadas espasmódicas.

Butch quedó con la mano en la pared y sus ojos ciegos vueltos hacia ella.

—Te conviene venir para acá —dijo.

—Me asustas. Abre la puerta. Te digo que quiero irme a la cama —dijo Myra con un hilo de voz.

Esta vez Butch la atrapó. Gumey no creía posible que pudiera moverse tan rápido. Su manaza le aferró el brazo cuando ella escapaba de él. La atrajo violentamente. Su aliento caliente le soplaba en la cara.

—¡Suéltame...! ¡Suéltame...! ¡Suéltame! —exclamó ella. Su voz subió un tono, convirtiéndose en un grito.

Gumey se dejó caer al piso y se puso de pie. Butch volvió la cabeza con rapidez.

—¿Qué es eso? —dijo con aspereza. Sacudió a Myra.— ¿Qué fue eso? Hay alguien más aquí... ¿Quién es?

—Estás loco —jadeó ella—. No hay nadie.

Su mano bajó y la abofeteó. Luego se puso tenso. Sujetándole ambas muñecas en un apretón demoledor, tocó su cuerpo tembloroso.

Gumey se arrastraba milímetro a milímetro hacia la ventana abierta. Al verlo, Myra empezó a gritar, cubriendo cualquier ruido que él hiciera.

Butch levantó la mano hasta la garganta de Myra y, al apretarla, cortó sus gritos en seco. Gumey se balanceó hacia adelante y cayó de cabeza por la ventana, al tiempo que sus pies arrancaban las cortinas del barral. Se incorporó y comenzó a correr como un borracho por el camino, tambaleándose de un lado a otro.

—¿Así que de eso se trata, putita?

Myra sentía que se le doblaban las rodillas. Si Butch no la hubiera estado sujetando, se habría deslizado hasta el piso.

—¿Quién era? —La sacudió. Sus grandes brazos la arrojaban de un lado para el otro, haciendo que sus piernas chocaran contra la pared.

—¿Me oyes? ¿Quién era el hijo de puta?

—Nunca ... me lo harás ... decir —jadeó ella, tratando de soltar sus manos.

—¿Sí? Espera y verás.

La arrastró por la habitación hasta que sus piernas chocaron con el sofá y la arrojó en él. Ella quedó tirada allí, con los ojos desorbitados por el terror. Él seguía aferrándole el brazo, murmurando para sí mismo y manoteando la hebilla de su ancho cinturón.

Fue sólo cuando la mano de él se le puso resbalosa por el sudor que ella escapó. Rodó fuera del sofá, deshaciendo el brazo de su

apretón. Quedaron allí enfrentados. La mano de ella se cerró sobre el respaldo de una silla y, levantándola bien alto, le dio a Butch con ella en la cabeza.

Luego, con los ojos muy asustados, le arrancó el vestido y subió al altillo corriendo ciegamente.

Se abrieron camino por el pasillo. Gumey venía primero, luego Dillon, y después Morgan. El recinto estaba tan lleno que tuvieron dificultad en llegar hasta sus asientos. Estaban justo por encima del ring.

Empezaba una pelea preliminar. Las luces de arco de arriba se amortiguaron cuando llegaban a sus asientos. Gumey se abrió paso con dificultad por delante de una rubia delgada, haciendo que su falda se le subiera hasta las rodillas.

—No te preocupes por mí —dijo ella con brusquedad. Dillon se quedó esperando para pasar.

—Si no tienes los arcos rotos, ¿qué te parece si te paras? Así es menos probable que te desvista —dijo.

Dos individuos gordos que estaban sentados detrás estallaron en una risa explosiva.

La rubia le echó una mirada a Dillon y supuso que era demasiado bruto para ella. Se puso de pie y le permitió pasar. Morgan se apresuró para hacerla. Se sentaron.

Justo por encima de las luces del ring había una neblina espesa de humo de cigarrillo que subía como un vaho del suelo húmedo. En el recinto hacía un calor infernal. Dillon se desabrochó el cuello de la camisa y se aflojó la corbata.

Los dos pesos livianos se aporreaban de manera asesina. Gumey se inclinó hacia Dillon.

—¿Has visto a Sankey? —preguntó. Dillon hizo un gesto negativo.

—Sankey no me preocupa —dijo—. Creo que voy a hacerle una visita a Franks.

—Lo asustamos —dijo Gumey—. Ve a ver.

De golpe la multitud exhaló un gran suspiro que sonó como un quejido, cuando a uno de los boxeadores se le empezaron a aflojar las rodillas.

Morgan gritó:

—Atácalo, inútil. Arrincónalo. Lo salvó el gong.

Dillon se puso de pie, pasó por delante de Morgan, por arriba de la rubia, y volvió a recorrer el pasillo. Al extremo del corredor que

llevaba a los vestuarios un hombre muy pequeño vestido con un pulóver blanco amarillento lo detuvo.

—De acá no pasas —le dijo.

—Estoy aquí por negocios —contestó Dillon y avanzó.

El enano tuvo que dejarlo pasar; Dillon lo hizo a un lado. Dillon se metió en el camarín de Sankey. Hanks estaba sentado en un banquito junto a la mesa. Sankey yacía en la mesa cubierto por una bata roja. Ambos levantaron la mirada cuando Dillon entró.

—Va después del siguiente —dijo Hanks. Dillon frunció los labios.

—¿Estás bien? —preguntó.

Sankey se sentó a medias.

—Claro que estoy bien. Este tipo se va a dejar noquear, ¿no?

Dillon asintió.

—Eso no significa que no tengas que tratar —dijo sin alterarse —. Tienes que vigilarlo, Sankey.

—Claro que lo va a vigilar… ¿Qué te parece? —dijo Hanks, acaloradamente.

Dillon asintió y volvió a salir. Caminó sin hacer ruido por el corredor hasta llegar al cuarto de Franks. Puso la mano dentro de la chaqueta, para sentir la culata fría del Colt. Luego abrió la puerta y entró.

Franks se miraba los pies con aire malhumorado. Su entrenador, Borg, estaba sentado desanimado en una silla de madera y se limpiaba las uñas con un cortaplumas. Levantó la mirada de golpe cuando Dillon entró.

—Cuarto equivocado, amigo —dijo tajantemente—. Sigue tu camino.

Dillon ni siquiera lo miró. Le comunicó a Franks:

—Estamos afuera, vigilando.

Franks levantó la mirada.

—¡Sal de aquí y no vuelvas a entrar! —masculló. Dillon no se movió.

—No me interpretes mal—dijo—. No queremos intentar nada.

Borg bajó de su asiento. Se acercó a Dillon con rapidez.

Era sólo un hombrecito pequeño y gordo, pero tenía muchas agallas.

—¿Qué diablos está diciendo? Mándese a mudar. No lo queremos aquí.

Dillon lo miró de arriba abajo, rió burlonamente y salió. En la puerta volvió la cabeza.

—En alrededor del quinto round, Franks —indicó y cerró la

puerta con fuerza.

Del recinto le llegó un repentino estallido de aclamaciones irónicas. Volvió a pasar junto al enano, que le lanzó una mirada furiosa pero no le dijo nada.

A la entrada de la Sección K, vio a Gumey y Morgan abriéndose paso hacia la confitería. Se abrió paso con dificultad a través de la multitud y los alcanzó.

—Esos dos incapaces se tienen un miedo bárbaro —comentó Morgan cuando él se acercó—. Están haciendo tiempo durmiendo el uno en brazos del otro.

—¿Viste a Franks? —dijo Gumey.

Dillon asintió. Se apoyó contra el mostrador, con los pulgares enganchados en el cinturón.

—Andará bien —dijo.

Gumey se sirvió una porción de whisky y empujó la botella en dirección a Morgan.

—¿Y Sankey?

—Sankey recuperó el ánimo. Es un personaje importante ahora que la pelea está arreglada. Ese tipo tiene una veta de cobardía en alguna parte.

A Morgan no le gustó eso, pero mantuvo la boca cerrada. No estaba seguro de Dillon.

—Qué lástima lo de Butch —dijo, llevando la conversación por carriles más seguros.

Dillon alzó las cejas.

—No estoy enterado.

Gumey pareció incómodo. Llenó su vaso con apuro. Por entre los párpados, Dillon lo observaba.

Morgan emitió una risita metálica.

—¿No te enteraste? ¡Vamos, es muy bueno! Su muchachita casi le vuela la cabeza de un golpe.

—Estás loco —dijo Dillon frunciendo el entrecejo.

—Parece así, pero es en serio. El viejo Butch salió por la noche, y al volver la pesca besuqueándose con alguno en la habitación del frente. ¡Ay! ¡Cómo me habría gustado estar allí! Ella no tenía nada encima. El hombre pierde la cabeza y huye por la ventana. Me imagino que debe de haber sido divertidísimo. —Morgan se golpeaba el muslo, doblándose hacia adelante en un estallido de risa ronca.

Dillon lo miró con desprecio.

—Entonces Butch le pega a ella con el cinturón y le saca unas cuantas ampollas. Exactamente lo que se estaba mereciendo esa

chiquilina. Entonces ella logra soltarse y que me cuelguen si no le estrella una silla en la cabeza. Créanme, esa muchacha es una salvaje. Siguió pegándole con esa silla hasta que Butch estuvo fuera de combate. Ahora está acostado, dolorido como un oso con un forúnculo y la chica dirige la casa, dándose aires.

—¿Quién era el tipo? —preguntó Dillon. Lo sabía con sólo observar a Gumey. Morgan se encogió de hombros.

—Butch no lo pudo descubrir —dijo—. Supuso que el cinturón la haría hablar, pero no fue así. Creo que ese fugitivo tuvo mucha suerte. Butch le hubiera retorcido el pescuezo.

Gumey se secaba la cara con un pañuelo de seda. Dillon lo miró, pero Gumey apartó la mirada.

—Volvamos —indicó Dillon—. Saldrán pronto.

El estadio tenía todas las luces encendidas cuando entraron. El zumbido de las conversaciones resonaba en las paredes. El ring estaba vacío. Cuando se sentaron, las luces empezaron a atenuarse.

Los gordos detrás de ellos hablaban en voz alta y ronca.

—Esta noche no hay negocios —se quejó unos de ellos—. Apuesto tres a uno por Franks. Los estúpidos no me toman la apuesta.

Dillon volvió la cabeza.

—Tomo quinientos de eso —apostó.

Los dos gordos se miraron, un poco sobresaltados. Luego uno de ellos dijo:

—Por supuesto. —Pero dejaron de hablar después de eso. Gumey le dio un codazo a Dillon al tiempo que meneaba la cabeza. Beth Franks venía por el pasillo. Se deslizó en un asiento vacío cerca de uno de los rincones. Su cara estaba huesuda y tensa y le brillaban los ojos como si tuviera fiebre.

—Está loca para haber venido aquí —murmuró Gumey. Dillon hizo un gesto negativo.

—Mantendrá tranquilo a Franks —dijo.

La multitud empezó a aullar. Sankey entraba. El foco lo siguió mientras recorría el pasillo, reflejándose en su bata roja. Trepó por las cuerdas manteniendo una mano en alto.

—¡Demonios! ¡Se cree Joe Louis! —comentó Gumey.

Sankey dio la vuelta al ring pesadamente, siempre con la mano en alto, mientras medio estadio le gruñía y la otra mitad aullaba. Tenía cuatro asistentes vestidos de blanco, que permanecían tímidamente en el rincón, esperando que terminara con sus tonterías. Por fin volvió y se quedó en su rincón, flexionando las rodillas y jugando con las cuerdas.

Morgan le echó una mirada a Dillon.

—Recuperó el ánimo, ¿no?

Dillon se burló.

Ahora entraba Franks. La multitud se puso de pie en su homenaje. El techo temblaba por el rugido. Los tres volvieron las cabezas para verlo entrar. Franks parecía un poco tenso y tenía ojeras. Tuvo que pasar cerca de ellos en su camino hacia el ring.

—No seas muy duro con él, Harry —le gritó Gumey.

A la multitud le gustó eso y ululó. Franks siguió su camino sin mirar.

Beth oyó a Gumey y se puso de pie, mirando con ojos enloquecidos a los tres, que estaban sentados a su izquierda. Los miró fijamente durante algunos segundos y luego volvió a sentarse.

Morgan se movió, inquieto.

—Va a volver a conocernos —dijo. Los otros dos no dijeron nada.

Sankey saltó de su rincón y bajó la soga para que Franks pasara. Franks se detuvo para mirarlo.

—Muéstrate como eres —se burló—. ¡Vete al diablo! La multitud pensó que Sankey actuaba con espíritu deportivo. Aullaron por él. Franks saltó las sogas como si hubieran sido una valla, dejando que Sankey siguiera sosteniéndolas. A la multitud también le gustó eso, y gritó y aplaudió.

No podían sacar a Sankey del rincón de Franks. Fue a palmearle la espalda. La multitud pensó que era algo maravilloso.

—Si no me sacan a este hijo de puta de aquí, empiezo a darle ahora mismo —amenazó Franks.

—Danos un poco de aire, hermano, ya lo verás bastante esta noche —le aconsejó Borg a Sankey.

Sankey volvió a su rincón con los puños juntos, saludando a la multitud.

—Este hijo de puta me va a volver loco —rezongó Gumey.

Hank fue hasta el rincón de Franks mientras Borg le vendaba las manos y dijo:

—Tienes bastante tela.

Franks levantó los ojos para mirarlo.

—No seas estúpido —contestó—. Está bien blanda.

Un hombrecillo con un micrófono manual subió al ring y empezó a trasmitir. Logró excitar a la multitud. Lo único digno de destacar fue que Franks pesaba tres kilos más que Sankey.

Gumey tenía conciencia de la sequedad de su boca y de los pesados latidos de su corazón. Deslizó su sombrero hacia la parte

trasera de la cabeza y se frotó la frente reluciente con la mano. Dillon estaba sentado como una roca, con las manos apoyadas blandamente en las rodillas y la mandíbula moviéndose lentamente, mascando la goma.

Gumey vio al árbitro llamar a los dos hombres al centro del ring. Sankey se acercó con la bata en forma de capa sobre los hombros. Franks sólo tenía una toalla sobre la espalda.

Permanecieron allí escuchando al árbitro repetir las mismas instrucciones de siempre. Gumey deseaba que se pusieran a pelear.

Volvieron a sus rincones. El humo del tabaco subía lentamente en espiral hacia el techo. La multitud esperaba tensa y silenciosa.

Sankey dejó caer la bata y se sostuvo en las cuerdas, mientras frotaba los zapatos en la resina. Los asistentes abandonaron desordenadamente el ring cuando sonó el gong.

Franks salió cauteloso, con la barbilla en el pecho. Sankey casi se abalanzó sobre él. Lanzó una derecha y una izquierda, pero Franks pasó por debajo de ellas golpeándolo en el cuerpo. A Sankey no le gustó: se trenzó en un clinch[1], pegando, dándole en la cabeza su rival con golpes de medio brazo que no preocupaban a Franks. Se quedó así hasta que el árbitro detuvo su brazo, y entonces, cuando se alejaba, Franks lo agarró con un swing de derecha en un lado de la cabeza. La multitud aullaba de alegría. Sankey volvió a atacarlo pero Franks lo ató en un clinch. Lucharon otro poco y una vez más Franks lo agarró cuando se soltaba.

Gumey cambiaba de posición, cruzaba y descruzaba las piernas.

—¿A qué está jugando? —preguntó. Los otros dos no dijeron nada.

Franks volvía velozmente al ataque; Sankey retrocedió contra las cuerdas, amortiguando la mayor parte de los golpes que Franks le daba. Lanzó una tremenda derecha que le acertó a Franks cuando se acercaba. Lo tocó demasiado alto como para lastimarlo, pero lo detuvo, y Sankey salió de las cuerdas y se apartó bailoteando. Franks atacó y ambos intercambiaron golpes cortos y secos a la cabeza y al cuerpo. El gong sonó justo cuando Sankey entraba en actividad. No cabía duda de que el round era de Franks.

La multitud zumbaba y zumbaba alrededor de ellos.

Gumey se reclinó en el asiento, consciente del sudor que le corría por la espalda. Consultó a Dillon:

—Dijiste que en el quinto, ¿no?

—No te alteres. Está todo arreglado. Ese tipo tiene que brindar un espectáculo —contestó Dillon.

Sankey se reclinó en su rincón, con el rostro enfurruñado. Hank

le tiró una toalla encima y le dijo que se lo tomara con calma.

Sonó el gong para el segundo round.

Esta vez fue Franks el que salió velozmente. Ya estaba casi en el rincón de Sankey antes de que éste levantara las manos. La multitud les rugía. La izquierda de Sankey saltó a la cara de Franks, haciéndolo echar la cabeza hacia atrás, pero venía con tanta fuerza que no lo detuvo. A golpes llevó a Sankey de vuelta a su rincón, pegándole fuerte en el cuerpo con ambas manos. Esos dos golpes se oyeron hasta en la calle.

Sankey levantó ambas manos mientras la boca se le ponía floja. Una mirada salvaje le apareció en los ojos pero siguió con las manos en alto.

Gumey le gritó:

—¡Apártalo! ¡Apártate de él!

Franks lanzó un swing demoledor que aterrizó en la cabeza de Sankey, quien cayó de rodillas. Franks se mantenía tranquilo. De inmediato se dirigió a un rincón neutral, dejando que el árbitro empezara la cuenta. El estadio se sacudía por el ruido. La multitud se había puesto de pie en sus asientos aullando hasta enronquecer.

El grito agudo de Morgan iba dirigido a Sankey:

—¡Espera! ¡Quédate donde estás!

Sankey se puso de pie en el nueve. Parecía estar bien. Franks se le abalanzó, con cierta temeridad. Sankey vio una brecha y castigó a Franks, a quien eso no le gustó nada. Estaba sacudido. Los dos se alegraron de abrazarse en un clinch. Y esta vez Franks le erró a Sankey cuando se separaron. Sankey lo mantenía apartado con golpes secos retrocediendo en torno de todo el ring y golpeando con la izquierda. Franks sólo quería volver a acertar una trompada. Hacia el final del round lo logró. Sankey trató de neutralizarlo, pero era como aferrarse a una sierra circular. Franks disparó cuatro ganchos uno detrás del otro. Se hundieron en las costillas de Sankey, haciendo gemir a la multitud. Las rodillas de Sankey cedieron. Estaba en dificultades, tratando de mantener las manos en alto, cuando sonó el gong.

Dillon se puso de pie.

—Ve a su rincón —le ordenó ferozmente a Gumey—. Dile que pelee. A este paso no va a durar hasta el quinto round. Déjate ver por ese boxeador de pacotilla de Franks. Hazle una seña o algo.

Gumey se abrió paso hasta el pasillo y se encaminó al rincón de Sankey. Hank trabajaba sobre él con desesperación. Se lo veía preocupado. Gumey dijo:

—Por el amor de Dios, tienes que vigilar a ese tipo.

Sankey lo miró con furia. Grandes manchas rojas en las costillas demostraban el castigo que estaba recibiendo.

—Una pelea arreglada, ¿eh? —gruñó—. El hijo de puta me está matando.

Antes de que Gumey pudiera decir nada, sonó el gong. Franks salió zigzagueando y balanceándose, mientras Sankey retrocedía resoplando con fuerza por la nariz. Gumey apoyó los codos en la lona y observó atentamente.

Sankey probó con una izquierda, pero la cabeza de Franks se movió y luego agarró a Sankey con una izquierda y una derecha. Éste empezó a sangrar por la boca. Retiró los labios del protector bucal gruñéndole a Franks. Siguió moviéndose en círculos mientras la multitud le aullaba. Lanzó otra izquierda que cayó cuando Franks se alejaba y trató de seguirla con una derecha terrible. Ésta silbó por arriba de la cabeza de Franks, que se acercó y golpeó con ambas manos. Sankey lo apartó y siguió tirando golpes secos que cayeron demasiado alto como para causar ningún daño.

Sankey se estaba enojando mucho. Cada vez que Franks se acercaba le pegaba en las costillas. Los golpes caían con fuerza. Sankey no podía sacárselo de encima. Su cuerpo recibía una paliza terrible. El round terminó con una gran agitación en el rincón más apartado. Sankey logró colocar un uppercut[2] con la parte trasera del guante, cortando la nariz de Franks.

Sankey volvió torpemente a su rincón. Gumey podía ver cómo le temblaban las piernas. Se desplomó en su banquillo y sus asistentes empezaron a trabajar en él.

—Mantenlo a distancia este round. Se va a dejar noquear en el quinto —le recordó Gumey.

—No puedo seguir —adujo Sankey casi llorando—. El desgraciado me está desparramando las tripas.

—Te quedas o sufrirás más afuera —gruñó Gumey. Miró a Franks, que estaba tendido de espaldas en su rincón, inhalando grandes bocanadas de aire. Ni siquiera estaban trabajando sobre él.

Sonó el gong para el cuarto round.

Sankey salió con un poco más de energía. Estaba desesperado. Le lanzó una derecha a Franks, la conectó y la siguió con una izquierda. Franks se apoyó en los talones y se cubrió. La multitud se puso de pie, aullando.

—¡Ve tras él! ¡Reviéntalo...! —gritó Gumey. Y allí fue Sankey, lanzando golpes desde todos los ángulos. Franks sorteó los más peligrosos y amortiguó los salvajes. De repente lanzó con la izquierda un golpe seco a la cara de Sankey que lo detuvo en seco y

lo remató con una derecha que lo alcanzó entre los ojos. Hubo un silencio aplastante cuando Sankey cayó sobre las manos y las rodillas, y entonces la multitud gritó por la excitación. Franks se encaminó al rincón opuesto a Gumey. Respiraba lentamente. Su gran pecho subía y bajaba sin esfuerzo.

—¡El próximo round o te la damos! —gritó Gumey. Franks no dio ninguna muestra de haber oído.

El árbitro estaba parado detrás de Sankey mientras le gritaba la cuenta en el oído. Los músculos de Sankey temblaban mientras trataba de despegarse de la lona. Todos le gritaban. El gong detuvo la cuenta en ocho.

Arrastraron a Sankey a su rincón. Hank le dio un sorbo de whisky, le tiró de las orejas y le derramó agua sobre la cabeza. Estaba muerto de miedo. Dillon se aproximó y se apoyó en las cuerdas.

—Contrólate pedazo de… —gruñó—. Vas a ganar en este round. Si no sales y lo haces pedazos te destruiré.

Sankey luchó contra el lacerante cansancio.

—Mi izquierda parece de plomo —lloriqueó.

—Entonces usa tu maldita derecha. Recuerda, pégale por todo el ring. Caerá.

Sonó el gong para el quinto round.

La multitud esperaba que Franks saliera y liquidara el asunto, pero él no lo hizo. De golpe parecía haber perdido toda la fuerza. Sankey fue derecho a un clinch. Seguía aferrándose, apoyando su peso en Franks hasta que el árbitro tuvo que gritarle. Franks lo alcanzó cuando se alejaba, pero sin energía. Sankey respiraba como un escape de vapor. Le lanzó golpes secos cuando Franks se acercó y éste le pegó en las costillas, tres golpes livianos que ni siquiera lo hicieron vacilar. Bailoteó para alejarse de Franks, apoyándose en la planta de los pies. Franks arrastró los pies en su dirección, con las manos bajas. Sankey vio esa brecha. Si no la hubiera visto, habría estado ciego. Atacó con la izquierda y la derecha. Fue con el guante abierto, pero ambos golpes sonaron bien. La multitud se puso de pie con fuerza. Franks cayó sobre un costado.

Gumey soltó un pequeño suspiro de alivio. La multitud gritaba y se hamacaba, aullándole a Franks para que se levantara. El árbitro, ligeramente sobresaltado, empezó a marcar los segundos.

Sankey estaba apoyado en las cuerdas, con las rodillas que se le doblaban y la cara manchada de sangre. Ni siquiera parecía complacido.

Franks no se movía, simplemente seguía tirado.

Beth Franks se abrió paso hasta el ringside[3]. Golpeó la lona con las manos.

—¡Levántate y pelea! —gritó—. ¡No les permitas salirse con la suya! Harry... ¡Levántate y pelea...!

Franks se tomó su tiempo, pero se levantó en el nueve. La multitud, que ahora estaba a favor de Sankey, le gritaba a éste que terminara con él. Sankey salió tambaleándose de su rincón, maldiciendo. Franks se quedó esperándolo, con los labios formando una línea fina, con aspecto de asesino. No le pasaba nada. Estaba tan fuerte como cuando empezaron. A medida que Sankey se acercaba lo nombraba con cuanta obscenidad le venía a la boca.

Franks apartó su débil guardia y le pegó en las costillas. Fue un golpe terrible, que dio con fuerza en la parte alta del pecho de Sankey. Los ojos de éste se pusieron en blanco. Su boca formó una gran "O" y luego, cuando caía hacia adelante, Franks le asestó un golpe que, procedente de sus tobillos, cayó en la mandíbula de Sankey.

Fue una pérdida de tiempo del juez que contara. La multitud se volvió loca. Aullaban y ululaban cuando el árbitro marcó el diez. Entonces, cuando arrojó los brazos abiertos al aire y corrió a levantar el guante de Franks, se sentaron e hicieron sacudir el techo.

Dillon volvió la cabeza y miró a Gumey. Los ojos le ardían de indignación.

—El muy traidor y sucio hijo de puta —dijo por entre los dientes.

Estaban todos amontonados en la cabaña de Butch. Estaban Gumey, Hank y Morgan. Sankey se había ido a casa, demasiado resentido y furioso como para asistir. Dillon, salvaje y silencioso, arrastraba los pies detrás de los otros.

Butch estaba sentado, vestido con una bata sucia. Tenía la cabeza envuelta en un vendaje. Presintió enseguida que Sankey había fracasado cuando entraron.

Arriba, Myra podía oír el barullo y bajó por la escalera de mano para escuchar.

Dillon estaba sentado sobre la mesa, mondándose los dientes, mientras los otros gritaban y maldecían. Butch estaba tan furioso que Gumey creyó que le daría un ataque. Golpeaba una y otra vez los brazos de su sillón.

—Puse todo lo que tenía en ese infeliz —chillaba—. Y ahora,

¿dónde estoy?

Dillon se animó de repente.

—¡Cállense, ratas! —gruñó—. Franks tiene más cojones que todos ustedes juntos. ¿Qué importa si perdieron un poco de plata?

Hubo un silencio terrible, mientras cada uno de los hombres fulminaba a Dillon con la mirada. Butch dijo con voz estrangulada:

—Usted arregló esa pelea, ¿no? No perdió nada de plata, ¿y habla así?

Dillon lo contempló con desprecio. Sus ojos recorrieron a los demás, que empezaron a acercársele cautelosamente, excepto Gumey, que sabía lo del revólver.

Butch se levantó con esfuerzo de su sillón.

—Tráiganmelo —dijo salvajemente, flexionando los dedos—. Le enseñaré algo a ese vago.

Los labios finos de Dillon sonrieron. Sus ojos eran como piedras por todo el desprecio que sentía.

—Basta —dijo—. Ustedes, inútiles, no saben dónde bajarse.

—Déjenmelo a mí —masculló Butch.

Empezó a moverse hacia adelante, con sus manazas que buscaban algo. Dillon, sentado sobre la mesa y observando, sólo hundió los hombros en la chaqueta. Luego, cuando Butch estaba a unos treinta centímetros de él, el Colt saltó a su mano.

—¡Apártate, Hogan, tiene un arma!

Dillon le tiró bajo a Butch. El ruido del arma hizo gritar a Myra. Se quedó del lado de afuera de la puerta, con las manos en la boca, temblando.

Los ojos ciegos de Butch se cerraron, ocultando los dos coágulos amarillos de la vista de Dillon. Éste lo observaba, con la sonrisa un poco estereotipada.

Butch cayó sobre las rodillas con un ruido sordo.

Hank y Morgan peleaban por escapar de la habitación. Dillon los dejó ir. Ni siquiera volvió la cabeza. Salieron por la galería y Dillon los oyó correr por el camino.

La puerta se abrió y entró Myra. Se quedó parada en el vano de la puerta abierta, con el rostro desencajado y sosteniéndose derecha contra el armazón de madera. No hizo ningún movimiento por acercarse a Butch. No hacía nada más que estar allí parada, esperando.

Butch murió así, de rodillas. Se desmoronó gradualmente, como un saco blando de trigo.

Dillon miró a Gumey y luego guardó el revólver dentro de la chaqueta.

—Estuvo loco al meterse conmigo —comentó.

—Va a ser mejor que te vayas de aquí —aconsejó Gumey con voz ronca.

Dillon mostró los dientes.

—Tú vienes conmigo, compañero —dijo—. ¡No te equivoques al respecto!

Gumey tragó saliva y dijo con apuro:

—Claro… Yo no escapé como los otros inútiles.

Los dos miraron a Myra. De repente, ella tomó conciencia de ellos, dándose cuenta de que ahora estaba sola, que Butch estaba liquidado y de que tenía que valerse por sí misma.

Gumey se le acercó.

—Junta algunas cosas —le dijo—. Te vienes conmigo.

Ella no dijo nada pero se volvió y salió de la habitación con las rodillas temblorosas.

Dillon dijo:

—Sí. Va a ser útil.

Gumey asintió.

—Garo. Seguro que lo será.

Hubo una larga pausa, con los dos que permanecían en silencio, sin mirar a Butch. Luego Gumey dijo:

—¿Adónde vamos?

—A cruzar rápido el límite del estado. Después de eso, veremos.

Myra entró, sosteniendo una pequeña valija de cuero.

—Sal y sube al auto —le indicó Gumey.

Ella dio media vuelta y salió. Dillon se acercó a Gumey.

—Tenemos que tener un poco de plata antes de partir —dijo—. Tal vez sepas que Abe tiene un fajo de billetes ahorrado. Vamos a buscarlo. Sé dónde está.

Gumey se pasó la lengua por los labios.

—No es seguro —adujo con nerviosidad. El comisario vendrá pronto.

—Te estoy informando… no preguntando —dijo Dillon. Salieron a la oscuridad y subieron al viejo auto. Myra iba sentada atrás. Controlaba sus nervios, pero no podía parar de temblar. El auto salió a los bandazos a la carretera principal, y los cambios chirriaron cuando Gumey los hizo.

No tardaron mucho en llegar al negocio de Abe. El lugar estaba oscuro. Dillon bajó del auto. Se agachó y quitó la llave del motor. Gumey lo observó, sintiéndose atrapado. Luego Dillon ordenó:

—Quédense aquí. No voy a tardar mucho.

Caminó hacia la parte trasera y abrió la puerta con una llave.

Avanzó en silencio por el corredor oscuro, hasta llegar a la tienda.

Abe sumaba cantidades en el libro mayor, con el gorrito ritual en la cabeza y el rostro radiante de satisfacción. Levantó la mirada cuando entró Dillon.

—¿Fue una buena pelea? —preguntó, manteniendo un dedo huesudo en la página del libro, sujetando una cifra, como si tuviera miedo de que se le escapara.

—Quédese donde está. No intente chillar —dijo Dillon.

Sostenía el Colt de manera que Abe pudiera verlo.

Abe apoyó la lapicera. Sus viejos dedos temblaban un poco.

—Mi Rosa se equivocó —dijo, con tristeza.

Dillon se encaminó hacia donde Abe escondía los ingresos del día. Estaban en una lata de café, en un estante alto. Dillon tendió la mano y la bajó. Abe permaneció sentado con las manos en las rodillas, completamente abrumado.

—Creo que necesito esto más que usted —dijo Dillon, mientras vaciaba la lata en el mostrador. Había un poco más de cien dólares en billetes chicos en la lata. Dillon se los metió en el bolsillo. Dijo:

—Creo que también me vaya llevar su fajo de billetes… Tal vez utilice un Banco después de esto.

—No me da ninguna oportunidad —gimió Abe—. Costó ganar ese dinero.

Dillon abrió la caja registradora, sacó el cajón por completo y metió la mano en la abertura. Tanteó la madera con cuidado, encontró el fajo de billetes en el falso cajón, lo sacó y se lo guardó en el bolsillo.

—Dos mil, ¿no, Goldberg? Creo que se los he visto contar bastantes veces.

—Creo que ésta será la última vez que ayude a algún vagabundo —dijo Abe.

—¡Por favor, basta! —se burló Dillon—. Los incautos como usted siguen ayudando hasta que los entierran.

Mientras hablaba recorría el negocio juntando comida enlatada. La metió al descuido en una gran bolsa de papel.

—Nos vamos de viaje. Odiaría robarle todo esto. Se lo pagaré. —Arrojó tres dólares sobre el mostrador.

Abe no dijo nada. Sólo quería que Dillon se fuera. No podía dejar de pensar en cómo se lo diría a Rosey. Ella nunca se perdonaría a sí misma.

Dillon recogió la bolsa y se dirigió hacia la puerta.

—Tal vez, cuando se me dé la buena, lo recordaré. Goldberg… o tal vez no. ¿Comprende?

Salió a la noche, arrojó la bolsa dentro del auto y subió. Le dio la llave a Gumey.

—Límite del estado. Rápido —dijo.

Gumey puso en marcha el motor e hizo los cambios. Partieron de Plattsville cuando el reloj de la calle daba las dos, y se dirigieron hacia la frontera.

Segunda Parte

Myra sacó las piernas de la cama y se sentó. El sol entraba por la ventana abierta y le quemaba los pies. El reloj barato que estaba sobre la repisa de la chimenea indicaba las 08:10. Estaba sentada allí, olfateando el aire fresco con el cuerpo blanco y firme desnudo. Tanteaba con los pies en busca de los zapatos. Finalmente, con un poco de fastidio, tuvo que apoyarse en el piso con las manos y las rodillas y sacados de debajo de la cama.

Se quedó arrodillada allí mirando los zapatos.

—Demonios —dijo—. Me estoy convirtiendo en una verdadera vagabunda.

Los zapatos ya apenas se sostenían. Habían terminado su vida útil. Dos grandes roturas se abrían grandes como bocas en la parte superior y las suelas parecían coladores.

Se sentó sobre los talones, rascándose el muslo, mientras pensaba. No era por elección que estaba desnuda en la cama. Simplemente no tenía qué ponerse.

Tres semanas largas y cansadoras habían pasado lentamente desde que Butch había sido muerto. La cabaña, escondida entre las colinas, se mantenía en pie gracias a la pintura. Dillon se había alegrado de mudarse allí, y ahora que estaba, se había quedado atascado en ella.

El último propietario había sido un trabajador migratorio que se había llevado a su familia con él en un intento inútil de encontrar trabajo durante la invasión de California. Había dejado la cabaña casi como estaba ahora. Hasta la ropa de cama había quedado. Ese trabajador había estado verdaderamente apurado por irse.

Dillon había ido en el auto al pueblo más próximo, entrado en una cantidad suficiente de tiendas como para tirar por algún tiempo, y los tres se habían atrincherado allí. La cabaña era solitaria, estaba fuera de la transitada ruta y no veían a nadie desde el crepúsculo hasta el amanecer.

Dillon pasaba la mayor parte dél tiempo tirado en la cama y

cavilando. Se levantaba alrededor del mediodía, comía algo y se sentaba al sol en el umbral de la cabaña. Ponía nerviosos a los otros dos. Todo el trabajo recaía sobre Myra. Gumey cortaba la leña y acarreaba el agua, pero no hacía mucho más. Daba vueltas por la casa, pisándole los talones a Myra, haciendo un esfuerzo por no ponerle las manos encima y, en general, muriéndose de aburrimiento.

Myra se estaba hartando. No iba a correr el riesgo de acostarse con nadie, de manera que mantenía a Gumey fuera de su habitación. Eso lo enfadaba terriblemente, pero el temperamento irritable de Myra se alzaba entre los dos como una pared.

Ella se puso de pie y se calzó los zapatos, moviendo los dedos de los pies dentro de ellos mientras sentía los ásperos tablones del piso a través de las suelas. Volcó un poco de agua en un bol de latón y comenzó a lavarse. Palmeaba su cuerpo con el agua y se lo frotaba enérgicamente. Durante todo el tiempo en que lo hacía, su mente se mantenía ocupada. Pensaba que era hora de sacudidos un poco a esos vagos. A Dillon habría que manejado con cuidado. Hasta el momento la había ignorado. Eso la irritaba. Sencillamente no sabía que ella estaba allí. Ella pensaba que él era un pez de sangre fría. Caminó hacia la banqueta donde había dejado caer su ropa. La inspeccionó, con la nariz fruncida por el asco. Todas las malditas prendas estaban hechas jirones. Hasta su vestido estaba muy remendado debajo de los brazos.

Al ponerse el vestido por la cabeza, alisó las arrugas con las manos. Luego entró en el living-room.

Gumey estaba parado en el vano de la puerta abierta, acomodándose el cinturón. Le hizo un gesto agrio de saludo. Había creído que tenía una suerte enorme por haberla traído consigo y todo para que finalmente ella se encerrara en su cuarto todas las noches. Una barba incipiente le cubría el mentón, y sus ojos, todavía hinchados por el sueño, la seguían hambrientos.

Del otro lado había otro cuarto pequeño, donde dormía Dillon. La puerta estaba cerrada. No esperaban verlo por un buen rato todavía.

—¿Qué te parece si prendes el fuego? —dijo Myra, cortante.

—Claro —convino Gumey. Salió y volvió a entrar con un puñado de leña. Se sentó frente al pequeño hornillo y empezó a hurgar en las cenizas.

Myra llenó la marmita y comenzó a tender la mesa. Cuando la leña crepitaba en el hornillo, Gumey se incorporó y puso la marmita sobre él. Caminó por la habitación rascándose las axilas y

bostezando, con la mirada puesta en Myra. Ella no le prestaba la menor atención, pero podía sentir cómo la deseaba.

Él se acercó por detrás y la rodeó con los brazos, con las manos sobre sus pechos. La apretó contra sí.

Myra se quedó muy quieta.

—Apártate, ¿quieres? —le espetó—. Hay mucho que hacer.

Gumey la forzó a darse vuelta.

—Estoy harto de esto —dijo con fiereza—. No lo vaya tolerar.

La alzó y la llevó con rapidez a su cuarto. Myra no hacía ningún esfuerzo por resistir. Una vez en el cuarto la bajó y siguió estrechándola, con el pecho palpitante.

—Te estás equivocando, Nick —dijo ella.

—¿Sí? —La sacudió un poco.— Eso es lo que tú crees. Te bastas para volver loco a un tipo… ¿Qué es lo que te pasa? Estabas bastante caliente cuando Butch podría haberte matado… pero ahora…

El rostro de Myra siguió frío.

—Hierve el agua —dijo—. ¿Qué te parece si me bajas a la tierra?

Gumey le sacó las manos de encima.

—¡Por Dios! —exclamó con enojo—. No puedes tratarme así.

Una oleada de furor la atravesó como una llama.

—¿Y qué crees que es esto? —le gritó—. ¡Mírame! ¿Cómo te parece que me siento? No tengo ni un harapo para ponerme. En lo único que piensas es en llevarme a la cama. Pues bien, tienes otra cosa en qué pensar. Ese vago piojoso tiene un fajo de billetes y lo único que hace es estar sentado sobre él. ¿Cuánto tiempo te parece que vamos a seguir en esta pocilga? ¿Quién diablos eres para enojarte?

Gumey retrocedió inquieto.

—¡Cállate! —dijo, de muy mal humor—. No puedo hacer nada, ¿no?

Lo apartó e irrumpió en el cuarto de Dillon. Éste estaba sentado en la cama. Tenía puestos los pantalones y la camisa y había una astilla entre sus dientes. La miró con desconfianza.

—¿Qué diablos quieres, entrando de esa manera? —gruñó.

—Te diré lo que quiero —estalló—. Quiero salir de aquí. Quiero un poco de dinero para comprar algunas cosas… Estoy harta de haraganear con un par de vagos de traseros andrajosos como ustedes por nada. Mírenme… miren este vestido…

Dillon pasó las piernas por el borde de la cama y se puso de pie. Gumey estaba en el vano de la puerta abierta, asustado. Dillon

hundió los hombros.

—Escucha —gruñó—. ¿Te vas de aquí o te saco de un golpe? Soy el patrón de este grupo, ¿entiendes?

Myra le hizo burla. Se paró con las piernas muy abiertas y los brazos en jarras.

—No podrías ser el patrón de ningún grupo, pistolero de poca monta —le dijo—. Métete eso en tu cabeza dura. Vamos, dame un poco de plata.

Dillon blandió el puño y le asestó un golpe en un costado de la cabeza. Fue un golpe muy fuerte. La lanzó a través de la habitación hasta que golpeó la madera rústica con el hombro y se desplomó.

Gumey murmuró débilmente desde la puerta:

—¡Eh! No puedes pegarle así.

Dillon lo miró. Sus ojos fríos fulguraban.

—No te metas en esto —dijo—. Ella se lo ganó. No va a llegar a ninguna parte con esa manera de hablar.

Myra se puso de pie con esfuerzo. Tenía una mano en la cabeza, el piso se levantaba un poco bajo sus pies. Enfocó a Dillon con dificultad.

—¡Demonio! —dijo.

Dillon se subió los pantalones y se le acercó.

—Vete y prepara algo de comida. Estás aquí para trabajar, ¿entiendes? No vaya aceptar ninguna tontería de tu parte.

Myra miró a Gumey por encima del hombro.

—¿Crees que te vas a meter en mi cama después de esto? Rata cobarde... tienes muchas posibilidades.

—¡Cállate! —dijo Dillon.

Gumey se volvió y entró en la habitación del frente. Suponía que Myra iba a hacerle la vida imposible a causa de eso. Dillon no apartaba la mirada de Myra. Recordaba cómo había golpeado a Butch. Esa mujer era peligrosa. Myra lo miró con ojos llenos de odio.

—No te vas a salir con la tu ya —dijo entre dientes—. ¡Ya arreglaré cuentas contigo, canalla mugriento!

—¡Oh! ¡Basta! —exclamó Dillon. Se apartó, todavía con los ojos bien abiertos.

Myra dudó y luego se encaminó a la habitación del frente. Gumey la miró asustado, pero ella no le prestó atención. Empezó a preparar la comida. Cortó el jamón en tajadas gruesas, trozándolo con ferocidad y echando las tajadas en la sartén.

Gumey esperaba que llorara. Suponía que la mayoría de las mujeres se habría doblado en dos después de semejante golpe. El

rostro de Myra estaba blanco e inexpresivo. Una marca lívida, allí donde Dillon le había pegado, ardía en su sien, y su mirada era tormentosa.

—No vas a llegar a ninguna parte, empezando a pele arte con ese tipo —le sugirió inquieto.

Myra no contestó. Sirvió la comida, golpeando la mesa con los platos. Luego, después de servirse una taza de café fuerte, salió al sol y se sentó lejos de la cabaña.

Dillon entró, miró la comida y gruñó. Se sentó a la mesa y empezó a comer. Gumey se sentó con cautela.

—¿Te estás hartando de cómo van las cosas? —preguntó Dillon. Había una tensa amenaza en su voz.

Gumey derramó su café.

—¿Quién, yo...? No me estoy quejando —dijo con precipitación.

Dillon hizo un gesto con la cabeza en dirección al lugar en el que estaba sentada Myra.

—Supuse que habías sido tú el que la incitó a hacer eso.

Los ojos de Gumey estaban desorbitados por la inocencia.

—Me juzgaste mal —farfulló—. No tienes que preocuparte por ella. Sólo está furiosa por no tener qué ponerse.

Dillon cortaba el jamón en cubos pequeños.

—Habla con ella. Le convendrá tener cuidado con lo que hace. No voy a tolerar ninguna provocación de su parte. ¿Entiendes?

Gumey apartó su plato y encendió un cigarrillo. La comida se le atragantaba.

—Claro —intentó explicar—. No es más que una criatura... no tiene ninguna mala intención.

—Díselo —insistió Dillon imperturbable—. A menos que quieras que yo le dé su merecido. Tienes que manejar a esa mujer. ¿De qué tienes miedo? ¿Por qué diablos no la tiras en la cama?

Gumey empujó su silla hacia atrás y se puso de pie. Murmuró algo y fue a atender el hornillo.

—Voy a sacar el auto —anunció Dillon, mientras terminaba de comer y se incorporaba—. Tengo un trabajito que quiero estudiar. Tal vez tú puedas ocuparte de él más adelante.

Gumey lo miró inquieto, pero no dijo nada.

Myra los vio salir de la cabaña y dirigirse al cobertizo donde guardaban el auto. Se incorporó y entró, limpió la mesa y apiló los platos. Todavía temblaba por la furia reprimida. Oyó que el auto partía y corrió a la ventana. Dillon estaba sentado al volante.

Gumey entró.

—Se fue al pueblo —informó.

Myra se sentó en el banco de madera debajo de la ventana.

—Quiero hablar contigo —empezó, mientras sus palabras surgían tensas y ásperas—. Ya es hora de que te des cuenta de cómo es este tipo.

Gumey se rascaba la nuca.

—Esto no me gusta —dijo.

—No vas a conseguir nada de él. Ni lo pienses. Tiene esa plata de Abe Goldberg. ¿Te dio algo? ¡Ni por broma! Andas en su compañía y él te ha conferido una responsabilidad cómplice. Él es el patrón y tú saltas alrededor de él. Eres un maldito estúpido, asustado por un atorrante como ése.

Gumey cambió de posición.

—Ese tipo carga un revólver —dijo—. ¿Qué puedo hacer?

Los ojos de Myra centelleaban.

—Yo te voy a decir lo que puedes hacer. Vas a obedecerle a ese tipo hasta que le conozcas el juego, y entonces lo vas a embromar. Vas a tener un arma y vas a tirar mejor que él. Vas a hacer todo mejor que él. Y entonces se irá.

Gumey se quedó mirándola. Luego asintió lentamente.

—Claro —asintió, pensativo—. Es una gran idea.

El sol caía por detrás de las colinas cuando Dillon volvió. Gumey oyó el viejo motor débilmente a lo lejos y salió, deteniéndose junto al pozo, mirando en dirección al camino accidentado. Se preguntaba dónde diablos se habría metido Myra. Se había escurrido después de la comida del mediodía y no la veía desde entonces. Inquieto y aburrido, el ruido del auto que resoplaba colina arriba era un alivio.

Había pasado la mayor parte de la tarde dando vueltas por la cabaña y cavilando. Sentía que la idea de Myra de abandonar a Dillon era buena. Temía a ese tipo. No lograba ponerse a pensar en cómo abandonarlo. Inconscientemente, dejaba el problema para que ella lo resolviera. Sentado en el umbral, al sol, había repasado todo lo dicho por ella. Esa mujer tenía cabeza, por cierto. Tenía a Dillon bien claro. Sí, tenía razón. Dillon era una mala persona. Los usaría durante un tiempo y luego los dejaría plantados. A Gumey le dolían las manos de tanto desear tocar un arma. Que le dieran un arma, nada más, y él arreglaría a Dillon.

Éste detuvo el auto al lado de la cabaña y saludó con la mano. Su rostro hosco parecía más animado. Gumey se le acercó.

—Tardaste bastante —comentó—. ¿Tuviste suerte?

Dillon bajó del auto y se encaminó hacia la parte trasera. Metió la mano y extrajo un objeto voluminoso cubierto con una manta.

—Entra —dijo—. Tengo algo que mostrarte.

Gumey lo siguió al interior de la cabaña. Dillon apoyó el envoltorio sobre la mesa y lo desenvolvió con cuidado.

Gumey estaba muy quieto, con el corazón que le palpitaba muy fuerte.

—¡Caramba! ¡Por Dios! —exclamó.

En la mesa había una ametralladora Thompson, un pesado Smith & Wesson 45 y una gran caja de proyectiles.

Dillon palmeó la Thompson con sus labios finos apenas curvados.

—Un tipo que tiene una cosa como ésta puede llegar a todas partes —expresó.

Una sombra cayó sobre la mesa. Levantaron rápidamente la mirada. Myra estaba parada en el vano de la puerta, con los ojos fijos en el arma. Los dos hombres la miraron apenas y volvieron su atención a la ametralladora.

—¿Cómo diablos conseguiste esto? —preguntó Gumey.

Levantó el 45 y acarició la fría culata. Era una sensación muy buena.

Dillon estaba de un humor comunicativo. Fue hasta el banco de debajo de la ventana y se sentó.

—Una vez que se conocen los trucos es fácil —se limitó a decir.

Myra se acercó a la mesa y se quedó mirando. Cautelosamente puso la mano en el caño frío de la Thompson.

Dillon la observaba. Su humor triunfante la incluía a ella.

—Levántala —dijo—. No te va a morder.

Ella sostenía la Thompson con la culata apretada bajo el brazo. El largo caño apuntaba en dirección al hornillo. Dejó que su mano recorriera el suave tambor.

Gumey la observaba. Tenía la boca seca por la excitación. Pensaba que, después de todo, el tipo no era tan atorrante.

—No la encontraste creciendo en un árbol —bromeó. Dillon hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Estas armas no se consiguen con facilidad —dijo, enganchando los pulgares en el cinturón—. ¿Sabes cómo lo conseguí? —Sus finos labios les sonreían. Myra lo observaba con el rostro inexpresivo, pero sus ojos lo odiaban. Dillon no lo percibía. Se estaba dando unos aires extraordinarios.

—Fui a la oficina del sheriff y se la compré —concluyó.

—Ésa es una historia estupenda —se entusiasmó Gumey.

La admiración que expresaba su voz complacía a Dillon, que declaró:

—Escucha, inútil. Este país está loco. Cualquier maldito policía tiene que comprarse su propio revólver. Le dan todo lo demás, pero no su arma. Tiene que pagarla en efectivo. Pues bien; llega un momento en que un sheriff deja de serlo, ¿entiendes? Tal vez porque ya es demasiado viejo o porque está enfermo o algo así. Pues bien, ese tipo quiere comprarse una tienda o una granja o vivir de sus ahorros. ¿Para qué diablos quiere un arma? ¿Qué tiene que hacer entonces? Alguien entra y le hace una oferta. Obtiene una oferta dos veces mejor que la que tendría si se la entregara a un armero. No es legal venderle Thompsons a cualquiera, pero ¿qué diablos? Él se va para siempre, de manera que no tiene por qué preocuparse.

—Te la dio un sheriff —dijo Gumey. Su voz sonaba incrédula.

Dillon asintió.

—Claro que sí. —Tendió la mano y tomó el 45—. Hoy fui al pueblo y me puse a conversar. Alguien me dijo que el sheriff del pueblo vecino se iba, así que tomé el auto y fui a verlo. Este pequeño conjunto me costó unos buenos dólares, pero no voy a preocuparme por eso. Un arma habla en cualquier momento.

Myra admitía eso. Dillon estaba bien al tanto de todo. Gumey no estaba en el mismo sendero en cuanto a ideas. Dillon sabía dónde conseguir cosas y cómo conseguirlas. Ese tipo podía enseñarles algo.

—Creo que eso es muy sagaz —comentó, suavizando la voz.

Dillon le lanzó una mirada dura, pero los ojos de Myra se habían agrandado de admiración. Gruñó:

—Creo que sé abrirme paso.

—¿Sabes hacer funcionar esto? —preguntó Gumey, dándole un golpecito a la Thompson.

—¿Si sé hacerla andar? —Dillon se puso de pie. La alzó y salió.

—Mírenme.

Myra y Gumey lo siguieron afuera. No se miraban, pero Myra puso la mano en el brazo de Gumey, apretándolo. Gumey asintió con la cabeza, sin apartar la mirada de la espalda de Dillon.

Dillon miró en torno con aire pensativo, eligiendo un blanco.

—No hay que preocuparse por apuntar con esta arma —dijo—. Se esparce, ¿ven? Sólo hay que sujetarla con firmeza y hacerla barrer lentamente… así.

Levantó la ametralladora, nivelándola con la puerta del garaje y luego apretó el gatillo. El rugido destructor del arma hizo que Myra diera un paso involuntario hacia atrás. Astillas de madera blanca volaban de la puerta. Desde donde estaban parados podían ver aparecer los orificios en el maderamen en una línea pareja.

Dillon dejó de disparar y se volvió para mirarlos.

—Así se hace. Esta ametralladora va a detener cualquier cosa de dos patas.

Myra se le acercó.

—Apuesto a que yo podría hacerlo —aventuró.

Dillon la miró, indeciso. Luego, su buen humor pudo más que su cautela. Le dio la ametralladora.

—Tienes que sostenerla.

Myra apretó la culata contra su costado con el dedo enroscado en el gatillo y luego apretó. El arma saltó en su mano como si estuviera viva. El barro seco se hinchó y las hojas de los árboles que sobresalían del garaje cayeron en forma de lluvia; hendió la puerta dos veces.

—Tranquila… tienes que sujetar el arma —explicó Dillon.

Gumey estaba impaciente por probar. Miró a Dillon, tratando de atraer su atención. Myra sostuvo el arma mientras la miraba pensativamente y luego la depositó en las manos de Gumey.

Dillon frunció el entrecejo.

—¡Eh! —intervino—. ¡Esos proyectiles costaron plata!

Gumey no se iba a dejar postergar. Alzó el arma y disparó una vuelta. Las astillas volvieron a saltar. Vio que había trazado una línea de agujeros casi tan bien como Dillon.

—No eres tan bueno como este hombre —comentó Myra. Eso complació a Dillon. De todos modos, eso era lo que ella quería. Dillon le quitó el arma a Gumey y volvió a entrar en la cabaña. Gumey entró detrás de él.

Los dos se sentaron a mirar cómo Dillon limpiaba la ametralladora. Cada tanto Myra formulaba una pregunta. Lo hacía de tal manera que conmovía la vanidad de Dillon. Éste hablaba muy bien. Aprendieron mucho acerca del arma mientras él la limpiaba.

Gumey lo ayudó a esconder la caja de proyectiles y pusieron la ametralladora debajo de su cama. Luego volvieron a la salita.

Dillon se sentó en el borde de la mesa y miró a Gumey.

—Allí hay un Banco pequeño que podría valer la pena asaltar. Yo lo haría si tuviera alguien que manejara el auto.

—Yo manejaré el auto —propuso Myra quedamente. Dillon volvió con fuerza la cabeza.

—¿Qué diablos sabes tú de autos? —respondió secamente—. La huida es lo más importante en el atraco a un Banco. El tipo que esté al volante tiene que usar la cabeza. Tiene que manejar como los dioses y seguir manejando como los dioses.

Myra se encogió de hombros.

—Creo que nadie va a manejar como los dioses esa cafetera vieja —opinó.

—¿Quién dijo que vaya ir en eso? —preguntó Dillon—. No sabes nada de este negocio. Robaré un auto cuando esté listo. Algo verdaderamente rápido, con suficiente fuerza debajo del capó como para hacer temblar cualquier cosa de cuatro ruedas.

—Consigue una cafetera como ésa —insistió Myra—, y yo la manejaré.

Dillon empezaba a enojarse.

—¿Quieres no meter tu maldita nariz en esto? —gruñó—. Esto no es para ti, así que cállate.

Myra se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—¿No? Entonces mira esto.

Corrió hasta el auto que estaba estacionado afuera, se deslizó ante el volante y puso en marcha el motor. Ya había hecho andar el viejo auto a unos sesenta y cinco kilómetros por hora antes de desaparecer de la vista. Había hecho los cambios, primera, segunda, tercera en casi la misma cantidad de segundos. Volvió, haciendo girar el volante de tal manera que las ruedas del lado derecho se alzaron y volvieron a caer de un golpe, casi despidiéndola del auto. Llevó la vieja cafetera exactamente hasta delante de la cabaña, haciendo dar un salto a Gumey y Dillon antes de frenarla en seco. Bajó y volvió a entrar en la cabaña.

Dillon la miró. Había una mirada de asombro en sus ojos, pero mantenía el rostro inexpresivo.

—Maneja muy bien —intercedió Gumey—. Creo que no perdería la calma.

Dillon vaciló y luego asintió.

—Claro —concedió—. Creo que mañana atracaremos ese Banco.

A sus espaldas. Myra y Gumey cruzaron sus miradas.

El gran Cadillac se dispuso a trabajar. Myra mantenía apretado el acelerador mientras llevaba el auto por la cresta del camino. Gumey iba sentado al lado de ella, y Dillon atrás. Tenía la Thompson junto a sí, cubierta con una manta.

Era poco después de las tres de la tarde y el sol estaba muy fuerte. Se reflejaba en la blanca carretera y brillaba en los campos verdes.

Habían calculado todo muy bien, sin dejar nada librado al azar. Dillon había repasado todos los detalles con una minuciosidad que sorprendía a los otros dos. Primero hizo un mapa en un pedazo de cartón blanco. El Banco estaba marcado justo en el centro. Tomó previsiones para poder escapar de tres maneras distintas.

—Esto es así —explicaba—. Salimos con la plata. Tal vez alguien avisó. Muy bien. El sheriff puede haber tomado un auto y haber venido volando. —Trazó una línea en el mapa.

—Tenemos que salir por acá. Quizás él venga de este lado. No tenemos tiempo de hacer que el auto dé la vuelta, de manera que huimos hacia la derecha. Con este mapa tenemos tres escapatorias.

Había pinchado el mapa arriba del parabrisas, por encima de la cabeza de Myra y se lo había hecho analizar hasta hacerla sentirse harta de verlo.

—Tienes que conservar la cabeza —le decía—. Enseguida estaré contigo, pero tienes que ir donde yo diga e ir rápido. No tienes que discutir… tienes que manejar.

Cuando Dillon terminaba con ella, empezaba con Gumey. Le enseñaba cómo sacar el arma y cómo disparar. Le decía:

—No tienes que disparar ese revólver. Eso me lo dejas a mí. En ese Banco hay solamente dos pobres tipos que no van a causar problemas. Tienen esposa y, tal vez, chicos. Todo lo que tienes que hacer es tomar la plata y salir enseguida.

Gumey tenía el 45 debajo de la chaqueta. Lo hacía sentir bien. Estaba excitado y ya no tenía más miedo.

La cafetera estaba escondida en un bosque a unos treinta kilómetros del Banco. Dillon no tuvo ninguna dificultad para robar el Cadillac. Estaba en la calle principal como pidiendo que lo robaran. Hasta el motor estaba en marcha, mientras alguien hacía sus compras para el fin de semana. Ése sí que se movía de verdad.

Habían entrado en el pueblo. Dillon se corrió con cautela hacia adelante, de manera que su cabeza quedó entre la de los dos que iban en el asiento delantero.

—Tranquila —recalcó—. No tienes más que apurar y detenerte sin ningún alboroto.

Myra dijo entre dientes:

—¿Qué diablos crees que haría? ¿Volcar esta maldita cosa y empujarla calle abajo sobre el techo? —El corazón le palpitaba contra las costillas.

Dillon volvió a recostarse en el asiento trasero.

—Conserva la cabeza —fue todo lo que dijo. Quitando la manta de encima de la Thompson se colocó el arma sobre las rodillas, con la mano izquierda en la puerta del auto.

Gumey sacó el 45 de debajo de su chaqueta. Lo sostuvo en las rodillas. Tenía la boca muy seca.

Se detuvieron frente al Banco.

Myra embragó, puso en primera y apretó el acelerador a fondo.

—No tarden todo el día —les dijo.

Dillon le puso su Colt automático al lado.

—Tal vez convenga que tengas esto.

Myra se deslizó la pistola debajo del cuerpo y se sentó encima. La culata estaba justo junto a su mano.

Dillon abrió la puerta, corrió por la acera y entró en el Banco. Tenía la Thompson debajo de la chaqueta. Gumey entró pisándole los talones. Había una mujer gorda apretada contra la ventanilla, discutiendo con el cajero. Gumey oía cómo su voz se convertía en un chillido. Tenía la mente paralizada. No lograba entender lo que la mujer decía.

Un hombre flaco y desgarbado bajó de un taburete en el extremo más alejado del Banco y se acercó cuando vio a Dillon.

—Quédate junto a la puerta —le dijo Dillon a Gumey. El hombre desgarbado dijo:

—Cerramos enseguida. —Su voz sonaba como si el Banco lo estuviera matando de aburrimiento.

—Respire hondo —gritó Dillon, colocando la voz muy aguda—, esto es un asalto. —La Thompson mostraba su caño negro.

Los dos tipos de detrás del mostrador se pusieron rígidos como muñecos de cera.

La gorda volvió la cabeza. Dillon estaba exactamente detrás de ella que lo miró. Abrió la boca grande. A Gumey casi se le cayó el revólver. "Esa mujer va a hacer derrumbar el techo con sus chillidos", pensó.

Dillon movió un poco el arma y levantó el puño. Le pegó a la mujer en la boca con los nudillos. Ella cayó sobre las rodillas y luego quedó despatarrada.

El hombre desgarbado se puso verde de golpe y vomitó en el piso. No bajó las manos. Sólo inclinó la cabeza hacia adelante.

Gumey se aproximó con rapidez a la ventanilla. Los dos lo miraban con ojos desorbitados. Estaban muertos de miedo.

Gumey revisó los cajones, apilando los billetes sobre el mostrador. Dillon vigilaba, con la Thompson lista. Dijo:

—Abran la caja de seguridad. —Miraba al cajero con dureza. Gumey aferró el brazo del cajero.

—Ábrala —rugió, poniéndole el 45 contra las costillas—. Vamos.

El hombre se tambaleaba en dirección a la cámara. Las rodillas se le doblaban. Gumey podía ver cómo el sudor le corría por detrás de las orejas y se le metía por el cuello de la camisa. El cajero abrió la puerta. Ni siquiera estaba cerrada con llave. Trató de decir algo, pero estaba tan asustado que no pudo conseguir que la lengua le

respondiera.

Gumey se apoderó del dinero, envuelto en prolijos paquetes. No era mucho, pero tomó todo lo que veía. Dejó las monedas. Luego corrió de vuelta hasta el mostrador y metió todo el dinero en una pequeña bolsa de harina que tenía consigo. Volvió a saltar por encima de la ventanilla.

—Vamos —dijo Dillon. Se quedó parado junto a la puerta hasta que Gumey hubo salido y luego empezó a salir retrocediendo.

—No intente nada —le gruñó al hombre desgarbado—. Esta máquina de escribir lo hará pedazos.

Se volvió y corrió. Myra ya estaba haciendo andar el auto. En cuanto él saltó sobre el estribo del Cadillac se disparó hacia adelante con una sacudida que casi lo despidió.

El auto se tambaleó con los neumáticos chirriantes, cuando Myra se encaminó al centro de la calle. Dillon arrojó la Tommy en el asiento trasero y se sostuvo en el estribo, tratando de penetrar en el auto.

—¡Dame la mano, hijo de puta! —le gritó a Gumey. Gumey lo agarró por el brazo, tirándolo hacia adelante.

Otro tumbo arrojó a Dillon de cabeza dentro del auto. Logró ponerse de rodillas, mientras maldecía con ferocidad.

Myra rechinó los dientes. En el fondo de su mente había confiado en perder a Dillon y ahora que estaba a salvo, sabía que había tratado de despedirlo.

El Cadillac bajaba velozmente por la calle principal. La aguja temblorosa del velocímetro saltó a ciento diez. Por encima del susurro de los árboles y el chillido del viento podían oír débilmente las voces de gente que gritaba.

Myra aferró el volante, con la vista fija en la calle que parecía saltar del suelo y correr a su encuentro. Otro auto que venía en la dirección opuesta apretó los frenos cuando el Cadillac se le abalanzaba. Myra tocó el volante y pasó a toda velocidad. Frente a ella estaba la carretera abierta.

Dillon miraba por la ventanilla trasera. La carretera estaba desierta. Se recostó en el asiento y se secó las palmas de las manos. Cayó en la parte trasera del auto mientras éste se precipitaba por el camino accidentado.

Gumey volvió la cabeza y le hizo un guiño.

—Así no más —gritó.

Dillon no dijo nada. Tenía una mirada asesina. No estaba seguro de si Myra había tratado de abandonarlo. Sabía que era algo muy probable. Gumey todavía aferraba la bolsa de harina. Dillon se

inclinó hacia adelante y se la quitó. Gumey se dio la vuelta algo sobresaltado, pero los fríos ojos de Dillon lo hicieron echarse atrás.

—Tranquila —le gritó Dillon a Myra—, no vayamos a volcar este auto.

Myra disminuyó la presión sobre el acelerador, y el Cadillac bajó a ochenta.

—Era una fija —dijo Gumey.

—Sí, pero podría haber sido difícil—gruñó Dillon.

Anduvieron en silencio durante los pocos kilómetros siguientes. Gumey estaba inquieto. Sabía que si no hubiera ayudado a Dillon, éste habría sido despedido del estribo. Se daba cuenta de que Dillon lo sabía. ¿A qué diablos estaba jugando Myra? Ese tipo Dillon era demasiado astuto como para traicionarlo.

Myra sacó el Cadillac del camino cuando llegaron al lugar boscoso donde estaba escondida la cafetera. Todos bajaron, dejando el Cadillac escondido fuera de la vista del camino.

Dillon se apartó rápidamente de los otros dos. Su cara era dura y amenazadora. Levantó apenas la ametralladora.

—Pon tu revólver en el suelo —le ordenó a Gumey—. Tú mantente alejada del auto —prosiguió con Myra.

Los dos estaban parados muy quietos. Myra pudo hablar.

—¿De qué se trata? —preguntó, con la voz contenida.

—Quiero esas armas… Tal vez ustedes no trataron de dármela en el auto, pero no voy a correr ningún riesgo. Apuren. Suelta ese revólver, Gumey.

Éste dejó caer el arma en el pasto y se apartó. Su rostro estaba blanco de miedo.

Dillon levantó el revólver y se lo metió en la cintura del pantalón. Fue hasta el Cadillac y tomó la pistola del asiento.

—Muy bien —dijo—. Creo que eso es todo. Volveremos a la cabaña en la cafetera.

Ninguno de los dos dijo nada. Gumey se sentó al volante y Myra se ubicó junto a él. Dillon subió a la parte de atrás. Partieron, dejando el Cadillac.

Cuando llegaron a la cabaña, Dillon fue directamente a su habitación y se encerró. Oyeron cómo la tranca caía en su lugar.

Myra se quedó muy quieta, mirando a Gumey.

—No vamos a llegar a ninguna parte con este tipo —dijo, manteniendo baja la voz—. Hay mucho que lo espera.

Gumey se acercó al banco con los hombros caídos y se sentó. Se frotaba la nuca pensativamente, mirándose fijamente los pies. Myra lo miró con atención un momento y luego se puso a preparar la

comida.

No vieron a Dillon hasta que la cena estuvo en la mesa. Salió de su cuarto con una expresión fría y triunfante. Era consciente de las miradas duras de los otros dos. Se sentó a la mesa y empezó a meterse comida en la boca. Los otros dos permanecían sentados contemplándolo. Después de un momento levantó la mirada con irritación.

—¿Qué demonios les pasa? —inquirió con ferocidad—. ¿No tienen hambre?

—¿Sacamos mucho de ese Banco? —preguntó Myra. Dillon se mofó de ella:

—No tienes que preocuparte por eso —dijo—. Estás aquí para trabajar, ¿entiendes? —Sacó algunos billetes del bolsillo y se los tiró a Gumey a través de la mesa.

—Ésa es tu parte —dijo tranquilamente, y siguió comiendo.

Gumey miraba los billetes como si no pudiera dar crédito a sus ojos. Los escarbó con el dedo.

—Cuéntalos —dijo Myra, con voz muy quebradiza. Gumey no podía contarlos. No hizo más que quedarse sentado mirándolos.

Myra se inclinó hacia adelante y le arrebató los billetes.

Los contó sobre la mesa, tirándolos y contando en voz alta. Sumó cien dólares.

Dillon seguía comiendo con los ojos fijos en el plato.

Tenía un pequeño círculo blanco alrededor de la boca. Se estaba poniendo furioso.

—¿Qué es esto? —dijo Myra con un jadeo. Dillon levantó la mirada en dirección a Gumey.

—Le permites hablar demasiado a esta puta —manifestó.

Tiró el cuchillo y el tenedor en el plato haciéndolos sonar y se reclinó en su asiento. Tenía las manos apoyadas en la mesa, que golpeteaba con los dedos.

—Cien dólares no son muchos —dijo Gumey precipitadamente.

—No toleres esto —chilló Myra, apartando los billetes—. Te está traicionando.

Dillon se puso de pie, pateando la silla. Los ojos le relampagueaban.

—Te lo dije —le gruñó a Gumey—. No vaya tolerar más esto. Esa perra se va de aquí, ¿entiendes? Es una locura de tu parte tenerla aquí. Pues bien, esto lo da por terminado. ¡Fuera con ella!

Gumey lo miró con el rostro tenso y brillante, pero sabía que se estaba enfrentando con Myra.

—Vamos, escucha —dijo—. Hay algo que está equivocado. No

querrás decir que esto es todo lo que recibo por el asalto.

Dillon lo miró.

—¿Te volviste loco? —exigió con furia—. ¿Qué diablos crees que vas a recibir por eso?

—Cien dólares son una miseria.

—Seguro que son una miseria —se burló Dillon—. ¿Y qué hay con eso? No planeaste el trabajo, ¿verdad? No sabías dónde encontrar el Banco, ¿no? ¡Ni hablar de que lo supieras! No hiciste más que entrar y tomar el dinero de la caja de seguridad. Cualquier mono podría haberlo hecho.

Gumey bajó la vista. Dillon lo vencía.

—Te estoy dando esos cien dólares y puedes darte por satisfecho. Cuando hayas usado la cabeza y conseguido algo bueno, nos repartiremos lo obtenido a medias, pero antes, no.

—¡Rata traicionera! —le gritó Myra—. Y yo, ¿qué recibo? ¿No manejé el auto, acaso?

Dillon la miró.

—Para mí no eres nadie —le dijo, con una sonrisa en los labios —. Ese inútil te trajo. Depende de él darte algo.

Se volvió y fue hacia su habitación. Oyeron cómo el cerrojo caía en su lugar.

La luna flotaba en lo alto. Desde su cama Gumey podía percibir claramente todos los objetos de su habitación. La ventana estaba abierta de par en par, pero no le llegaba nada de aire. Se sentía acalorado e inquieto. Sabía que no podría dormir. Su mente estaba fija en Dillon. Pensaba en los cien dólares y sudaba de furor. Cuando Dillon entró en su habitación Myra había desaparecido dentro de la suya. No le había dicho ni una palabra.

Sentándose con impaciencia, echó una mirada al reloj abollado que estaba en la repisa de la chimenea. Era un poco más de la una. Bajó las piernas al suelo. Su mente, inquieta y frustrada, ponía incómodo a su cuerpo. Deseaba a Myra. La deseaba tanto que se sentía débil. Allí estaba ella, del otro lado de la habitación, detrás de esa puerta. Lo único que tenía que hacer era entrar allí y tomarla. Sabía que podía forzarla. Ella quizá lucharía, pero al final él la tendría. Entonces se reclinó sobre un codo, mordiéndose furiosamente el labio. Sabía que no tenía el coraje necesario para entrar en su cuarto e intentar nada. Estaba muy bien protegida por ella misma. Era demasiado fuerte para él.

Volvió a sentarse derecho, con los ojos desorbitados. La puerta

de ella se abría en silencio. Sintió que el corazón le martilleaba las costillas y empezó a respirar en forma irregular. Veía la llama vacilante de la vela detrás de ella, haciendo que su sombra le bailara delante. Myra alzó la mano y lo llamó por señas. Él se deslizó por la habitación sin producir el menor ruido. Myra lo tomó del brazo, lo introdujo en su cuarto y cerró la puerta.

Estaba sorprendido y desilusionado al ver que todavía estaba vestida. Su rostro blanco y sus ojos duros y brillantes como el vidrio lo asustaban. Apoyó la espalda en la puerta y la miró.

—¿Qué pasa? —preguntó, manteniendo la voz baja.

—¿No lo sabes? No vamos a tolerarle nada más a ese canalla piojoso. Tiene que irse.

Gumey la miró fijamente, sintiendo que se le secaba la boca.

—¿Pero cómo? —susurró.

—Tienes que entrar en esa habitación Y liquidarlo.

Gumey se echó para atrás.

—¡Estás loca! Ese tipo tiene tres armas de fuego allí.

El rostro de ella estaba cerca del suyo.

—También tiene un montón de plata. Tenemos que hacerlo, Nick. ¿No entiendes? No llegaremos a ningún lado a menos que lo hagamos.

Gumey pasó junto a ella y se sentó en la cama.

—Te digo que no se puede hacer —dijo, golpeándose la rodilla con el puño—. ¿En qué estás pensando? Te digo que ese tipo tiene tres armas, y seguro que se las arreglará para meternos dentro unas cuantas balas.

Myra se le acercó Y se sentó junto a él. Le rodeó el cuello con los brazos. Sentía el calor de su cuerpo que se apretaba contra él. Sentía la curva de su pecho contra el brazo. Se volvió y la arrastró sobre sus rodillas, sujetándola con fuerza, mientras la sangre le zumbaba en los oídos. Ella dejó que la besara y luego se apartó de él con fuerza y se puso de pie.

Gumey permaneció sentado allí, temblando de deseo.

—Tengo que tenerte, Myra —dijo con fiereza. Tendió los brazos hacia ella.— No puedo esperar… maldita seas … tengo que tenerte.

La voz de Myra brotó como una ducha fría.

—Contrólate, Nick. Primero Dillon. Nunca me tendrás si no liquidas a ese hijo de puta… y tienes que liquidarlo ahora.

Gumey se incorporó. Se inclinó hacia adelante.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con voz áspera.

Ella lo miraba.

—Claro que lo digo en serio —dijo.

—¿Qué tengo que hacer? —Confiaba en ella.

Myra caminaba por la habitación, pensando. Lo único que Gumey podía hacer era observarla. Su cerebro se negaba a funcionar. Sólo tenía ojos para ella, y la recorría de pies a cabeza.

—No debemos fallar en esto, Nick —dijo por fin.

Gumey no dijo nada.

—Dale una oportunidad y nos liquidará a los dos. —Myra se encaminó hacia la puerta. —Espera. Enseguida vuelvo.

Gumey se secó las manos sudorosas en la sábana. Myra volvió. Gumey captó el brillo del acero.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó, con una voz que no era más que un graznido.

Ella le mostró. La corta hoja del cuchillo relumbró a la luz de la vela. Gumey la miró, con ojos que se le salían de las órbitas. Intentó decir algo, pero se detuvo.

Myra se sentó en la cama al lado de él.

—Escucha —dijo—. Lo haremos así: Cuando estemos listos, me pondré a gritar. Voy a echar la casa abajo. Dillon vendrá enseguida a ver qué pasa. Le haré el cuento de que me atacaste, y tienes que parecer adusto. Cuando te esté hablando, yo vendré por detrás de él y le clavaré esto. En cuanto el cuchillo haya penetrado, le pegas un golpe desde adelante. Vigila su arma, porque seguro que la traerá consigo. Podría empezar a disparar, a menos que yo lo mate cuando esté de pie.

A Gumey le corría el sudor por la cara.

—¡Por Dios! —protestó—. Esto no me gusta nada.

Myra se sacudió con impaciencia.

—Va a resultar, ya verás.

—Un cuchillo no va a detener a este hijo de puta —dijo Gumey —. No creas lo contrario.

Myra vaciló. Pensó que Gumey podía tener razón. Luego dijo:

—Se la daremos como él se la dio a Butch. —Se deslizó a la habitación exterior y regresó casi inmediatamente. Le dio a Gumey una latita de pimienta. Gumey miró la lata y curvó la boca en una sonrisa.

—Sí —convino, y se puso de pie.

—Espera a que se produzca la oportunidad —le advirtió Myra—. Y luego tírasela toda en la cara. Si no lo haces bien, ni tú ni yo duraremos mucho.

Gumey hizo un gesto de asentimiento. Le temblaban las manos, pero se estaba calmando.

Myra se quitó el vestido de un tirón. Se pasó las manos por los

cabellos, desordenándolos. Gumey la atrajo hacia sí. Podía olerla, el olor ácido del sudor y su olor de mujer. Myra bajó con fuerza la cabeza de Gumey hasta su boca, apretándose contra él. Permanecieron así durante unos segundos, estrechándose. Luego Myra se apartó de él y se arrojó sobre la cama. Su cara reflejaba aturdimiento por el deseo que sentía por Gumey.

Éste dijo entre dientes:

—Empieza a chillar. —Quería terminar con eso.

Myra empezó a gritar, gritos agudos que le ponían los nervios de punta a Gumey. Se detuvo un momento y luego, cuando oyeron el cerrojo del cuarto de Dillon abrirse de golpe, empezó de nuevo.

—¡Cállate! —gritó Gumey.

—¡Vete! ¡Vete! —le gritaba ella.

—¿Qué demonios pasa? —dijo Dillon desde la puerta.

Gumey sacudió la cabeza.

—Se volvió loca.

Dillon avanzó dentro de la habitación. Su rostro estaba frío y suspicaz. Myra vio el revólver en su mano. Se sentó en la cama con la mirada extraviada.

—¡Sácalo de aquí! —le gritó a Dillon—. No lo quiero aquí.

—¡Cállate...!, ¿dónde diablos crees que estás? —gruñó Dillon. Volvió la cabeza y miró a Gumey—. Sería mejor que te libraras de esto. Si tienes que encamarte con esta puta, ¿por qué no la dormiste de un golpe, primero? ¿Y si hubiera pasado algún auto y se acercara a ver qué pasaba. ¿Están los dos locos o algo por el estilo?

Myra bajó de la cama. Tenía el cuchillo escondido detrás.

—Tienes que ayudarme. Por favor, mantén a este demonio fuera de mi cuarto —pidió con voz asustada—. Ya sé que no te sirvo para mucho, pero me imagino que no le permitirás salirse con la suya en esto.

Dillon volvió la cabeza para mirarla y Gumey le arrojó la pimienta a la cara. Myra se aplastó contra el piso. Dillon lanzó un grito ahogado y el revólver estalló a su lado. Gumey se lanzó hacia la puerta. Quería encontrar la Thompson. Se metió con torpeza en el cuarto de Dillon. Estaba oscuro, con la única luz de una vela vacilante. No podía ver la Thompson en ninguna parte. Maldecía mientras corría por la habitación, tirando cosas, abriendo cajones febrilmente y tanteando los cajones oscuros. Todo el tiempo esperaba sentir el caño frío del arma y su terror crecía en la medida que sus manos buscaban y no encontraban nada.

Había una mezcla temible de los gritos de Dillon y los disparos del revólver que se oían afuera. Sollozando de miedo, Gumey corrió

de vuelta hacia la puerta. Casi chocó con Dillon que se tambaleaba en la habitación exterior, con una mano sobre los ojos y la otra sosteniendo el arma a la altura de la cintura. Gumey se echó para atrás, apretándose precipitadamente detrás de la puerta. Dillon disparó una vez. El proyectil hizo saltar una lluvia de astillas de la puerta. Entró en la habitación y se quedó escuchando.

Gumey retuvo el aliento. Tenía mucho miedo. Dillon fue a tientas hasta la cama. Gumey lo dejó pasar y luego dio un salto hacia adelante y le empujó la espalda con las rodillas. Los dos cayeron estrepitosamente. Gumey gritó para que Myra viniera.

El revólver salió disparado de la mano de Dillon y se deslizó debajo de la cama. Gumey podía sentir el calor del cuerpo de Dillon. Ambos sudaban de miedo.

Gumey gritó:

—Lo tengo… ¡rápido… Myra… rápido!

Ella corrió en la oscuridad en dirección al ruido de la lucha. Las piernas golpearon contra los cuerpos de los hombres y cayó sobre ellos.

Gumey jadeó en la oscuridad:

—Dale… por Dios… no lo puedo sujetar.

Myra no perdió la cabeza. Estaba echada sobre los dos cuerpos en lucha. Su mano tanteó en la oscuridad y tocó una cara. Los dos hombres se levantaron con esfuerzo y casi la despidieron.

Una voz sofocada murmuró:

—Está abajo… dale.

Y ella clavó ciegamente el cuchillo. Oyó un suspiro y la lucha cesó de golpe.

Una mano ardiente y como una garra le aferró la muñeca, torciéndosela con fuerza, haciendo que el cuchillo cayera sobre los tablones con estrépito.

—Lo mataste, vaquita estúpida —le dijo Dillon al oído. Myra gritó una sola vez. Luego el cuerpo se le puso rígido por el terror.

—No me toques… no me toques —gimió, tratando de liberar la muñeca.

Oyó cómo el pie de Dillon tocaba el cuchillo y lo pateaba lejos. Luego la soltó y prendió un fósforo. Con ojos enrojecidos y mojados la miró a la débil luz vacilante.

—Quédate quieta —le dijo entre dientes—. Un solo movimiento y te aplasto.

Ella permaneció inmóvil, con una mano temblorosa en la boca mientras él caminaba tieso hacia la lámpara y la encendía. Los ojos de Myra dejaron de seguirlo y se volvieron con lentitud hacia

Gumey. Éste yacía en la sombra. Ella no lograba moverse.

Dillon cerró la puerta y se secó la cara con la manga de la camisa. El pecho todavía se le levantaba un poco y tenía la cara tan dura como el granito.

—Putita estúpida —masculló—. ¿Qué crees que te va a pasar ahora?

Myra apartó la mirada de Gumey con esfuerzo. Miró a Dillon dándose cuenta de golpe de su enojo.

—Él me obligó a hacerlo… —empezó a decir—. Él me obligó.

Dillon se mofó:

—Ese opa[4] no hubiera intentado nada así. No tiene las agallas necesarias. Tú lo incitaste, ¿no fue así? Le dijiste: Mátalo, y el insecto te hizo caso. Te conozco muy bien. Le asestaste el golpe a Butch. Eres una pequeña fiera. Pues bien, supongo que tú y yo vamos a entendernos.

Se le acercó lentamente. Ella retrocedió alejándose mientras extendía las manos y hacía gestos negativos con la cabeza, muerta de terror.

—No me mates —imploró—. Por favor, no lo hagas… —Su voz se hizo más aguda.

Él tendió la mano y le aferró la muñeca, atrayéndola de un tirón. Sus ojos inflamados hicieron que Myra se echara atrás.

—He cambiado de opinión acerca de ti —dijo él—. Tienes lo que hace falta y puedes seguirme y ser mi discípula. Siempre me vino bien una hembra como tú. Cuando elijo una puta tiene que ser fuerte, y me parece que tú lo eres. ¿Entiendes ahora? Tú y yo vamos a trabajar juntos. Tú haces lo que yo digo. Yo soy el patrón y tú obedeces a muerte.

—Haré cualquier cosa —dijo Myra con rapidez.

Estaba de pie con los brazos colgándole a los costados del cuerpo y los ojos sin expresión.

Dillon se apartó y volvió enseguida, llevando la delgada vara de acero que usaban para limpiar el hornillo. Myra lo miró y volvió a la vida de golpe. Las manos le subieron velozmente a la cara.

—¿Qué estás haciendo con eso? —jadeó, apretándose contra la pared como si hubiera querido traspasarla con su cuerpo.

—Tienes que adquirir un poco de sentido común, ¿no te parece? —dijo Dillon, avanzando hacia ella.

Fuera de la avenida Bunker, a muy corta distancia de los corrales de la ciudad de Kansas, la señorita Benbow tenía una

tienda de ropa para mujeres. Era la clase de negocio al que se iría si el último peso que uno tuviera fuera falso y uno estuviera ansioso por tener un lugar donde rascarse.

La señorita Benbow era una negra grandota. Su sonrisa era como un zapallo partido y, si se la miraba bien, cuando lucía esa sonrisa se veía que nunca le llegaba hasta los ojos. Ganaba mucho dinero, pero no con la tienda. Si se le preguntaba cuándo había hecho su última venta, no sabía decirlo. No tenía tanta memoria.

En el fondo de la tienda, subiendo un tramo de escalera sucia y angosta, tenía una pensión de mala muerte. En algún momento les había proporcionado a tipos como Karpis o Barker o Frank Nash, una cama improvisada mientras la policía los buscaba. La señorita Benbow era segura. La policía no se metía con ella. Algunos decían que tenía ascendiente sobre el sheriff. De cualquier manera, la policía la dejaba tranquila y eso ya era bastante.

Myra y Dillon llegaron a lo de la señorita Benbow de noche. La lluvia caía leve sobre las aceras relucientes y la bruma suave del río había desaparecido momentáneamente. Surgieron de la noche, Dillon caminaba silenciosamente, mirando con desconfianza por encima del hombro de tanto en tanto. Era consciente de su ropa nueva y del peso de la Thompson que apretaba con fuerza.

Myra caminaba sobre las baldosas de la calle como repiquete ando un desafío con sus tacones de madera. Mantenía la cabeza alta, deleitándose con la suave caricia del nailon sobre la piel. Dillon le había hecho cosas en poco tiempo. Por primera vez en su vida sabía lo que significaba estar con un hombre. Ya no tenía que urgir ni sugerir. Le decían qué hacer y obedecía ciegamente.

Le echó una mirada a Dillon y vio sus hombros fuertes y su cuello grueso y musculoso. Una llamita la atravesó. Lo deseaba.

Habían viajado durante dos noches, moviéndose con cautela en dirección a la ciudad de Kansas. Pasó dos noches de desencanto enfermizo con él. La había tratado fríamente, compartiendo la misma habitación con ella, pero sin tocarla.

Dillon interrumpió sus pensamientos de golpe.

—Aquí es —dijo.

Se detuvieron frente al negocio de vestidos. El lugar estaba oscuro y lúgubre.

—Este tugurio es bueno —dijo Dillon hablando por el costado de la boca—. Todos los muchachos vienen aquí.

Localizó el botón de un timbre en la parte alta de la puerta y lo oprimió. Podían oír el zumbido agudo en alguna parte del fondo de la casa. Esperaban bajo la lluvia como estatuas.

La señorita Benbow vino en persona a abrir la puerta de la tienda. Bloqueaba la entrada con su corpachón.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿No se han equivocado?

—Hace mucho calor aquí. Me imagino que adentro estará más fresco —dijo Dillon con claridad.

La señorita Benbow los miró con suspicacia.

—¿De dónde son? —preguntó con brusquedad.

—¿Qué le parece si entramos y conversamos? —refunfuñó Dillon—. Me estoy empapando.

La negra vaciló y luego se hizo a un lado.

—Pasen —dijo.

Entraron en la tienda oscura y esperaron en la oscuridad hasta que la señorita Benbow hubo corrido el cerrojo y encendido la luz eléctrica. Entonces la miraron parpadeantes.

—Pues bien —dijo con suspicacia—, ¿de dónde son?

—De Plattsville —informó Dillon.

—¿Quién lo envió aquí?

—¿Oyó hablar de un tipo llamado Nelson? —preguntó Dillon con suavidad.

La señorita Benbow asintió.

—Claro —dijo—. Conocí a Nelson.

Dillon se echó el sombrero hacia atrás.

—Bien; yo cargaba un arma para Nelson. Soy Dillon. La señorita Benbow se movió inquieta.

—Creo que la mayoría de los muchachos de Nelson están muertos —dijo.

—Éste no —respondió Dillon sonriendo débilmente—. Necesitamos una habitación y un poco de comida.

La señorita Benbow titubeó y después dijo:

—Cincuenta dólares por día.

—Por el amor de Dios... esto no es el Belmont Plaza —empezó Myra.

—¡Cállate! —la interrumpió Dillon con brusquedad—. ¡Nos alojaremos en este lugar! Después de todo... ¿quién paga?

—Veamos su dinero. —La señorita Benbow tendió la mano. Había una mirada fría en sus ojos.

Dillon sonrió ferozmente. Sacó su rollo de billetes y dejó que la señorita Benbow se deleitara la mirada con ellos. Ella separó los labios gruesos de los dientes. Era una sonrisa muy aduladora.

—¿Le gusta ver esto? —le preguntó Dillon.

—Por supuesto que le puedo dar una habitación —dijo la señorita Benbow—. Creo que necesito el alquiler de una semana por

adelantado, señor. —Su voz estaba bien aceitada.

Dillon sacó algunos billetes del rollo y se los tiró sobre la mesa. La señorita Benbow recogió el dinero y lo contó cuidadosamente. Después hizo un gesto con la cabeza.

—Los llevaré arriba —dijo.

La siguieron por una escalera estrecha hasta un rellano que hubiera podido estar mucho más limpio. Había cuatro puertas que daban al rellano. Ella se dirigió pesadamente hacia la más alejada y la abrió.

—¿Qué les parece? —preguntó.

La habitación era amplia. Frente a la ventana había dos camas separadas por una mesita. La alfombra era gruesa y las sillas estaban bien tapizadas. A Myra le pareció bien en comparación con la choza de Butch.

—Nos viene muy bien —asintió.

La señorita Benbow le arrojó una mirada despectiva. Sus ojos giraron inquisitivos en dirección a Dillon.

—Sí —dijo éste, dejando caer las valijas—. ¿Y qué hay de un poco de comida? La panza me chilla.

La señorita Benbow puso otra libra de grasa en su sonrisa. Podía permitirse muy bien alimentar a esos dos.

—Les mandaré algo enseguida —aseguró.

Cuando hubo cerrado la puerta detrás de sí, Myra le lanzó una mirada a Dillon.

—Estás haciendo un juego muy extravagante, ¿no? —dijo—. i Cincuenta dólares por día! Es mucha plata.

—Tranquilízate —contestó Dillon fríamente y la miró con severidad—. ¿Por qué no usas la cabeza? Este antro significa mucho para mí. Aquí me puedo encontrar con los tipos importantes... Tengo el pálpito de que puedo conseguir algo grande... ¿No vale la pena pagar mucho por eso?

Arrojó su sombrero a un gancho que había sobre la puerta y se acercó a Myra. Se miraron.

—He estado fuera de este juego demasiado tiempo —dijo, hablando lentamente, eligiendo las palabras—. Tengo que conseguir alguna ventaja antes de arrancar.

Myra le puso la mano sobre la manga.

—Vas a ser el más grande de todos. —Había un suave tono de condescendencia en su voz.

Dillon hizo una mueca de desprecio.

—¿Sí? ¿Quién lo dice?

La cara de ella, que ya no era más la cara de una niña adulta, se

puso inflexible en su decisión hasta el punto de parecer cruel, implacable.

—Lo digo yo. Les vas a mostrar a todos esos gángsters de pacotilla exactamente dónde deben bajarse. Tienes que pensar en grande y actuar en grande. Nadie debe meterse en tu camino... ¿entiendes? *Nadie debe meterse en tu camino*. —Hablaba con lentitud, acentuando cada palabra.

Dillon extendió las manos y le tomó los brazos. Sus dedos como de acero le mordieron los músculos y ella de repente se ablandó por dentro para él.

—Lo entendiste bien desde la primera vez —dijo Dillon—, y vienes arrastrándote detrás de mí. —Hizo una pausa y luego continuó—: ¿Has pensado en la policía?

Myra se rió de él.

—¿Qué hizo Nelson con los policías? Tenía la plata suficiente para arreglar las cosas. Consiguió protección, ¿no? Bueno, eso es lo que vas a conseguir tú.

Dillon meneó la cabeza con prudencia.

—Por supuesto que consiguió protección, y míralo ahora. Le extrajeron veinticuatro balas cuando lo pusieron sobre la losa.

—Los del FBI —dijo Myra con precisión—. No tienes que preocuparte. Mantente lejos de ellos y andarás muy bien.

—Sí. Me mantendré alejado del FBI. —Había un tono duro de amenaza en su voz.

Alguien golpeó la puerta. Se pusieron rígidos, pero en seguida Dillon dijo con enojo:

—Relájate, ¿quieres? —Fue hasta la puerta y la abrió de un tirón.

Una chica alta y delgada, con las mejillas muy cargadas de colorete estaba parada allí con una gran bandeja cubierta con un mantel.

—La señorita Benbow les manda esto. —Tenía una va nasal y plañidera que a Myra le produjo dentera.

Dillon se apartó y la dejó entrar. Myra la miró de arriba abajo. La chica miró a Dillon con los ojos muy abiertos y apoyó la bandeja en la mesa. Volvió a mirarlo de soslayo con una mirada maliciosa, muy cargada de intención. Salió meneando un poco las caderas.

Dillon cerró la puerta de un puntapié.

—Parece que esa callejera fácil cree ser muy atractiva —dijo.

Myra sacó el mantel que cubría la bandeja.

—Me parece que las mujeres no significan mucho para ti —comentó tratando de mantener firme la voz.

Dillon se encogió de hombros.

—La razón por la cual una mujer no significa nada es que te la tiran a la cara. Por la forma en que se porta la mayoría se podría pensar que se les gastó.

Myra puso las manos sobre la mesa y se estudió las uñas.

—Le podrían hacer pasar un buen rato a alguien como tú —dijo sin mirarlo.

Dillon se volvió y la miró fijamente.

—Eso es lo que tú crees —contestó, con la boca levemente burlona. —Yo no lo creo así.

Se sentó a la mesa y empezó a comer ávidamente.

Del otro lado del rellano, detrás de una puerta cerrada con llave. Roxy desayunaba. El *Kansas City Times* estaba apoyado contra la cafetera y él lo leía con cuidado mientras comía.

Fanquist todavía estaba en la cama, con su cabellera rubia desparramada sobre la almohada y un cigarrillo en la boca. Soñolienta, observaba a Roxy.

—Un obispo puritano se lamenta por la gran cantidad de mujeres desgraciadas que encuentra últimamente en Main Street. Dice que es una vergüenza —anunció Roxy con una sonrisa—. ¿Qué opinas, Fan?

—Regístrame —dijo ella con una tonada sureña—. Tal vez se olvidó su plata o gastó más de lo que tenía.

Roxy hizo un gesto negativo.

—Esos tipos nunca gastan de más. Tal vez no tuviera nada de plata. Y escucha esto, Fan, alguien encontró a su esposa engañándolo y la atacó con un cuchillo de carnicero. Hay una foto del tipo... ¿quieres verla?

Fan negó con la cabeza.

—No me gustan los horrores... déjalo, ¿quieres?

Roxy arrojó el diario al piso. Terminó su café y encendió un cigarrillo.

—¿Tienes alguna idea para hoy? —le preguntó, esperanzado.

—Voy a ir a la peluquería. —Fanquist estiró los brazos y se desperezó, bostezando—. A las diez. Tardaré como dos horas... ¿Te encontrarás conmigo para almorzar?

—Sí —asintió Roxy—. Pasaré a buscarte por lo de Verotti.

Alguien golpeó a la puerta. Roxy miró a Fanquist con las cejas levantadas. Luego metió la mano dentro de la chaqueta y aflojó el revólver en las pistoleras.

—¿Quién es? —preguntó.

—Está bien —dijo el murmullo ronco de la señorita Benbow.

—¿Qué diablos quiere? —preguntó Roxy, yendo hacia la puerta y abriéndola de un tirón.

La señorita Benbow entró. Sus dientes blancos relucían como las teclas de un piano.

—¿Qué problema hay? —preguntó, arrojando la colilla del cigarrillo al hogar.

La señorita Benbow saludó a Fanquist con una inclinación de cabeza.

—Tienen vecinos —anunció—. Son nuevos. No los había visto nunca.

Roxy pareció un poco sobresaltado.

—¿Son buenos? —preguntó con brusquedad.

—Creo que sí. Supieron cómo presentarse. Él se llama Dillon.

—¿Dillon? Ese tipo ha estado fuera del juego por mucho tiempo. ¿Te acuerdas de Dillon? —Roxy miró a Fanquist.

—Claro. Recuerdo haber oído hablar de él. Un tipo malvado. Un tipo que no bebe ni fuma ni tiene mujer es un mal tipo.

Roxy sonrió.

—Ésa es tu opinión.

La señorita Benbow se movió algo inquieta.

—Hay algo en esos dos que no me gusta. La hembra es una criatura, pero es mala. Tiene una carita fría que no me gustaría encontrar en mi almohada al despertarme. El tipo es grande y recio. Me pone nerviosa.

Fanquist pareció interesada.

—¿Es buen mozo?

—Tendrías que darte una ducha fría, Fan —rió Roxy—. ¿No es cierto que es una hembrita calentona? —le preguntó a la señorita Benbow.

La señorita Benbow sonrió un poquito más.

—Me gusta eso —contestó—. Ya hay demasiadas hembras de sangre fría por aquí para mi gusto.

Fanquist hizo pucheros.

—Vamos, pelmazo —instó—. No hagas esperar a una chica. ¿Cómo es él?

La señorita Benbow hizo una inclinación de cabeza.

—Claro. Claro —dijo—. Lo tiene todo. Un tipo elegante. Grande, fuerte y recio. Debe de ser bueno en la cama.

Fanquist miró a Roxy.

—¿No estás celoso? —le preguntó. Roxy sonrió.

—Claro que sí. Estoy que ardo.

—Yo no me metería con ese tipo —advirtió la señorita Benbow —. No parece que esa brujita toleraría muchas interferencias.

Fanquist se encogió de hombros.

—¡Por favor! ¡Al diablo con ella! —exclamó. Luego, mirando el reloj apartó las cobijas—. ¡Mi Dios! —exclamó—. Tengo que hacerme arreglar el pelo a las diez.

La señorita Benbow se encaminó hacia la puerta.

—Supuse que querrían saber de esos dos —dijo.

—Les daré un vistazo —asintió Roxy.

Se sentó en el sillón y miró a Fanquist mientras ésta se vestía.

—No tienes tanto apuro como para no poder lavarte —sugirió cuando ella empezó a ponerse la ropa.

Fanquist no le prestó atención. Se acomodó los breteles del *soutien*. Roxy la miraba con las cejas levantadas.

—Ten cuidado —le advirtió—. Cualquier día de estos algún tipo va a tropezar con tu pecho.

Fanquist rió tontamente.

—Las cosas que dices —dijo, mientras se arreglaba la cara.

Roxy cambió de tema.

—Me parece que les voy a echar una ojeada a esos dos —anunció, mientras se escarbaba los dientes con la punta de un fósforo—. Tal vez sean interesantes.

—Ten cuidado con la hembra —le advirtió Fanquist—. Le sacaré los ojos si intenta algo contigo.

—Muy bien —Roxy hizo un gesto con la mano—. Ya me conoces. No tengo la resistencia necesaria como para atender a dos mujeres a la vez. Tú cuídate de Dillon.

Ella se detuvo en la puerta.

—Oye, si esos dos no son estúpidos, tráelos a lo de Verotti. Quizá me diviertan.

—Sí. Si son despiertos lo haré.

Fanquist cerró la puerta detrás de sí y corrió escaleras abajo. Roxy volvió a tomar el diario y estudió las noticias de policía.

Era un ladrón. No muy espectacular, pero se ganaba bien la vida. Se especializaba en robos a automóviles. El mundo del hampa lo consideraba inteligente y le tenía cierto respeto. Se mantenía lejos de la policía, nunca lo habían fotografiado ni tomado las impresiones digitales y no era un asesino. Sus asaltos le producían un promedio de mil dólares por semana y le iba muy bien.

Fanquist contribuía a los ingresos mensuales como carterista. Rara vez volvía sin alguna alhaja o una billetera en la cartera.

Habían formado equipo unos dieciocho meses antes. Gustaban bastante uno del otro pero no existía ningún afecto verdadero entre ellos. Fanquist pensaba que él era un italianito y Roxy la consideraba una putita. Se guardaban sus opiniones para sí mismos y así no había platos rotos. Dormían juntos por una cuestión de conveniencia física, y comían juntos para estar acompañados. Compartían una habitación por economía y se llevaban bastante bien.

Cuando Roxy terminó de leer el diario se incorporó, se puso su sombrero negro de fieltro, se miró atentamente en el espejo largo de la pared y salió a pasearse por el rellano. Sacó un paquete de goma de mascar del bolsillo, lo desenvolvió, se puso la goma en la boca y empezó a mascarla concienzudamente. Durante todo ese tiempo, escuchaba.

Sabía que sería peligroso golpear a la puerta; recordaba haber oído cosas acerca de Dillon. Había visto a alguien recibir una descarga de plomo en el vientre sólo por golpear a las puertas. Se apoyó contra la pared y esperó, con la esperanza de que alguien saliera. Esperó un momento, después se encogió de hombros y volvió a su habitación, dejando la puerta abierta.

La gran guitarra española le dio una idea. La tomó y empezó a tocar. Atacó directamente el Prólogo de *Pagliacci*. Tenía una voz de tenor suave, agradable y plena. Sabía que cantaba bien el Prólogo. Alcanzaba el mi menor y podía aumentarlo hasta que las ventanas golpearan. Le gustaba lanzar esos agudos, pero Fanquist no lo soportaba.

Suponía que ninguna mujer se quedaría mucho tiempo detrás de una puerta al oír ese ardiente género italiano y estaba en lo cierto. Myra asomó la cabeza por la puerta y salió.

Roxy se regodeaba en los sollozos, se torturaba con los últimos compases y por fin terminaba apresuradamente con unos pocos acordes espectaculares.

Le sonrió a Myra.

—Seguro que pensó que era una riña de gatos.

Ella se quedó mirándolo con admiración.

—¡Vaya! ¡Eso estuvo soberbio! —exclamó.

—¿Le gusta? —Trató de parecer sorprendido—. No es más que música clásica. ¿Quiere oírme cantar Río Tormentoso?

Ella asintió, con las manos juntas. Roxy pensó que era lindo mirarla. Tenía una figura delicada, no como las curvas de Fanquist que sobresalían y trataban de cachetearlo a uno.

Roxy se alegró de que sus grandes ojos no pudieran leer sus

pensamientos. Acarició las cuerdas con los dedos. Por cierto que sabía tocar esa guitarra.

En eso salió Dillon. Su cara se mostraba fría y suspicaz. Roxy lo saludó con un movimiento de cabeza, pero siguió tocando. No por nada había escuchado todos los discos grabados por Bing Crosby. Roxy no había disfrutado tanto en años.

Terminó con un final realmente difícil y dejó la guitarra en el sofá.

—Pasen —instó—. Creo que les debo a los dos un trago.

Myra entró completamente a sus anchas. Se sentó en el brazo del sillón y miró en torno de la habitación. Dillon se apoyó contra el marco de la puerta. Observaba atentamente a Roxy.

Myra pensaba que Roxy se parecía a George Raft. Le gustaba. No le parecía que fuera un tipo importante pero creía que sería alguien con quien podría congeniar.

Roxy preparó tres tragos y los sirvió. Dillon puso su vaso sobre la mesa mientras meneaba la cabeza.

Roxy levantó las cejas.

—¿Qué tiene de malo?

—Yo no bebo —dijo Dillon con acritud.

—Entra y cierra la puerta —le dijo Myra—. Hay corriente de aire.

Dillon entró y cerró la puerta. Hubo un segundo de silencio. Luego Myra y Roxy comenzaron a hablar. Se miraron y rieron.

—Yo soy Myra... y él es Dillon —presentó. Roxy hizo un gesto de asentimiento.

—Estoy encantado de conocerlos. Supongo que ustedes dos no estarían aquí si no estuvieran en la actividad.

—¿Usted de qué se ocupa? —preguntó Dillon con frialdad.

Roxy bebió un trago de su vaso. Miró a Myra.

—Aquí me conocen por Roxy —contestó—. Quizá sería mejor que nos conociéramos más antes de hablar de las ocupaciones.

Dillon se encogió de hombros.

—Eso no me sirve —declaró—. Usted puede hacerse el tonto pero estoy seguro de que sabe quién soy, así que creo que un poco de información de su parte podría facilitar las cosas.

Roxy se inclinó el sombrero sobre los ojos. Pensó que ese tipo tenía una mirada malvada. Trató de recordar algunas de las cosas que había oído acerca de él. Hacía demasiado tiempo. Sólo sabía que era un asesino.

—Claro —admitió por fin—. Lo conozco. Pienso que lo mío es algo en pequeña escala. Mi especialidad es robar automóviles. Hago

algo de plata de tanto en tanto. Mi chica es carterista.

En la cara de Dillon apareció un aire burlón. "Un asunto verdaderamente de poca monta", pensó.

—Tengo que volver al oficio —aclaró—. He estado fuera de él demasiado tiempo.

Roxy fue a tenderse en el sofá. Estudiaba sus botines con polainas de tela. Tenía pies muy pequeños y elegantes y le encantaba admirarlos.

—Sí —dijo—. Supongo que lo han olvidado.

Dillon le lanzó una mirada a Myra, señalándole que se callara y luego dijo:

—Quisiera contactarme con algún grande.

—Ustedes dos me gustan —confesó Roxy reflexivamente—, de manera que daré las cartas de arriba del mazo. No tienes la menor chance de meterte con nadie importante en este distrito hasta que te vuelvas a hacer de una reputación. Las viejas pandillas están terminadas y el grupo nuevo no cree que haya nadie que pueda enseñarles nada. Si tratas de meterte allí vas a sufrir mucho.

—Pues bien. Eso se llama hablar —comentó Myra con voz muy suave.

Roxy levantó la mirada y sonrió.

—Claro. Es así, hermana. Tienen que ir de a poco, ¿entienden? Yo puedo conseguirles una oportunidad aquí y allá. Me encantará hacerlo, pero ustedes tienen que armar su proyecto lentamente.

—Somos tan buenos como el resto de los novatos del pueblo —dijo Dillon.

Roxy no reparó en el brillo frío de sus ojos y siguió divagando:

—Todavía no has conocido a los tipos importantes —continuó—. Hace diez años que estoy en el oficio y me alegro de no conocerlos, ¿entiendes? Los grandes sobresalen, y son los primeros en sufrir la represión. Hay que conseguir protección y pagarla, si se es un tipo importante. El FBI te abruma con su celo.

"Fíjate en Floyd, en Bailey, en Nash o cualquiera de ellos. Están fugados y seguirán fugados. Yo no tengo por qué preocuparme; soy listo.

Una vez más se le escapó la mirada de Dillon.

De repente sonó el teléfono, sobresaltándolos. Roxy se levantó del sofá y atendió. Una voz ronca llegó a través de la línea.

—Hay un par de tipos de aspecto duro inspeccionando la calle. Creo que son federales. Se encaminan hacia allá.

—Gracias, compañero —dijo Roxy, y colgó el receptor.

Miró a los otros dos.

—Conviene que escondan sus armas —aconsejó con voz queda —. Un par de polizontes federales vienen para acá.

Dillon se puso de pie rápida y silenciosamente.

—No tienen nada contra mí —dijo.

Roxy abrió su chaqueta y desabrochó la hebilla de la correa de la pistolera. Se quitó rápidamente el arnés.

—Si tienes un arma, será mejor que la escondas —recomendó—. Esos tipos se ponen bravos si te pescan cargando una.

—¿Dónde podemos esconderlas? —preguntó Myra en un rapto de pánico.

Roxy fue hasta la chimenea y se arrodilló. Corrió el hogar azulejado, como si fuera un cajón, y dejó caer su revólver en el estrecho hueco que había detrás.

—La vieja tiene uno de éstos en todas las habitaciones; úsenlo.

Dillon salió del cuarto y entró en el suyo. Recogió el revólver, la pistolera y la Thompson, las escondió y volvió silenciosamente.

—¿Cómo es la cosa? —gruñó—. Yo creía que este lugar era bueno.

Roxy asintió.

—Seguro que lo es. No se les puede impedir la entrada a los federales en ninguna parte. Los policías no se meten, pero los federales sí. No te busca ningún agente del FBI, ¿no? —Había una gran ansiedad en su voz.

Dillon no dijo nada. Permaneció de pie junto a la mesa, un poco tenso. Con ojos como trocitos de hielo miró fijamente a Roxy. A éste lo sobresaltó la expresión que había en ellos.

—Creo que no —intervino Myra.

Roxy se aflojó.

—Muy bien. Sigan bebiendo y no digan nada. Hablaré yo si es que hay algo que decir.

—¡Demonios! —exclamó Dillon, furioso—. Esa vaca va a perder parte de su alquiler. Está chiflada si cree que voy a pagarle toda esa plata si los federales pueden entrar aquí.

—Caro —asintió Roxy—. Creo que les ha estado tomando el pelo. Arrégleme las cuentas. Viene buscándoselo desde hace rato.

De repente oyeron una conmoción que tenía lugar abajo. Se pusieron rígidos involuntariamente.

—Ahí vienen —anunció Roxy, poniendo los pies sobre el sofá—. No dejen que esos tipos los espanten. Seguro que tratarán de hacerlo.

Podían oír a la señorita Benbow protestar en las escaleras.

La oían decir:

—Ustedes los polizontes no tienen pruebas de nada contra mí. No pueden entrar atropellando así. Les digo que ésta es una casa respetable.

Alguien dijo con voz áspera:

—Tómatelo con calma, mamá. No hacemos más que inspeccionar el lugar.

Afuera sonó un paso pesado y la puerta fue abierta de un puntapié. Los tres que estaban en el cuarto volvieron la cabeza y miraron. Dillon se mostraba tranquilo, pero los nervios de Myra estaban de punta. Había dos hombres corpulentos parados en la puerta, con los ojos atentos. A Dillon le parecieron verdaderamente dos tipos muy duros.

—Hola, muchachos —saludó Roxy desde el sofá. Mantenía las manos sobre las rodillas—. Supongo que no estarán buscándome a mí.

Uno de ellos entró, dejando al otro en la puerta.

—Ponte de pie cuando te dirijas a mí —gruñó.

Roxy se incorporó con rapidez y se quitó el sombrero.

Miró fijamente al federal y sonrió, inquieto.

—¡Caramba! Es el señor Strawn. Hacía mucho que no lo veía.

Strawn se le acercó y le palmeó los bolsillos.

—¿Dónde está tu arma? —le preguntó.

Roxy se encogió de hombros.

—Usted me confunde —dijo—. Yo no uso ningún arma. Usted me conoce, jefe. Yo no haría una cosa así.

—Esa manera de hablar no te conducirá a ninguna parte, así que no sigas.

Miró a Dillon. Luego al otro detective.

—¿Viste a este payaso alguna vez? —preguntó. El otro hizo un gesto negativo con la cabeza. Strawn se acercó a Dillon.

—¿Quién eres y qué estás haciendo aquí?

Dillon lo miró, impasible.

—Estoy tomando un trago con un amigo —contestó—. ¿Qué tiene eso de malo?

Strawn lo miró de arriba abajo, mientras el rostro se le endurecía.

—¿De dónde eres? —le espetó.

Dillon le lanzó una mirada a Myra. Strawn levantó el puño con rapidez y le dio a Dillon en la mandíbula. Lo tomó desprevenido y lo hizo caer con un ruido sordo.

—No intentes nada —le gritó Roxy. Tenía los ojos fuera de las órbitas.

Dillon levantó los ojos hacia Strawn. Su mirada estaba negra de odio. Se puso de pie lentamente, frotándose la mandíbula con la mano. Aparte de la mirada de sus ojos permanecía impasible.

—Escucha, payaso cabeza de chorlito —mascullé Strawn—. Cuando te pregunte algo me contestas rápido. ¿De dónde eres y cómo te llamas?

El otro detective parecía aburrido, pero tenía un revólver en la mano.

—Soy de Plattsville. Mi nombre es Gumey... Nick Gumey —respondió Dillon entre dientes.

Myra estaba muy callada. Se llevó la mano a la boca.

—Nada más que el patán rústico de un granjero importante, ¿no? —se burló Strawn—. Bien. Escucha, palurdo, será mejor para ti que te mantengas lejos de este pueblo. No nos gustan los tipos como tú. Te conviene volver de inmediato a Plattsville y quedarte allí. ¿Me entiendes?

Dillon no hizo otra cosa que quedarse allí, odiándolo con la mirada. Strawn apretó los puños.

—Contéstame, ¿quieres? ¡Demonios! ¡Si te haces el iracundo conmigo maldito infeliz, te arranco las tripas y te mato a golpes con ellas!

—Le entiendo —dijo Dillon. Strawn le echó un vistazo a Myra.

—Bueno, hermana, ¿y quién es usted? —le preguntó, mirándola pensativo.

—Soy la esposa de él —dijo Myra quedamente. Había mucha personalidad en su mirada.

Strawn meneó la cabeza.

—Éste no es un lugar para una criatura como tú. Será mejor que te vayas y vuelvas a tu casa. Vas a perder mucho tiempo andando con un vago como éste. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a Dillon—. Olvídalo y vete a casa con tu mamá.

Myra bajó los ojos. Pensaba:

"Maldito bocón hijo de puta."

Strawn se encogió de hombros.

—Muy bien. Ustedes tres, cuídense. —Salió y cerró la puerta. Le dijo en voz baja al otro detective:

—Vigilaremos a ese Gumey. Es un mal tipo.

Roxy alzó la mano para pedir silencio. Se quedaron allí sentados con la mirada fija en la puerta, escuchando. Se relajaron sólo cuando los oyeron bajar.

Dillon dijo con voz inexpresiva:

—Alguna vez arreglaré a ese canalla. ¡Por Dios! Se lo ha ganado.

Verotti's era un bar más allá de la calle 22, cerca de la Unión Station. Fanquist tenía una mesa en un rincón. Había un vaso de whisky.

Cuando llegó Roxy con Myra y Dillon le hizo señas con la mano, excitada. Roxy se acercó a la mesa y con ademán le presentó a Dillon y Myra diciendo:

—Éstos son Myra y Dillon. Tienen un cuarto al otro lado del rellano.

Fanquist no tenía ojos más que para Dillon.

—¡Qué hombre tan atractivo! —exclamó—. Estoy encantada de conocerlo, ¿no?

El rostro de Myra estaba frío. Se sentó junto a Fanquist, acorralándola contra la pared. Dillon se sentó del otro lado, junto a Roxy.

—Es grandioso conocer a un tipo como Roxy. Ha sido un gran compañero —dijo Myra.

Fanquist le lanzó una rápida mirada.

—Dime —le dijo girando en su silla para enfrentarla—. ¿Qué estás haciendo lejos de tu mamita? Eh, hombre apasionante, eres un ladrón de niños. Eso no está bien.

Los ojos de Myra centelleaban.

—No lo molestes —interrumpió con rapidez—. Le gustan jóvenes. Este hombre no tiene tiempo para las hembras que la tienen gastada. Pregúntale.

Fanquist se apoyó contra la pared.

—¡Qué niña tan lista! —dijo con dos manchas rojas en las mejillas—. ¿Gastada, eh? Lindo chiste para una nenita.

Myra volvió la cabeza.

—¿No hacemos nada más que hablar, aquí?

Un mozo se acercó arrastrando los pies y ordenaron tragos. Roxy tenía el sombrero echado sobre los ojos, sonriendo para sí. Nada le gustaba más que escuchar a dos mujeres arañándose.

Fanquist se inclinó sobre la mesa hacia Dillon.

—Estoy segura de que conoces algunos lugares ardientes en esta ciudad —insinuó.

Desde donde estaba sentado Dillon podía ver dentro del escote de su vestido. Levantó los ojos y la miró con su mirada dura habitual.

De repente Fanquist sintió un poco de frío. Se echó hacia atrás rápidamente.

—Pensaba que podríamos ver algunos de ellos. Somos recién llegados —dijo Dillon.

—Aquel que está allí es Hurst —dijo Roxy.

Miraron a través del salón hacia una mesa en el medio del recinto. Un hombre rubio y corpulento bebía solo. Usaba con elegancia su pulcro traje oscuro. Lo rodeaba un halo de dinero e importancia.

—¿Quién es Hurst? —preguntó Dillon.

—¡Qué cosas dices! —rió Fanquist—. Ese hombre es lo máximo en la actualidad. Dirige la mayor parte de los grandes negocios de por acá.

—¿Ah, sí? —Dillon volvió a mirar a Hurst—. Un tipo importante, ¿verdad?

—Sí. Es un tipo verdaderamente importante —asintió Roxy.

—¿Es posible que lo conozcas? —preguntó Myra.

Roxy permaneció inexpresivo.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Qué se creen? Dije que es un tipo muy importante. No se junta con tipos como nosotros. —Tal vez la nenita fantasee con su gran oportunidad —aventuró Fanquist con su lenta voz cansina.

—¿Por qué no? No es más que un tipo, ¿no? —adujo Myra.

—Hurst no juega con niñitas —se burló Fanquist—. Cuando ese tipo quiere una mujer, busca una mujer.

Myra se echó hacia atrás en su silla.

—Te mostraré cómo consigo un tipo así —desafió.

—No intentes nada de eso. Hurst es un tipo violento. No le gustan esas hazañas —advirtió Roxy.

—Ese tipo me interesa —lo interrumpió Myra.

—Te interesa porque llegó lejos. Pero el problema con esos tipos es que no se quedan allí mucho tiempo.

—¿No?

—No. Hurst no se va a quedar mucho más. Ya ha estado demasiado tiempo en el negocio.

Myra bebió un sorbo de su vaso. Su mirada era sombría.

—Parece lo bastante grande para cuidar de sí mismo —comentó.

Roxy hizo un gesto negativo.

—Espera y verás. Little Emie lo está buscando. Y seguro que lo va a encontrar.

Myra se volvió, inquieta.

—Tal vez él encuentre a Emie primero —sugirió.

—No tienes información acerca de este distrito. —Roxy hacía girar el vaso entre sus dedos pulgar e índice. —Hurst maneja el negocio de Automatic. Hace tiempo que está haciendo un montón de dinero. Little Emie maneja los negocios Cal. Le va muy bien

también. Ése es el esquema. Durante años no se superpusieron. Hicieron su fortuna con sus asuntos y se mantuvieron en su parte de la ciudad. Estos tipos nunca están satisfechos, ¿entienden? Quizá junten dos millones de dólares al año. ¿Linda plata? No para ellos. Quieren más. Tienen grandes gastos generales, una larga lista de secuaces a quienes pagar. De manera que siempre quieren más.

—¿Dos millones de dólares? —inquirió Myra suavemente.

Roxy asintió.

—Seguro. Eso no es tanto para tipos como ellos. Hurst está intentando algo. Se está expandiendo. Se está metiendo en el territorio de Little Emie. Ese tano no lo va a tolerar. Hurst dice que está bien. Que Automatic no puede perjudicar a las tiendas Cat de Little Emie. Así que siguió avanzando. —Roxy se encogió de hombros—. Un día, muy pronto, a Hurts le van a llenar las tripas con plomo. Entonces su millón de dólares no va a valer nada.

Myra encendió un cigarrillo.

—Tal vez él le dé al tano primero —insinuó.

—Sí. Tal vez.

—¿Así que después de todo no vas a atrapar a Hurst? —preguntó Fanquist.

Myra movió la cabeza negativamente.

—Lo atraparé un poco más adelante.

Fanquist se puso de pie.

—Creo que tendríamos que irnos —le dijo a Roxy—. Tengo que trabajar.

Roxy apartó su silla y le hizo una inclinación de cabeza a Myra.

—Nos vemos.

Fanquist se volvió a Dillon y le dedicó una de sus sonrisas "cuando quieras":

—Adiós, grandote. No permitas que a esta beba se le ocurran muchas grandes ideas.

Dillon gruñó.

Myra los observó cuando se iban.

—Esa cara de vinagre cree que es muy lista —gruñó, furiosa—. Ya a ser mejor que mantenga sus garras fuera de ti.

Dillon se reclinó en su silla.

—Tienes muchas preocupaciones, ¿verdad? —se burló. Hurst chasqueó los dedos llamando al mozo. Pagó su cuenta y se puso de pie.

Myra lo observó atravesar el salón y salir a la calle. Dos sujetos de aspecto violento que estaban sentados cerca de la puerta, se incorporaron y lo siguieron. A través de la puerta los vio subir a un

auto grande y potente y partir.

—Ese tipo podría hacerme llegar a algún lado —dijo Dillon.

—No necesitas individuos como ése —aseguró Myra con suavidad—. Puedes llegar muy alto tocando un solo.

—¿Sí? —se burló Dillon—. ¿Qué te parece si te despabilas? No somos nadie aquí. Fíjate cómo ese polizonte federal me atropelló. ¿Crees que vamos a llegar a alguna parte sin ninguna influencia? Ni por broma. Mantén la boca cerrada y déjame pensar a mí. Cuando me quede sin ideas te llamaré por teléfono. Y créeme. Pasará mucho tiempo hasta que yo esté lo bastante chiflado como para adoptar las ideas de una estúpida como tú.

Myra se sonrojó. Los ojos se le volvieron tormentosos, pero no se movió. En cambio sugirió:

—Quizás una hembra inteligente como esa ramera de Fanquist podría darte ideas.

Dillon la miró fijamente.

—Tu mente va por un solo carril. Ella no me atrae. Ustedes las mujeres son todas iguales, ¿no es así? No tienen nada nuevo, ¿no? Ya he visto todo... así que, ¿qué diablos?

"Me meteré bajo su piel alguna vez. Lo arreglaré", pensó Myra con furor.

Dillon se incorporó.

—Vaya tomar un poco de aire. Esta conversación me hace doler el traste.

Myra lo siguió a la calle. El sol estaba caliente y caminaron por la sombra.

—Tengo que conseguirme un auto —dijo Dillon—. Creo que voy a ir a buscarlo ahora.

—¿Un auto? —Myra se sobresaltó—. ¿De dónde va a salir la plata?

—¿Qué te parece si ocupas la mente con la cama y mantienes la nariz fuera de esto? —se burló Dillon.

Fuera de la calle principal encontraron un garaje grande con un salón de exposición ruinoso, lleno de autos usados. Un individuo alto y flaco, con una nuez de Adán fluctuante, salió y los saludó con una inclinación de cabeza.

—Tengo mucho gusto en conocerlos. Me llamo Mabley —se presentó— y si están buscando un buen auto usado han venido al lugar justo.

—Estamos mirando, hermano —contestó Dillon—. Tal vez no compremos, pero si encontramos algo bueno y barato lo compraremos.

Mabley metió los pulgares en los bolsillos del pantalón y se alzó sobre la punta de los pies.

—Me parece justo, señor. Echen un vistazo. —Se apoyó contra la pared y los observó.

Dillon detectó el auto inmediatamente. Era un Packard grande y de aspecto lastimoso, que estaba solo en un rincón. Era el único auto del montón que parecía poder embestir una pared a noventa y cinco kilómetros por hora sin que se le abollaran los paragolpes.

No se encaminó hacia él enseguida, sino que fingió mirar los otros primero. Myra lo seguía sin decir nada. Dejaba que él resolviera. Por fin se acercó al Packard y lo estudió cuidadosamente. Abrió la puerta y subió. La suspensión estaba bien.

Mabley se aproximó y limpió el polvo del capó con una pasada aquí y allá.

—Seguro que le gusta éste —dijo.

Dillon bajó del auto y se apoyó contra el guardabarros.

—Tal vez nos venga bien.

Mabley abrió, muy grandes los ojos.

—Escuchen —dijo ansiosamente—. Ese auto tiene agallas. Hay mucho debajo de ese capó. ¿Qué le parece si vamos a dar una vuelta y lo ve?

Dillon asintió.

—Claro. No tengo inconveniente en darle una oportunidad si el auto no se desarma.

Mabley se pasó una mano por los cabellos.

—Si no se desarma… ya va a ver…

Dillon se puso al volante.

—Creo que voy a manejar yo.

El Packard era bueno. Dillon lo había sospechado. En una buena extensión de camino lo hizo llegar a ciento treinta. Se mantuvo en el camino sin el menor balanceo, y pensó que con un poco de afinación podía hacerle rendir todavía más velocidad.

Volvieron al garaje en silencio. Mabley exudaba vanidad.

Cuando Dillon detuvo el Packard en seco y bajaron, dijo:

—¿No se lo había dicho?… Ese auto sabe andar.

—Tiene razón. Si tiene algún problema es ser demasiado veloz —dijo Dillon.

Mabley alzó las manos.

—¡Mi Dios! —farfulló—. ¿Nunca está conforme?

Dillon lo interrumpió:

—Bueno, vamos. No tenemos todo el día. ¿Cuánto?

Mabley se apoyó contra el guardabarros.

—Dos mil dólares. Es muy barato.

Dillon miró a Myra.

—¿Lo oíste? —jadeó—. ¿Dos mil dólares por esa lata vieja?

Se volvió hacia Mabley.

—No queremos su garaje. Queremos el auto. ¿Entiende?

Mabley se encogió de hombros.

—Le digo que es barato —contestó con' firmeza.

—Ese carro viejo no vale más de ochocientos dólares y usted lo sabe.

—Dos mil.

Myra se encogió de hombros.

—Vámonos —dijo—. Este tipo está loco.

—Tal vez no conoce bien el juego. Escuche. Me estiraré un poco y se lo compraré por mil —ofreció Dillon.

Mabley hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No hay caso, señor. Se vende a dos.

Myra se alejó.

—Vamos. Ya ves que se niega a ser razonable.

—Tienes razón. Me parece que lo dejaremos —convino Dillon y fue hasta el lugar donde ella fingía estar estudiando otro automóvil.

Mabley vaciló.

—Bueno, teniendo en cuenta que están decididos por ese auto, se los daré por mil novecientos. Ése es el precio mínimo.

Dillon tomó a Myra del brazo y la llevó caminando hasta la puerta.

—Estos comerciantes de poca monta están locos —iba diciendo —. ¡Mil novecientos! ¡Qué insolencia!

Mabley fue tras de ellos.

—Esperen un minuto. No estén tan apurados.

—No se preocupe. Ya no tenemos interés.

Myra interrumpió secamente.

—Mil cuatrocientos y no hay más que decir.

Dillon le lanzó una mirada dura, pero no dijo nada.

Mabley se rascaba la cabeza.

—Partiré la diferencia. Me estoy degollando a mí mismo... pero me parece que los negocios están por el suelo en estos momentos.

Dillon quería el auto. Asintió.

—Mil seiscientos si le llena el tanque y le pone aceite.

Mabley lo miró.

—Por cierto que es un tipo duro —dijo—. Pero lo haré.

—Prepárelo para dentro de una hora —indicó Dillon con aspereza—. Volveremos.

Salieron del garaje. Myra comenzó a lamentarse.

—Esto va a hacer una agujero en nuestro presupuesto.

—¿De dónde sacas eso de "nuestro"? Vamos a volver a llenar ese agujero esta misma noche, así que ¿qué te importa?

La estación de servicio Conoco en Bonner Springs estaba iluminada con focos por la noche. Dos vendedores fatigados descansaban en la oficina, aguzando el oído inconscientemente para escuchar el ruido de algún auto, listos para saltar y llegar corriendo.

George, un muchacho rubio, pensaba en su chica. Mientras no estaba ocupado, su mente se volvía hacia ella, cuando no se volcaba a cómo ganar más dinero. Era un muchacho simple, como miles de otros. Dos cosas predominaban: su chica y el dinero.

Hank, su compañero, estaba recostado en forma indolente contra la mesa.

—¿Qué mosca te ha picado, compañero? —preguntó—. Hace como dos horas que pareces un mal sueño...

George exhaló un suspiro.

—Dime, tú conoces a Edie... ¿qué te parece que le pasa?

Hank se rascó la cabeza.

—¿Cómo diablos puedo yo saber lo que le pasa? —contestó con impaciencia—. ¿No habrá escrito a París?

George meneó la cabeza negativamente.

—Para nada —dijo melancólicamente—. Tal vez nos casaríamos si fuera así.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Anda alejada de mí... Está más fría. Bien, ¿qué crees que le ocurre?

—¿Qué te parece si pruebas el jabón del que tanto hablan? —sugirió Hank en un arranque repentino de inspiración.

George frunció el entrecejo.

—No empieces a tomarme el pelo —dijo con frialdad—. Creo que el problema está en la plata. A Edie siempre le interesó tener dinero. No he tenido un aumento en dos años. Creo que eso es lo que le molesta.

—Sería lindo ser el dueño de un lugar como éste, ¿no? —Se acercó a la caja registradora e hizo sonar la tecla de "Sin venta". Miró dentro del cajón, hurgando en el dinero con el dedo. —Calculo que hacemos quinientos dólares por día aquí.

—Hay más que eso en la lata. Hoy arreglamos algunas cuentas pendientes.

—Piénsalo. Yo creo que sería muy lindo ser dueño de un lugar como éste.

George asintió.

—Tienes razón.

Afuera se detuvo un auto. Los dos se levantaron de un brinco y salieron corriendo. El gran Packard lastimoso estaba estacionado junto a los surtidores.

Dillon bajó.

—¿Hay alguno más de ustedes adentro? —preguntó. Los dos lo miraron sorprendidos.

—Sólo nosotros dos —contestó George—. Atenderemos muy bien el auto.

Dillon alzó levemente las manos. Sostenía el revólver y la pistola.

—Tomen un poco de aire y métanse adentro.

Los dos empleados levantaron las manos. A George se le doblaban un poco las rodillas. Pidió:

—No dispare, señor.

—¡Adentro! —gritó Dillon—. ¡Rápido! —Los acorraló en la oficina—. Quédense junto a la pared y no abran la boca.

Myra entró y se dirigió a la caja registradora. Apretó la tecla que la abría y empezó a meter el dinero en una bolsa pequeña.

—Miren bien, muchachos. Están viendo hacer la historia.

—¿Hay mucho ahí? —preguntó Dillon.

—Vale la pena —asintió Myra. Examinó cuidadosamente los dos cajones y luego los cerró de un golpe—. Tal vez tengan una lata por aquí.

—¿Dónde está la caja fuerte? —preguntó Dillon. Hank meneó la cabeza con aire desdichado.

—Está detrás del escritorio —informó.

—Bueno. Ábrela.

George abrió la derrengada caja fuerte y Myra se acercó y miró dentro de ella. Extrajo un pequeño rollo de billetes, apartó dos o tres libros de contabilidad y miró detrás de ellos. Se enderezó.

—Ahí está todo —dijo.

Dillon se acercó al teléfono y lo arrancó de su cable.

—No quiero que ustedes, muchachos, empiecen a chillar todavía. Queremos llegar a salvo a casa, ¿entienden? —Se sentía muy complacido.

Myra los miró con atención.

—Me imagino que éste es su primer asalto, ¿verdad? —les dijo.

George masculló:

—Así es.

—Tienen suerte. —Tomó un cigarrillo de la cartera y se detuvo para encenderlo—. Tienen una compañía fenomenal. ¿Saben quién es éste? —Movió la cabeza en dirección a Dillon—. Apuesto a que no lo saben. Este hombre le prendió fuego al Medio Oeste. Es la legítima flor y nata del delito. Llegará la hora en que ustedes les contarán a sus nietos cómo los asaltó. Les aseguro que los envidio muchachos. Tienen una historia para contar...

—Sal de una buena vez, muñeca bocona —interrumpió Dillon.

Myra se dirigió hacia la puerta y Dillon la empujó a la oscuridad de afuera. Los dos empleados seguían de pie contra la pared. Con las manos en alto.

El Packard arrancó veloz, rasgando la oscuridad. Dillon guardó el arma.

—¿Qué te parece si conservas ese pico tuyo cerrado? —le espetó desde la negrura.

—No tienes que preocuparte. Te estoy promoviendo.

—Si hay alguna promoción que hacer, soy yo el que tiene que preocuparse por ella.

Myra sujetaba el volante. No dijo nada. Mantenía la mirada atenta en el camino. Cuando el auto se bandeaba en las curvas, dejaba que su cuerpo golpeara contra Dillon. Podía sentir la firmeza de él debajo de la chaqueta, lo que hacía que un temblor la atravesara y que la sangre le bullera en los oídos.

Pensaba que ése era un hombre violento, pero un hombre. Tenía músculos y nervios y ella ansiaba su contacto. Dillon percibió de repente ese sentimiento físico y se apartó, recostándose en el extremo del asiento. Al frustrarse su deseo hacia él. Myra quedó laxa.

De vuelta en su alojamiento, subieron la escalera en silencio y cerraron la puerta. Myra encendió la luz, yendo lentamente hacia el centro de la habitación mientras se quitaba el sombrero y dejaba sus cabellos en libertad.

Dillon se quedó junto a la puerta, frotándose la barbilla.

Sentía un impulso vago hacia ella, pero no le hizo caso. Ese impulso lo hacía sentirse incómodo.

Myra vació la bolsa sobre la mesa y removió el dinero con el dedo.

—No hay gran cosa aquí —comentó—, pero alcanzará para ir tirando.

Dillon se aproximó y se sentó. Contó el dinero y apiló los billetes con prolijidad ante sí. Myra estaba parada detrás de él

observándolo. Cuando terminó extendió las manos y se las puso sobre los hombros. Los pesados músculos de su espalda se contrajeron ante el contacto de las manos de ella. Myra sintió que el mismo temblor volvía a atravesarla.

Dillon se incorporó de golpe.

—¡Basta ya de eso! —dijo, furioso—. ¡Guárdate tus artes de ramera para algún otro infeliz!

Ella se le acercó.

—No podemos seguir así —dijo—. No puedes compartir este cuarto conmigo…

Dillon estiró el brazo y la apartó con violencia.

—Ya me has oído —dijo. Ella captó la inseguridad de su voz—. ¡Métete en la cama y cállate!

—Claro. Creo que sólo pensaba en ti —contestó ella con suavidad.

Dillon se apartó y se dirigió hacia su cama. Se sentó y empezó a sacarse los zapatos. Myra permaneció en medio de la habitación y se desvistió. Se tomó su tiempo. Dejó caer al piso cada prenda que se quitaba hasta no tener nada encima. Se quedó así, mirando a Dillon. Luego se volvió y se metió en la cama.

Por primera vez desde que lo conocía sabía que lo había impresionado. Sabía que él estaba consciente de ella y se conformaba con esperarlo.

A la mañana siguiente, temprano, se despertaron con un sobresalto. Alguien estaba dando golpes a su puerta. Dillon saltó de la cama y tomó su revólver. Por un momento, Myra se alarmó y amagó con seguirlo, pero luego volvió a relajarse sobre la almohada.

Roxy decía desde el otro lado de la puerta:

—Soy yo.

Maldiciendo por lo bajo, Dillon abrió la puerta.

—¿Qué diablos quieres? Me hiciste pensar que era la policía.

Roxy se abrió paso con facilidad en la habitación. Pareció sobresaltarse al ver el arma de Dillon.

—Lo lamento —se disculpó—. Pero, ¿han visto el diario?

—Tenía los ojos un poco salidos de las órbitas.

—Déjame ver —dijo Myra desde la cama.

Roxy le arrojó el diario.

—Tienen una gran crónica en él —expresó—. Supongo que ustedes dos ya han empezado.

Dillon se acercó y le quitó el diario a Myra. Leyó fríamente el relato y luego volvió a tirárselo.

—¿Qué te hace pensar que fui yo? —le preguntó a Roxy con suavidad.

A Roxy no le gustaba la mirada de sus ojos. Dijo, inquieto:

—Pues bien, simplemente lo supuse. Ningún pandillero de por aquí fanfarronea cuando hace un trabajo. Me imaginé que quizás ustedes habrían iniciado una nueva actitud.

Dillon fue hacia el espejo y se estudió la barba. Tanto Myra como Roxy lo observaban. Volvió la cabeza para poder mirarlos.

—No será lo último que esos pasquines publiquen acerca de mí —dijo—. Tendrán mucho que imprimir antes que yo haya terminado.

Durante las dos semanas siguientes Dillon llevó a cabo tres asaltos más. A propósito hacía que fueran pequeños: una estación de servicio y dos tiendas apartadas. Hizo el dinero suficiente como para estar seguro de vivir bien las semanas siguientes.

Aunque compartían una habitación, nunca volvió a darle a Myra otra oportunidad de manifestar sus sentimientos. Era frío e implacable con ella. Myra estaba allí para cumplir sus órdenes y nada más. Ella estaba segura de sí misma. Aceptaba su indiferencia y esperaba. Ahora sabía que él tenía sentimientos y que sólo era cuestión de tiempo.

Siguiendo una sugerencia de Roxy, se fueron de lo de la señorita Benbow y alquilaron un departamento pequeño fuera de la Grand Avenue.

Roxy creía que Strawn podría obtener información acerca de Dillon. Strawn no era ningún tonto y ardía por atrapar a alguien. Algún día Dillon sobrepasaría la línea y empezaría a disparar, razonaba Roxy, y él no pensaba estar allí cuando Strawn pidiera el coche celular. Lo razonaba cuidadosamente con Dillon:

—A este tipo Strawn le encanta ponerse duro. No tiene nada contra ti pero eso no le impediría buscarte y bajarte violentamente el copete si no tuviese nada mejor que hacer. Me parece que estarías mucho más seguro fuera de este antro.

Gracias a los esfuerzos de Roxy consiguieron otro departamento. Tenía una gran ventaja: estar cerca de la Union Station y tener dos entradas y, por ende, dos salidas. Además, señalaba Roxy, estaban a sólo una cuadra del Hospital General, de manera que, ¿qué más podrían pedir?

Una semana después de mudarse, Roxy los sorprendió con una visita tardía. Era un poco más de las once y Dillon estaba sentado

junto a la radio leyendo el diario. Myra practicaba pasos de baile en el otro extremo de la habitación. Se interrumpió para hacer entrar a Roxy. No tuvo más que mirarlo para darse cuenta de que estaba seriamente preocupado.

—¿Qué te aflige? —le preguntó vivamente.

Dillon giró en su silla y lo miró dura y atentamente. Roxy entró y se sentó en el brazo de un sillón. Se echó el sombrero para atrás.

—Tengo un peso en la mente —empezó—. ¿Conocen a Hurst?

—Lo conozco bien. ¿Qué hay con él? —dijo Dillon con impaciencia.

—La gente de Ernie lo anda buscando. Él se lo buscó y lo va a conseguir.

Dillon se encogió de hombros.

—¿Por qué afligirse? No hay que preocuparse por Hurst. ¿Y si efectivamente lo hacen desaparecer?

—No entiendes —dijo Roxy—. Si liquidan a Hurst va a haber un escándalo terrible. La policía va a tomar medidas enérgicas contra todo aquel a quien le puedan poner las manos encima. Hurst les paga muy bien y con seguridad los va a poner furiosos perder una fuente de ingresos así.

—¿Qué quiere decir eso de tomar medidas enérgicas? —preguntó Myra.

Roxy se movió con cierta impaciencia.

—Este tipo es muy importante. Los diarios lo ponen por las nubes. Los policías no van a tocar a Little Ernie. Es demasiado grande para ellos. Irán por el tipo más chico, como nosotros. Nos incriminarán en cualquier cosa o en todo para conseguir algún arresto.

—¿Hablas en serio? —preguntó Myra.

—¡Por Dios, claro que hablo en serio! Hay una sola cosa que hacer y es desaparecer rápido.

Dillon se puso de pie con rostro frío y firme.

—Ningún policía me va a incriminar a mí —dijo—. ¿Cómo diablos sabes que lo andan buscando?

—Se lo oí decir a Archer, uno de los muchachos de Emie. Anoche salió con Fan y se emborrachó. Fan siempre escucha con atención; lo sedujo y él habló. Lo van a arreglar esta noche.

Myra dio un paso hacia adelante.

—¿Esta noche?

Roxy asintió.

—Hurst tiene una mujer por la que está loco. Es la esposa de algún tipo de alta presión en el mundo financiero. Ella teme que el

viejo se entere de su infidelidad. Lo cierto es que se encuentra con Hurst de vez en cuando en un departamento. Hurst es lo bastante loco como para ir solo. Me imagino que teme que su guardaespaldas hable. El hecho es que cuando hace una de esas salidas va solo. Emie lo ha estado vigilando durante varias semanas y tiene claro el asunto. Van a ir a visitarlo y se la van a dar en el departamento.

Dillon saltó sobre sus pies.

—Busca la Tommy —farfulló—. Con seguridad que vamos a sorprender a esos atorrantes.

Myra lo miraba fijamente. Roxy lo interrumpió con rapidez:

—¿Vas a salvar a Hurst de ésta?

Dillon se volvió.

—Claro que voy a sacarlo de ésta. Es la oportunidad que he estado esperando. Escucha Roxy. Usa la cabeza. No vas a llegar a ninguna parte como asaltante solitario. Hay que unirse a Hurst. Ven con nosotros. Nos encontraremos en la planta baja.

Roxy meneó la cabeza negativamente.

—Sí. Es cierto que es una gran oportunidad… para un funeral grandioso. La pandilla de Little Emie sabe cómo manejar las armas. No voy a arriesgar mi pellejo por un individuo como Hurst.

—Tiene razón —apoyó Myra—. Olvídalo, ¿quieres?

Dillon sacó la Thompson del armario.

—¿Dónde se encuentra con la mujer? —preguntó.

—En una esquina en Diecisiete y Central, departamento 364

Roxy se dirigió hacia la puerta. Parecía ansioso por irse.

—Me parece que me voy a ir yendo. Sigan mi consejo. Hagan sus valijas y váyanse. Este distrito no va a ser muy saludable después de que hayan metido a Hurst en un sobretodo de madera.

Dillon esperó hasta que Roxy se hubo ido y entonces giró para encarar a Myra.

—Vas a venir —gruñó—. Ésta es nuestra gran oportunidad. Si dejamos que liquiden a Hurst la policía nos arrestará o nos obligará a huir. Vamos allí, sacamos a Hurst de este lío y él nos va a prestar atención.

Myra meneó la cabeza negativamente.

—Olvídalo —insistió con terquedad—. Si crees que voy a sacar la cabeza para que me la corten, estás loco.

Dillon alzó la Tommy. El delgado caño la apuntaba directamente.

—Escucha —dijo sin emoción—. Ésta es la oportunidad que he estado esperando. Si crees que voy a permitir que una macaca[5] cobarde como tú se ponga en mi camino, prepárate para otra cosa.

Si te echas atrás ahora te dejaré hecha un colador. ¿Entiendes? Puedo salir a la calle y conseguir algún otro infeliz que tenga las agallas necesarias para trabajar conmigo cuando yo quiera. Así que entiende bien esto, ahora y para siempre. Cooperas conmigo como yo quiero o...

La mirada perversa de sus ojos hizo que la boca de Myra se secara.

—No tienes que enfurecerte —tartamudeó—. Iré. No creí que te pareciera un asunto tan importante. Eso es todo.

Dillon bajó el afila.

—Tal vez te entre en la cabeza un día de éstos que cuando te digo qué hacer, debes hacerla de inmediato. —Sus ojos eran duros y suspicaces.

Ella caminó hacia la puerta y, de un tirón, tomó su sombrero y se lo puso.

—Vamos —dijo—. Estoy lista.

Una vez en el auto, manejó rápidamente pasando por el monumento a Washington y la estación Union, en dirección a Main Street. La marcha del auto era firme y segura, y Myra se abría paso en medio del tránsito, pero sin correr riesgos. No era el momento de entablar una discusión con un agente de tránsito. Dillon iba sentado a su lado, con la Thompson entre las rodillas, cubierta por su impermeable.

—Por el amor de Dios no permitas que esos tipos intenten nada —recomendó—. Dispárales en cuanto los veas. —Pasó con el Packard junto a un coche ruinoso y luego continuó: —Hurst se dará cuenta de que no hay ninguna tentativa de asesinato vinculada con esto.

—Uno de estos días te voy a cerrar ese pico para siempre. Hablas demasiado —masculló Dillon desde la oscuridad.

Myra no dijo nada. Los labios se le apretaron un poco pero se contuvo con un esfuerzo. Giró en la Dieciocho y detuvo el Packard en la esquina de Dieciocho y Central. Bajó del auto con rapidez. La Diecisiete estaba a una cuadra de distancia.

Siempre con la Thompson bajo la chaqueta, Dillon corrió tras ella. La casa de departamentos era uno de esos lugares discretos con todo automático y sin ningún encargado que controlara quién entraba o salía.

Myra se encaminó hacia la hilera de buzones. Miró a Dillon por encima del hombro.

—Es en el cuarto piso. ¿Qué te parece si tomamos el ascensor hasta el tercero y hacemos el resto a pie?

—Lo haremos desde aquí —decidió Dillon.

Subieron la escalera en silencio. En el tercer piso había dos tipos de aspecto recio apoyados perezosamente contra la pared. Miraron con dureza a Dillon, pero éste y Myra siguieron adelante. Myra sólo les dedicó una mirada casual. Dillon ni siquiera los miró, aunque, por cierto, los vio bien. En el cuarto piso no había nadie a la vista.

Algo jadeante por la subida dijo:

—Creo que esos dos tipos lo están esperando ahí abajo.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Volver y liquidarlos?

Dillon meneó la cabeza negativamente.

—Tal vez podamos avisarle a Hurst primero —dijo—. Yo subiré el próximo tramo de escaleras mientras tú tocas el timbre en su departamento. Si ellos suben intentaré algo. No dejes de tirarte al piso.

Con el corazón que le palpitaba con bastante fuerza, Myra lo vio desaparecer por la curva de la escalera. Entonces fue hasta la puerta del departamento y tocó el timbre. Lo podía oír sonar débilmente. No salió nadie.

Esperó con impaciencia y volvió a hacer sonar el timbre. Un leve sonido a sus espaldas la hizo volverse con rapidez. Los dos hombres habían subido y estaban parados en la parte alta de la escalera, mirándola. Myra mantenía el pulgar en el timbre y los miraba con descaro.

Uno de ellos dio dos pasos hacia adelante.

—Apártate de esa puerta, hermana —gruñó.

—No entiendo lo que me quieren decir —le contestó ella con el dedo hundido a fondo en el timbre.

El hombre se le acercó con rapidez y le pegó un golpe en la mano.

—Si chillas te pateo la jeta —le dijo en voz baja.

Ella retrocedió un poco hasta tocar la pared con el hombro. Lo miraba sin pronunciar palabra.

El otro hombre se desplazó un poco por la curva de la escalera y empezó a sacar el arma de la pistolera.

Dillon, que los observaba por entre los barrotes de la barandilla, no podía intentar nada debido a Myra.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre.

—¿Dónde está el fulano que vino contigo? —intervino el otro.

Eso sobresaltó al primero, que se había olvidado de Dillon. Rápidamente sacó un revólver.

—¡Dásela! —gritó Myra, y se arrojó al piso.

Dillon apretó el gatillo y la Thompson rugió. Mantenía alta la

boca del arma. El torrente de plomo cayó como un latigazo en la cara de los dos hombres. Dillon les lanzó sólo una descarga corta, pero fue suficiente.

El hombre permaneció de pie por un instante, con las manos a tientas delante de él. El frente de su cara había desaparecido sobre los hombros. Myra contuvo el aliento y volvió rápidamente la cabeza.

El individuo cayó cerca de ella. El otro tipo se enroscó en un rincón, con la parte superior de la cabeza arrancada de cuajo.

Dillon bajó las escaleras como un gato. Se quedó mirándolos sin curiosidad.

—¿Estás bien? —le preguntó a Myra. Ella se incorporó siempre apartando la mirada de los dos hombres. Estaba pálida, pero los ojos le brillaban por la furia contenida. —Llamé y llamé —susurró—. Y la rata cobarde que está adentro no vino. Estos dos podrían haberme matado, de no haber sido por ti.

Dillon se enderezó. Fue a golpear la puerta con la culata de la Thompson. Hizo mucho ruido.

—¡Abran! —gritó—. ¡Terminó la guerra!

La puerta se abrió unos centímetros y el rostro de una mujer aterrada lo miró. Estaba vestida con una bata anaranjada que apretaba fuertemente contra sí. Dillon podía ver su silueta delineada claramente bajo la seda. Detrás de ella, con el rostro retorciéndosele de terror, estaba Hurst. Sostenía un pesado revólver en la mano. Tenía los pelos de punta y la tez del color del barro sucio.

—Hemos liquidado a estos dos asesinos —dijo Dillon meneando la cabeza en dirección a los dos cuerpos—. Son de la banda de Little Emie.

—¿Quién es usted? —tartajeó la mujer.

—Mi nombre es Dillon.

—¡Por el amor de Dios, déjalos entrar! —gruñó Hurst—. La policía estará aquí dentro de un minuto.

—Entren —accedió la mujer.

Dillon entró en el departamento, seguido por Myra. La mujer cerró la puerta con apuro.

Hurst cubría a Dillon con su arma.

—Ponga esa Thompson en el piso —ordenó.

Dillon lo miró fijamente, se encogió de hombros y depositó la ametralladora en el piso. Caminó unos pasos más allá de Hurst.

—Vamos —le espetó éste—. ¿Qué demonios pasa?

—Little Emie anda buscándolo. Mandó acá a esos dos infelices.

Yo me enteré y vine enseguida. Eso es todo.

Hurst titubeó y luego dijo:

—Espere.

Fue hasta el teléfono y discó. Se quedó parado allí, con el revólver todavía amenazante, esperando que se estableciera la comunicación. Oyeron el leve "plop" cuando alguien atendió la llamada del otro lado.

—¿McGovem? —preguntó Hurst—. Escucha. Acá ha habido una pelea y a dos de los muchachos de Emie les ha ocurrido una desgracia. Envía un furgón a recogerlos. Esto hay que taparlo, ¿entiendes? Ven pronto y saca a esos pájaros de aquí. Iré a conversar por allí más tarde. No quiero que hagan preguntas aquí. ¿Lo entiendes bien? —Escuchó un momento y luego colgó.

Puso el revólver sobre la mesa y encendió un cigarrillo.

Myra veía que la mano todavía le temblaba. Miró a la mujer y meneó la cabeza.

—Vístete pronto —le dijo—. Es posible que los cazadores de noticias empiecen a zumbar.

La mujer fue a la otra habitación y cerró la puerta. Hurst se pasó los dedos por el cabello y miró a Dillon.

—¿Qué significa eso de meterse en mi pelea?

Dillon mostró los dientes en una sonrisa tristona.

—Me parece que usted no se sabe cuidar muy bien. De todos modos, se me ocurrió que ya es hora de que usted y yo nos unamos.

—Usted es el que ha estado asaltando todas esas estaciones de servicio, ¿no? —Hurst lo observaba atentamente.

Dillon asintió.

—Claro. Estoy pensando en unirme a una pandilla como la suya y hacer algo en grande.

Hurst se miraba las uñas y meditaba. Por fin levantó la mirada.

—Creo que podríamos conversar acerca de esto en algún momento —accedió—. ¿Qué le parece si va a verme mañana?

—Eso es lo que haré —contestó Dillon.

Hurst meneó la cabeza en dirección a la otra puerta. —Tengo que sacar a esa muchacha de aquí. No tengo tiempo de hablar con usted ahora. Ha hecho un magnífico trabajo... no crea que no estoy infinitamente agradecido.

Dillon se trasladó a la puerta del frente.

—Lo veré mañana —dijo, y salió seguido por Myra.

Dos policías subían la escalera corriendo. Amenazaron a Dillon con sus armas. Hurst los oyó y salió enseguida.

—Dejen pasar a esos dos —dijo—. Éstos son los fiambres de los

que tienen que ocuparse. —Señaló los dos cadáveres que yacían en el piso.

Los policías miraron detenidamente a Dillon y a Myra al pasar junto a ellos. Sus miradas estaban llenas de curiosidad. Nunca los habían visto antes.

Dillon guardó la Thompson bajo la chaqueta y caminó rápidamente. Estaba contento de salir a la calle. En el auto, en el camino de vuelta, dijo:

—Creo que estamos avanzando en la dirección correcta. Este pajarraco de Hurst nos llevará justo a donde queremos llegar… ya verás.

Después de dejar el auto en el garaje del sótano subieron a tientas a su departamento. Él iba adelante. A mitad del camino Myra dio un paso en falso deliberado y tropezó con Dillon.

Él maldijo cuando el peso de ella lo golpeó y, para salvarse de caer, giró y trató de agarrada. Myra sintió cómo sus manos duras le aferraban la cintura. Sentir sus manos por primera vez la hizo desfallecer. Permanecieron así en la oscuridad, las manos de él hundiéndose en la carne de ella.

—¿No puedes mirar dónde caminas? —dijo Dillon por fin. No retiró las manos, sino que las corrió un poco de manera que quedaron justo debajo de sus pechos.

Myra no dijo nada. El contacto con Dillon la paralizaba. El fuego que había ardido por él dentro de ella se atizó de tal manera que lo único que podía hacer era dejarse estar blandamente contra él, deseando que no se moviera.

De repente él apartó las manos y dio un paso hacia arriba.

—Subamos, por el amor de Dios —dijo con voz pastosa—. ¿Vas a quedarte aquí parada toda la noche?

Siguieron subiendo. Él se mantenía a un paso por delante de ella, que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo y oír su respiración jadeante.

En el departamento, Dillon encendió la luz. Myra le veía el rostro brillante y una mirada salvaje que nunca había visto antes en sus ojos. Se apoyó contra la pared, con la boca medio floja, mirándolo con los ojos entrecerrados.

Quedaron el uno frente al otro y entonces, sin moverse, Myra dijo:

—Ahora…

Dillon se pasó la lengua por los labios. Ella podía ver cómo su urgencia luchaba contra su cautela. Adelantándose, Myra pasó junto a él y se sentó en la cama. Puso las manos para atrás y se reclinó.

La sangre subió a la cara de Dillon hasta que se la vio congestionada. Myra vio cómo la boca de él se retorcía y se dejó caer hacia atrás sobre la cama. Dillon fue hacia ella y, tendiendo la mano, aferró el escote de su vestido y rasgó salvajemente la tela ligera que la cubría.

Ella lo recibió triunfalmente y se entregó a su posesión urgente y feroz.

Tercera Parte

Afuera, la lluvia golpeaba las ventanas. Abajo, las calles estaban vacías y relucientes a la luz amarilla de los faroles.

Myra recorría inquieta la habitación, con un cigarrillo en la boca. Ni noticias de Dillon. Miró el reloj con impaciencia. Luego se volvió y, apartando la cortina, miró a la calle vacía.

Su mente hervía de dudas. Fue hasta el teléfono, levantó el receptor, vaciló y volvió a colgar. ¿Dónde diablos estaba Dillon?, seguía preguntándose. Había dicho que estaría de vuelta a las nueve y ya eran las once pasadas.

Fue hasta su dormitorio y encendió el velador. La habitación estaba bien amueblada y parecía un decorado cinematográfico. Se quedó mirando en torno, sin ver nada.

Habían pasado seis meses desde el día en que salvaron a Hurst. Seis meses de agitación y actividad febril. Hurst los recompensó por lo que habían hecho. Dillon era ahora su mano derecha. Ya no eran pistoleros sin importancia. Eran ricos. El trabajo de Dillon consistía en ocuparse de que los negocios de Hurst se deslizaran sin problemas. Tenía una pandilla violenta trabajando para él, mientras Hurst se limitaba a estar en un segundo plano y contar el dinero que entraba en abundancia.

El negocio de Hurst consistía en la fabricación de máquinas automáticas de todas clases. Tenía máquinas de juego, máquinas cinematográficas de índole dudosa, máquinas expendedoras de comida, de cigarrillos y hasta de profilácticos.

Aparentemente, era un negocio limpio. Era el lugar donde colocaba las máquinas lo que convertía su juego en una estafa.

Su pandilla andaba en un camión instalando las máquinas en tiendas y hoteles pequeños, en casas de departamentos y otros lugares semejantes. Los propietarios eran obligados a aceptarlas. Los que eran lo bastante estúpidos como para resistir recibían una paliza o veían sus vidrieras destrozadas. No obtenían ninguna comisión de las máquinas y Hurts no tenía gastos. Todas las

semanas mandaba hombres a recoger el dinero y hacía un pingüe negocio. Sus máquinas de juego eran infalibles. Infalibles para Hurst. Era imposible que los crédulos ganaran nada en ellas, pero seguían intentándolo. Tenía más de seis mil máquinas en funcionamiento.

Fue Myra quien sugirió las escuelas. Hurst temía que hubiera un escándalo, pero Myra lo había planeado cuidadosamente. Casi todas las escuelas tenían una tienda de golosinas predilecta y fue en la tienda de golosinas donde se plantó la máquina automática. Colocaron una máquina de películas obscenas y una de juego y los chicos gastaban todo el dinero que tenían para golosinas en esas máquinas, que representaba un ingreso nuevo y suculento.

Dillon tenía a todos los comerciantes al trote. Su trabajo era encontrar nuevos lugares en los que instalar las máquinas automáticas y en supervisar la recolección del dinero. Hurst le daba una participación del diez por ciento sobre lo que le entregaba.

No era exactamente el gran trabajo que Dillon había planeado pero les estaba representando mil quinientos dólares por semana. Además, él dirigía una pandilla y por cierto que una bien violenta.

Myra tenía dinero para derrochar. Se mantenía alejada del centro de operaciones de Dillon y hacía la vida de la esposa de un hombre de negocios acaudalado.

Durante seis meses, Dillon había estado volviendo a eso de las nueve todas las noches y entonces salían a comer algo, y ahora no había el menor indicio de él.

Se preguntaba si se habría metido en dificultades. Después de su única tentativa de librarse de Hurst, Little Emie se había retirado a un segundo plano. Myra empezaba a creer que lo habrían liquidado en un tiroteo.

De repente sonó el timbre, sobresaltándola. Corrió hacia la puerta del departamento. Roxy estaba allí, con el sombrero blando echado sobre los ojos y las manos en los bolsillos.

—¡Hola, Roxy! —dijo Myra. Se alegraba de verlo.

—Hola, nena. —Roxy la miraba sonriente—. Hacía mucho que no te veía.

—Entra. —Myra se hizo a un lado para dejarlo pasar. Roxy entró sin apuro y dejó que sus ojos recorrieran la habitación. Alzó un poco las cejas.

—Tienen un lugar magnífico —observó.

—¿Te gusta? —Myra lo condujo al sofá de cuero.

—Claro. Me parece muy elegante. Deben de estar ganando dinero a manos llenas.

—Vamos tirando —asintió Myra—. Y a ti, Roxy, ¿cómo te va?

Roxy se encogió de hombros.

—Más o menos como siempre. Quisiera algo más estable, pero no me quejo.

—Tal vez Dillon pueda acomodarte.

—¿Te parece que lo haría? —Parecía ansioso.

—Creo que se alegrará de hacerla. Le hablaré cuando aparezca. —La mirada de inseguridad había vuelto.

—¿No anda por aquí? —Roxy estaba decepcionado—. Esperaba verlo.

Myra meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Estoy preocupada —dijo—. No me ha llamado ni nada.

Roxy se reclinó en el sofá.

—Bueno ya va a venir... verás.

Myra se movía por la habitación.

—¿Qué vas a tomar, Roxy? —preguntó.

—Un whisky, si tienes. Ustedes sí que han progresado en el mundo. —La miró mezclar las bebidas y luego dijo con tono casual:

—¿Te enteraste de lo de Fan?

Myra se acercó y le dio el whisky.

—No —dijo—. ¿Qué ha andado haciendo?

Roxy levantó el vaso contra la luz y miró el licor pensativamente.

—Se mandó a mudar hace unas tres semanas. Me dejó plantado. La extraño.

Myra levantó las cejas.

—¿Y por qué hizo una cosa así?

—Ya sabes cómo son las cosas. Nos llevábamos bien, pero no teníamos una muy buena opinión uno del otro. Conoció a algún tipo que tiene un montón de plata y se juntó con él.

—¿Quién es el tipo?

—No me lo dijo —contestó Roxy, estirando las piernas y mirándose los pies—. Se fue en forma misteriosa. Ni siquiera dejó una dirección. Sólo dijo que había encontrado a un tipo que iba a mantenerla por un tiempo, y se fue.

Oyeron el chasquido de la puerta de entrada y Dillon entró. Se quedó en el vano de la puerta mirando a Roxy, un poco sobresaltado. Roxy puso el vaso sobre la mesa y se incorporó.

—Hola, amigo. Es un gusto verte —dijo.

Dillon se acercó y se dieron la mano. No miraba a Myra.

—¡Caramba! ¡Qué sorpresa! —dijo.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Myra—. Estoy muerta de

hambre.

Dillon la miró.

—Sí. Creo que te jugué una mala pasada. Hurst me retuvo justo cuando me iba y estuvo dándome la lata hasta ahora. Querría haberte dado un golpe de teléfono, pero ya sabes cómo son estas cosas.

Myra se aflojó un poco.

—Me estaba poniendo nerviosa. Pensé que habrías tenido una pelea.

—Yo no me meto en peleas —sonrió Dillon—. Éstos son negocios.

Roxy pensó que mentía, pero no estaba seguro.

—Escucha, querido —dijo Myra—. ¿Puedes hacer un lugar a Roxy en tu equipo?

Dillon vaciló un momento y luego asintió.

—Por supuesto. Con el mayor gusto. ¿Qué te parece si vienes a la oficina mañana y lo charlamos?

Roxy estaba impresionado a pesar de sí mismo. Ahora Dillon era realmente un personaje importante. Asintió.

—Bueno, ahora me voy —dijo—. Ustedes dos quieren comer.

Myra lo acompañó hasta la puerta.

—Buenas noches, Roxy. No te preocupes. Él te encontrará un trabajo. Estamos en deuda contigo.

Roxy saludó sonriente y se marchó. Myra volvió.

—¿Qué te parece si comemos algo aquí? —propuso—. Es demasiado tarde para salir.

Dillon estaba recostado en un sillón, con los ojos entrecerrados.

—Come tú. Yo ya he comido algo.

Myra se quedó mirándolo, su mente de repente suspicaz. Iba a decir algo, pero cambió de idea. Fue a la cocina y se preparó un sándwich de carne. Se quedó allí, apoyada contra la mesa, pensando. Cuando terminó el sándwich volvió al otro cuarto.

Dillon había entrado en el dormitorio. Myra oía correr el agua en el baño. Terminó su whisky y encendió un cigarrillo. Se quedó esperando hasta que lo oyó entrar en el baño. Entonces fue hasta el teléfono y discó un número.

Hurst atendió. Sonaba irritado.

—Señor Hurst. Estoy preocupada por Dillon —dijo Myra—. Usted no lo vio, ¿no?

—¿No volvió? —Hurst sonaba aburrido—. No. No sé dónde está... No lo he visto en todo el día.

—¿No estuvo con usted esta noche?

—Le digo que no lo he visto en todo el día —replicó Hurst—. ¡Ya volverá! —y colgó.

Myra dejó caer el receptor en la horquilla. Tenía la mirada tormentosa. Había una sola razón por la que Dillon le había mentido. Así que el sinvergüenza le estaba siendo infiel. ¿Quién era la mujer? Las manos de Myra se apretaron a los costados de su cuerpo mientras una ola tras otra de furor la atravesaban. Por un instante acarició la idea de matarlo en el acto, pero sabía que ahora él gozaba de una posición demasiado fuerte como para ser eliminado. Sabía que sin Dillon tendría que empezar de nuevo. Ya no tendría un departamento ni dinero... No, no se lo podía tocar. Era a la mujer a quien tendría que buscar.

Su furia se calmaba a medida que consideraba el problema.

Cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta del peligro que ella misma corría. Si Dillon hubiera encontrado a alguien que realmente lo complaciera, nada le impediría abandonarla. Tenía a Hurst y a una pandilla violenta a sus espaldas, y aunque ella le había dado ideas y lo había ayudado, sabía que él era lo bastante cruel como para hacerla a un lado si trataba de causarle problemas.

Fue al dormitorio y empezó a desvestirse. Dillon salió del baño canturreando. Vio su rostro en el espejo. Su mirada era opaca. Tenía ojeras oscuras que le daban un aspecto cansado y pesado. Myra contuvo el aliento mientras seguía allí sentada, con el corazón palpitándole con fuerza.

Dillon se metió en la cama y apagó su velador.

—Vamos —dijo—. Quiero dormir.

Ella se puso de pie mientras seguía pasando un peine por el cabello.

—Sí que estás cansado esta noche —dijo, tratando con un esfuerzo de que su voz se mantuviera firme.

—Sí —gruñó Dillon—. Estoy muerto de cansancio. Métete en la cama, por el amor de Dios.

Myra dejó el peine en el tocador y se le acercó. Se sentó en la cama, mirándolo con ojos relucientes.

—¿Me meto en la cama contigo? —casi le gruñó.

El rostro pesado de Dillon se endureció. Se incorporó sobre el codo.

—¿No te he dicho que estoy destruido? —le espetó—. Métete en la cama. Quiero dormir.

—¿Demasiado cansado, hasta para hacer el amor?

La furia contenida lo despabiló.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó—. ¿No puedo cansarme

alguna vez?

—No de la manera en que te has estado cansando —chilló ella —. ¡Estoy al tanto!...

Dillon apartó las cobijas de la cama y puso los pies en el piso. Tendió la mano y le aferró la garganta. Ella le pegaba, enloquecida, pero el brazo de él era demasiado largo. La apartó.

—Así son las cosas, ¿no? —dijo con suavidad—. Te estás agrandando demasiado. Sólo porque te hice el amor algunas veces crees que puedes fanfarronear. Pues bien, hermana, aquí tienes.

Le pegó con fuerza en la cara con la mano abierta, soltándole al mismo tiempo la garganta.

—Ahora duérmete y cierra el pico. No tienes nada más que cualquier otra mujer, ¿entiendes?

Se tapó bien con las cobijas y apagó la luz. Myra quedó sollozando de furia en el piso frío.

Dillon usaba el Salón de Billares de Jakie en la calle Diecinueve como centro de operaciones. Los muchachos pasaban mucho tiempo dándole a las bolas de billar mientras esperaban que surgiera algo. Dillon tenía una pequeña oficina en el extremo más alejado de los Billares. Era todo un lugar. Tenía un escritorio de tapa corrediza y varias sillas modernas de cromo y cuero. La puerta tenía un panel de vidrio esmerilado con las palabras Automatics LTD pintadas y, en letras más pequeñas, en el extremo inferior derecho, Gerente. A Dillon le gustaba eso. Lo hacía sentir bien.

Cuando apareció Roxy temprano por la tarde, el Salón de Billares estaba lleno. Los muchachos de Dillon bebían, charlaban y jugaban al snooker. Levantaron la mirada cuando entró Roxy, lo miraron con suspicacia y se miraron entre ellos.

Roxy permaneció de pie en la puerta con el sombrero inclinado sobre los ojos.

—¿Está el señor Dillon? —preguntó.

Uno de ellos meneó el pulgar en dirección a la puerta de la oficina.

—Ahí dentro —dijo lacónicamente.

Roxy se encaminó hacia allí. De repente, un individuo grandote se le puso en el camino.

—¡Oiga! —le dijo—. ¿A dónde va?

—Quiero ver a Dillon —respondió Roxy con paciencia.

—Espere. —El hombre lo palpó por todas partes, buscando a tientas un revólver, luego golpeó la puerta y metió la cabeza

adentro de la oficina. Después de un momento se retiró y le hizo a Roxy un gesto de asentimiento.

—Adelante. Está bien.

Dillon hojeaba un periódico, medio oculto por la tapa del escritorio. Levantó la mirada y miró pensativamente a Roxy.

—¡Caramba! Verdaderamente el hombre importante —comentó éste.

—Entra y cierra la puerta —le indicó Dillon con frialdad.

Roxy cerró la puerta y se sentó. Pasó los dedos sobre los muebles.

—Cálido, ¿no? —dijo con admiración—. Éste es todo un lugar.

Dillon abrió un cajón y sacó una caja de cigarros. Los empujó hacia Roxy.

—¿Quieres unirte? —preguntó.

Roxy eligió un cigarro, le arrancó una de las puntas de un mordiscón y la escupió.

—Sí. Me gustaría entrar en algo permanente. El oficio se está yendo al diablo.

Dillon lo miró pensativamente.

—Lo que voy a decirte no tiene que salir de acá —le dijo en voz baja.

Roxy parecía un poco sobresaltado, pero asintió.

—Claro. Yo no hablo. Tú ya deberías saberlo.

Dillon acercó su silla de un tirón.

—Creo que eres el tipo que he estado buscando —Dijo—. Tal vez me equivoque, pero no lo creo. Escucha. En este momento estoy manejando el asunto de las máquinas automáticas y hago unos mil quinientos por semana. Bueno, pero nada como para volverse loco. Hurst tiene una organización fenomenal. Tiene protección. Tiene una banda verdaderamente violenta trabajando para él. Hurst llega hasta cierto punto, pero no hasta el límite. Con su organización, podría hacerlo.

Roxy chupó su cigarro, dejando que el humo espeso se deslizara de su boca.

—¿Cuál es el límite? —preguntó.

—Little Emie es el límite —contestó Dillon muy quedamente.

Los ojos de Roxy se entrecerraron.

—No entiendo —dijo.

—Quiero apoderarme de su parte de la ciudad. Hurst no querrá, pero presumo que si yo lo hiciera, tendría que ponerse de mi parte y aceptarlo.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —preguntó Roxy con

cautela.

Dillon le lanzó una mirada dura.

—Manejar toda la ciudad sería muy difícil para mí. Tengo que tener a alguien en quien pueda confiar. Formarías parte de esto desde el principio.

—Tal vez Hurst no lo toleraría —dijo Roxy.

Dillon se puso de pie y se dirigió hacia la puerta, la abrió, miró afuera y luego volvió y acercó su cabeza a la de Roxy.

—Tal vez lo que Hurst diga no cuente más.

Roxy lo miró en los ojos negros. Desechó incómodo la malevolencia que vio en ellos. Retiró con apuro la mirada y estudió la ceniza gris del cigarro.

—¿La pandilla te respalda? —preguntó.

—Sí. Esos tipos que están afuera me ven todo el tiempo. Les digo que hagan esto o aquello y lo hacen. Muy bien, cuando pase el tiempo y Hurst desaparezca, no van a hacer preguntas. Seguirán cumpliendo mis órdenes... ¿entiendes?

Roxy pensó un momento y luego declaró:

—Es una gran idea.

—Sí. Creo que es una gran idea, por cierto.

—Apuesto a que Myra piensa que sería una hazaña —dijo Roxy.

—Esa mujer no cuenta —dijo Dillon con el entrecejo fruncido y con frialdad—. Se le están metiendo grandes ideas en la cabeza, y uno de estos días se va a encontrar con una sorpresa.

Roxy pareció sobresaltado.

—Me gusta Myra —murmuró—. Tiene lo que hay que tener.

Dillon se encogió de hombros y se puso de pie.

—Cuando esté listo te avisaré —dijo—. ¿Puedo contar contigo?

—Por supuesto que puedes contar conmigo. He estado esperando una oportunidad como ésta bastante tiempo. Creo que fui demasiado cauteloso cuando andaba con Fan. De paso, ¿la has visto?

Dillon le lanzó una mirada veloz y plena de suspicacia.

—No la he visto —dijo.

Roxy se sentó al borde de la mesa.

—Escucha, camarada —dijo sin expresión—. No empecemos este juego con una traición. Yo no estoy enojado porque me hayas birlado a Fan. La extraño como extrañaría un mazo de cartas al que estuviera acostumbrado, eso es todo.

Dillon apretó los puños. Miró a Roxy con ojos centelleantes.

—¿Me has estado investigando? —preguntó con un sonido áspero en la voz.

—¡Demonios! Yo no haría nada así —se apresuró a decir Roxy —. Oí…

—Va a ser mejor que esto no llegue más lejos. No quiero que a esa tontita de Myra empiecen a ocurrírsele cosas acerca de Fan.

Roxy meneó la cabeza.

—No es ninguna estúpida. Vigílala. Lo descubrirá.

Dillon empezó a recorrer la pequeña oficina.

—Esa hembra me está poniendo nervioso. Creo que está acabada conmigo. Tendrá que mandarse a mudar.

Roxy depositó la ceniza del cigarro en el cenicero.

—Tendrás problemas —observó—. Yo que tú cuidaría cómo manejarla.

Dillon le lanzó una mirada fría.

—Puedo manejarla —dijo—. No metas la nariz en esto. Por otra parte, ¿qué te parece si te pones a trabajar y te informas bien acerca del territorio de Little Emie? Lo que quiero es una lista de todas las tiendas, los hoteles insignificantes y de otros lugares semejantes que podrían recibir una máquina automática. Haz una recorrida y échale una mirada al terreno. Ya estás en la lista de pagos, así que sería bueno que te acostumbraras a trabajar un poco:

—Entiendo —sonrió Roxy—. ¿Cuánto estás pagando?

—Te daré doscientos dólares y el diez por ciento de la recaudación cuando nos pongamos en marcha.

Roxy se encogió de hombros.

—Creo que tienes razón en cuanto a deshacerse de los peces gordos. Me vendría bien un poco de sus tajadas.

Cuando se hubo ido, Dillon fue hasta el teléfono y llamó a Fanquist. La lenta tonada de ella flotó hasta su oído. —Escucha, nena —dijo, hablando muy cerca del micrófono—. Acabo de conversar con Roxy. Está enterado, pero está jugando limpio. Lo he arreglado para que trabaje para mí y no va a intentar hacer ningún lío.

Fanquist empezó su vieja queja.

—¿Cuándo nos vamos a juntar de verdad? Estoy harta de esa proeza tuya de saltar dentro y fuera de la cama.

—Todavía no es el momento —contestó Dillon con severidad—. Hay que controlar a Myra.

—¿Por qué no arrojas a esa culona a la basura? —barbotó Fanquist. De repente, su voz se volvió estridente y furiosa.

—Te digo que todavía no es el momento —gruñó Dillon—. ¿Qué te parece si dejas esto a mi cargo?

—¿Te veo hoy?

Dillon miró en torno de su oficina con una expresión agobiada en el rostro.

—Tienes que tener paciencia —comenzó a decir.

—Ésa es otra música de la que me estoy cansando —lo interrumpió Fanquist con amargura—. Me tienes harta. Creo que soy una estúpida por aguantado. Pues bien, si eso es lo que sientes, puedes mantenerte lejos de mí. —Colgó.

Dillon puso el receptor en la horquilla de un golpe y se secó la cara con un pañuelo. "Las mujeres son el infierno", pensó. Antes de que Myra apareciera y él empezara a juguetear con ella, había tratado a las mujeres a las patadas. Ahora lo tenían arrastrándose. ¿Qué demonios le había pasado?

La puerta se abrió y entró Hurst. Durante un momento Dillon se sintió sobresaltado. Hurst nunca iba a ese lugar. Se puso de pie. Hurst lo miró pensativamente y luego lo saludó con un movimiento de cabeza. Se acercó a una silla y se sentó.

—Pasaba por aquí y pensé en entrar y oír cómo iban las cosas —dijo.

Dillon se sentó.

—Andan bien.

—¿Ningún problema?

Dillon negó con la cabeza. Sonrió con amabilidad.

—Caramba, señor Hurst. Creo que las cosas están yendo muy bien en este momento.

Hurst lo estaba mirando de manera extraña o él estaba imaginando cosas.

De golpe dijo:

—¿Qué pasa con tu amiga?

Dillon alzó los ojos. Un músculo de su mandíbula se crispó.

—¿Con Myra? No entiendo.

Hurst se encogió de hombros.

—Anoche me sacó de un juego para preguntarme dónde estabas.

Dillon se sintió helado de repente.

—Oh, siempre se pone así cuando tardo un poquito —dijo al descuido—. Le diré que no lo moleste.

Hurst se puso de pie.

—Está bien —dijo—. Sólo por curiosidad. —Se dirigió hacia la puerta. Con el picaporte en la mano, miró hacia atrás por encima del hombro—. No le estarás causando problemas a Little Emie, ¿verdad?

Dillon ya sabía para qué había venido. Desde que Little Emie había mandado dos pistoleros a liquidarlo, Hurst estaba muerto de

miedo de que hubiera cualquier otro problema.

Dillon meneó la cabeza negativamente.

—Los estamos dejando tranquilos —dijo suavemente, y sonrió para sí. A ese infeliz le daría un ataque si supiera lo que iba a pasar.

—Eso es —asintió Hurst—. Deja tranquilos a esos tipos. Podemos arreglárnoslas sin pisarles los callos.

Dillon lo miró irse, y cuando la puerta se hubo cerrado estiró el cuello y escupió malignamente en el recipiente de bronce que tenía junto al escritorio.

La noticia de que Myra sabía que él no había estado con Hurst la noche anterior lo enfurecía. Se reclinó en su sillón y trató de reconstruir la escena para ambos. Myra no era ninguna estúpida. Sabía que había otra mujer. El entrecejo se le aflojó. "Dejémosla intentar algo", se dijo. Si ella creía que podía llevarlo por delante la esperaba una sorpresa. Hurst y Myra. Los dos sabían demasiado para su bienestar. Tal vez... Estaba sentado allí pensando. Sí, tal vez... Tendría que vigilarlos. Parecía que iba a tener que hacer algo.

Su rostro frío y resentido se puso sombríamente decidido.

Myra esperó hasta que él salió del departamento y entonces empezó una búsqueda sistemática. Sabía que Dillon no tenía cabeza para las direcciones. Estaba segura de que en alguna parte encontraría una pista que la llevaría hasta esa hembra. Con rostro duro y decidido, y manos impacientes, revisó cuidadosamente el ropero de Dillon. Dio vuelta todos los bolsillos sin encontrar nada. Revisó todos sus cajones, teniendo cuidado de no desordenar nada, pero nuevamente sin éxito.

Volvió a sentarse en la cama a pensar. Eso no le estaba dando ningún resultado. Él tenía que haber anotado la dirección. Estaba segura. La única posibilidad era que la llevara encima, lo que dificultaría las cosas. Se dirigió a su armario una vez más. Tres camisas de vestir sucias le llamaron la atención. Estaban colgadas en una percha. Él había sido demasiado perezoso como para tirarlas para el lavado.

En el puño de una de ellas, encontró lo que estaba buscando. Garabateada en lápiz había una dirección: Avenida Sunset 158.

Se quedó parada allí, con la camisa en la mano mientras un furor frío la arrasaba.

—Ya verás, hijo de puta infiel. Esa puta tuya va a sufrir un shock.

Después de reponer la camisa cuidadosamente en el armario, fue

hasta su cajón y encontró su revólver. Era como un juguete con mango de madreperla, sumamente desagradable de tener muy cerca. Se puso el sombrero y el abrigo y metió el revólver en la cartera. Luego vaciló. Tal vez ése no fuera exactamente el trabajo para un revólver. Su boca mostró una sonrisita dura. Del cajón de Dillon sacó un trozo de manguera de goma sólida. La sopesó pensativamente en la mano. Luego, después de enroscar la correa en la muñeca, se metió la manguera debajo de la manga.

Cerró de un golpe la puerta principal detrás de sí y tomó el ascensor para bajar. Un taxi amarillo se arrimó con rapidez al cordón de la vereda y ella asintió lacónicamente.

—Sunset Avenue —indicó—. Y azote su caballo.

El taxi arrancó de un tirón.

—Ésta es una ciudad endemoniada —comentó el conductor—. Todavía no di con nadie que no estuviera apurado.

Myra no estaba de humor para hablar. No dijo nada. El taxista la estudió por el espejo, pensó que era linda y dejó las cosas así.

La Sunset Avenue estaba en el extremo más alejado de la ciudad. Tardaron una buena media hora en llegar. De repente el conductor clavó los frenos.

—Es acá, señora. ¿Qué número busca?

—Está bien... pare aquí —le respondió Myra. Bajó del auto y le pagó. Luego anduvo lentamente buscando el 158. Su furia ya ardía cuando lo encontró. El lugar era un cuidado chalecito, en medio de un jardín de regular tamaño. "Debe de costar bastante mantener un lugar así", pensó, y vaciló por un momento. Tal vez había cometido un error. El lugar podía ser la guarida de alguno de los compañeros de negocios de Dillon. Su paso vaciló. Luego pensó que, si había llegado tan lejos, no le llevaría mucho tiempo verificado.

Subió por el sendero de baldosas y tocó el timbre. Se quedó esperando, insegura de sí misma. La puerta se abrió de un tirón y Fanquist la miró boquiabierta.

Fue un verdadero golpe para Myra. Lo vio como en un relámpago. Dillon era el ricachón que le estaba asegurando a esa atorranta[6] un buen pasar.

—Hola, apuesto a que ésta es una sorpresa —dijo con suavidad.

Fanquist recuperó el ánimo.

—¡Mi Dios, la nena otra vez! ¿Qué diablos haces aquí?

—Dillon me contó que te habías mudado, así que pensé en venir a verte —dijo Myra.

—¿Dillon te lo dijo? —Los ojos de Fanquist se endurecieron.

Myra asintió.

—Claro. ¿Puedo entrar? Me encantaría echar un vistazo.

Fanquist permaneció firme en la puerta. Dijo con voz dura:

—¡Lárgate de aquí... vamos, mándate a mudar!

Myra vio a dos hombres que venían tranquilos por la calle.

Tenía que entrar enseguida. Todavía con una sonrisa dijo:

—Pero, Fan, ése no es modo de hablar. Tengo un mensaje para ti. —Abrió la cartera con aire casual. Fanquist la vigilaba, con una mirada de desconcierto. Se preguntaba dónde diablos conduciría todo eso.

Myra sacó el revólver de la cartera y se lo mostró a Fanquist.

—Métete adentro, callejera chueca —ordenó.

Los ojos se Fanquist se abrieron muy grandes y se puso blanca debajo del maquillaje. Dio un paso atrás y Myra entró y cerró la puerta.

El vestíbulo daba a un gran living—room y Myra empujó a Fanquist hacia allí. La habitación estaba lujosamente amueblada.

—Así que éste es el nido de amor, ¿no? —dijo entre dientes.

—Vas a lamentar esto... Espera a que él se entere —tartamudeó Fanquist.

—Siéntate, perra —ordenó Myra—. Tengo mucho que hablar contigo.

—No me asustas —dijo Fanquist con aspereza—. Será mejor que te vayas, y rápido.

—Siéntate —repitió Myra. Tenía una mano en la espalda, arrancando la cachiporra de goma de debajo de su manga.

Ciertamente Fanquist estaba recuperando el ánimo. Gruñó:

—Ese revólver no va a llevarte a ninguna parte. ¡Lárgate!

Myra blandió la goma y le pegó en medio de la cara.

Fanquist se tambaleó hacia atrás, la silla le pegó detrás de las rodillas y se desplomó sobre ella. Mantenía ambas manos sobre la cara, muda por el dolor. Myra dio un paso atrás y esperó.

—Tal vez la próxima te haga saltar —dijo.

—Vas a pagar por esto —jadeó Fanquist—. ¡Mi Dios, cómo vas a pagar por esto!

—Escucha, infeliz. Te vas a ir de esta ciudad pronto, y no vas a volver. Es una advertencia.

Fanquist se quitó las manos de la cara. Los ojos le brillaban de una manera asesina. De repente gritó:

—No puedes hacerme ir... Dillon es mío ahora... Es mío, ¿oyes?

El rostro de Myra estaba duro. Dio un paso adelante. El 25 apuntaba directamente a Fanquist.

—Eso es lo que tú dices —le espetó—. Sí que te irás, y para

siempre.

Fanquist se movió como una víbora a punto de atacar. Le dio a Myra un golpe en la mano que mandó el revólver volando a través de la habitación. Al mismo tiempo saltó hacia adelante con la cabeza baja y aferró la cintura de Myra con la manos.

Ésta cayó hacia atrás con Fanquist encima de ella. Ambas golpearon el piso con un estrépito que sacudió la habitación. Fanquist cambió de lugar las manos con rapidez tratando de agarrar la garganta de Myra. Ésta bajó la barbilla, de manera tal que Fanquist sólo pudo aferrar la mandíbula. Haciendo girar la goma hacia arriba, Myra la alcanzó en el hombro. Fue un golpe dado casi a ciegas, pero que hizo chillar a Fanquist. Ésta trató de atrapar la mano de Myra, pero le erró y recibió otro golpe de la cachiporra.

Myra se retorcía como una anguila, tratando de salir de debajo de Fanquist, pero ésta era demasiado pesada para ella. Siguió pegándole con la manguera, pero los golpes carecían de peso. Lastimaban a Fanquist, pero no lo suficiente como para sacársela de encima. Todo el tiempo ésta arremetía para lograr sujetar el brazo de Myra con la rodilla.

Fanquist estaba despavorida. Lo único que quería era escapar de esa habitación. De algún modo consiguió deshacerse y ponerse de pie. Corrió hacia la puerta con pasos inseguros. Myra se alzó y la atrapó rodeándole las rodillas y haciéndola caer nuevamente de un golpe.

—¡Suéltame... suéltame... suéltame...! —gritaba Fanquist retorciéndose y pateando.

Myra le pegó hasta que quedó floja y silenciosa.

De pie y sin aliento, dijo:

—Creo que eso es todo.

Fanquist no se movió. Estaba más allá de poder oír nada.

Myra la dejó tendida allí y fue al baño. Tenía el vestido manchado y el pelo convertido en un felpudo de lana desgreñada. Vertió un poco de agua en el lavatorio y se enjuagó la cara. Se lavó con cuidado las manos y trató de quitar la sangre del vestido con una esponja. Mientra hacía todo eso, su mente trabajaba.

"¿Intentaría Dillon algo ahora?", se preguntaba. Suponía que se pondría furioso por lo ocurrido. Una tenacilla eléctrica para el cabello atrajo su atención. Se quedó mirándola vacilante. La tomó y la dio vuelta en la mano. Luego tomó la ficha, la metió en el enchufe y accionó el interruptor.

Los dos días siguientes Dillon estuvo muy callado. Myra esperaba que dijera algo, pero no lo hacía. A veces lo descubría mirándola pensativamente, pero siempre desviaba la mirada cuando ella alzaba los ojos.

Volvía del Salón de Billares a la hora habitual, y Myra comenzó a creer que no diría nada. Hizo unas pocas averiguaciones y se enteró de que Fanquist había desaparecido. El chalet estaba vacío y abandonado. Myra pensaba que había hecho un buen trabajo, pero Dillon seguía callado y seguía mirándola como si no estuviera seguro de qué hacer.

Sentado en su oficina, Dillon pensaba en Fanquist. Había ido por la noche y la había encontrado. Hasta su mente brutal sufrió una conmoción. Pero mientras la miraba, cualquier sentimiento que podría haber tenido por ella se desvanecía. Las dos quemaduras profundas que tenía en la cara lo asqueaban. Su lamento sollozante le ponía los nervios de punta. Le había dicho brutal y francamente, sin rodeos, que le convenía irse de la ciudad.

Myra lo asustaba un poco. Se estaba poniendo demasiado peligrosa. Cuando hubiera puesto en práctica su plan para eliminar a Little Ernie, tendría que hacer algo con respecto a ella. Había servido a sus fines, y ahora sentía que le quedaba chica.

Fuera de la oficina, en el Salón de Billares, el zumbido de la charla se detuvo de repente. Dillon se puso rígido y aguzó el oído, con el entrecejo fruncido. Los sonidos del exterior no significaban más para él que el tictac de un reloj. Estaba acostumbrado a ellos, y tener de repente un pesado silencio le hacía pensar que algo andaba mal.

Antes de que pudiera moverse de su sillón la puerta de la oficina se abrió de golpe y entraron dos hombres. Dillon los miró y la boca se le convirtió en una línea delgada.

Strawn se echó el sombrero para atrás y frotó el costado de su gruesa nariz con el dedo.

—Bueno, mira quién está aquí —dijo, hablando por el costado de la boca.

El otro hombre miró a Dillon con disgusto.

A través de la puerta abierta Dillon podía ver a los demás parados como figuras de cera. Veía a Sam Vessi con un taco de billar en la mano como si estuviera por tirar, con la cabeza vuelta hacia la oficina e inmóvil. Las manos de Jackie McGowan se apoyaban en la mesa, y sus gruesas facciones brillaban por el sudor. Los demás estaban parados o sentados, inmóviles.

—No tienen derecho a irrumpir acá de esa manera y lo saben —

dijo. Sus negros ojos relampagueaban.

Strawn avanzó dentro de la habitación.

—¿No eres el tipo a quien le dije que se fuera de esta ciudad? —preguntó.

Dillon se puso de pie. Esos pajarracos no iban a atropellarlo más.

—Tal vez usted se crea muy listo diciendo esas cosas —gruñó—. Pero yo no me lo creo. Ustedes no tienen nada contra mí, así que pueden irse.

—Así que eres un personaje importante, ¿eh? Pues bien, escucha, Pez Gordo. Sigues sin gustarme y todavía te digo que te mandes a mudar de esta ciudad. ¿Qué piensas de eso?

Dillon se encogió de hombros.

—No me están causando ninguna pena. Sé dónde estoy y ustedes no pueden hacer nada.

—Uno de estos días —declaró Strawn quedamente— tú y yo vamos a dar un paseo. Los tipos listos como tú siempre se desmoronan... ya verás.

Dillon volvió a sentarse.

—Muy bien —dijo—. Tal vez dé un paseo con usted. Tal vez haga muchas cosas. Pero en este preciso momento me están sacando demasiado el aire de este lugar.

Strawn asintió secamente.

—He oído muchas cosas acerca de ti y de tu amiguita. Los dos se están agrandando. Pero no pueden durar. Ninguno de ustedes puede durar. Creen que sí pueden, pero no es así.

Le hizo un gesto con la cabeza al otro individuo.

—Míralo bien —dijo—. Te apuesto diez a uno que en seis meses lo tenemos.

El otro hizo un gesto negativo.

—Lo único que quieres es sacarme plata —dijo—. Ya me lo hicieron otras veces.

Dillon estaba sentado lanzándoles miradas furiosas. Un odio ardiente le brotaba de todos los poros.

Strawn le hizo un gesto de saludo.

—Muy bien, Pez Gordo —le dijo—. No nos hagas esperar demasiado. —Meneó la cabeza hacia el otro hombre y los dos salieron de la habitación.

Cuando se hubieron ido, Dillon se incorporó y se puso a recorrer la oficina a grandes pasos. "Hijos de puta astutos", pensaba con furia. "Si creen que pueden acusarme de algo, que lo intenten."

Vessi, un italiano flaco, meneó la cabeza por la puerta.

—Por cierto que les pasó por encima —comentó

admirativamente—. Estos federales se están agrandando mucho.

Dillon lo miró con irritación.

—Tienes que tener cuidado con esos tipos —le dijo—. Están esperando el momento para tomar medidas enérgicas.

Vessi se apoyó contra la puerta.

—Claro —< lijo—. Han estado acechándonos durante mucho tiempo... No llegan a nada.

Justo entonces sonó el teléfono y Dillon le hizo una seña con la cabeza. Vessi salió, cerrando la puerta. Dillon tomó el auricular.

—¿Sí? —gruñó. Estaba de mal talante.

—¿Quién diablos es ese tipo que tienes recorriendo el territorio de Little Ernie? —aulló Hurst—. Escucha, Dillon. Te dije que dejaras tranquila esa parte de la ciudad. Acaba de venir Conforti, quejándose de que tenemos un hombre haciendo preguntas en Little Italy. ¿De qué se trata?

Dillon sonrió apenas.

—Regístrenme —< lijo—. ¿Cómo podría saberlo?

—Lo sabes muy bien —dijo Hurst, furioso—. Saca a ese hombre de allí y mantenlo fuera de ese lugar. Conozco tus ideas, Dillon y no me gustan. Le he dicho a Conforti que se encargara del asunto personalmente si ese hombre no se ha retirado para mañana.

Mientras él hablaba, entró Roxy. Dillon lo miró y meneó la cabeza en dirección al teléfono. Le hizo un guiño a Roxy y dijo "Hurst" con un movimiento de labios, sin hablar. Roxy sonrió y se sentó en silencio. Apoyó sus botas con polainas de tela en el escritorio.

—Están locos —dijo Dillon—. No sé absolutamente nada de eso.

—Ocúpate de eso, Dillon, o iré allí y haré algo. —Colgó con violencia el receptor.

Dillon puso el teléfono sobre el escritorio, pensativo.

—No has sido lo suficientemente cuidadoso, Roxy.

—¿Qué es eso? ¿Un informante? —Roxy inclinó su silla para atrás.

—¡Sí! —Dillon sacó un palillo del bolsillo y empezó a escarbarse los dientes—. Estaba furioso. Supongo que se imaginó que Little Emie volvería a atacado. Es una rata cobarde.

Roxy sonrió.

—No tuve cuidado —dijo—. Fui directamente a las cosas. —Sacó una hoja de papel del bolsillo interior y la tiró en el escritorio ante Dillon—. Échale un vistazo a eso —dijo.

Dillon recorrió la larga lista de nombres.

—¿Qué diablos es esto? —preguntó.

—Míralos.

—Vamos, termina con la escena de misterio —gruñó Dillon—. ¿Qué es?

Roxy no estaba dispuesto a dejarse apresurar.

—Todos esos tipos tienen lugares magníficos para tus máquinas. Todos tienen tiendas grandes en esquinas y un montón de espacio. ¿Qué te parece si los persuadimos de que acepten seis máquinas en lugar de una?… Eso sería tener éxito.

—¿Seis? ¿Son lo bastante grandes?

—Claro que sí.

Dillon se puso de pie.

—Hay que liquidar a Little Emie primero —decidió. Roxy se estudió las uñas.

—Lo tengo agarrado.

Dillon se quedó muy quieto.

—¿Qué dijiste?

—Lo tengo agarrado No tienes más que llevar a los muchachos contigo y estará allí, esperándote.

—¿Qué es esto, Roxy? Dímelo rápido.

Roxy sacó los pies de encima del escritorio.

—Little Emie y su banda estarán esta noche en el Hot Rhythm Club. Tienen un gran festejo o algo así. De cualquier manera, la banda estará allí. ¿Qué te parece si vamos a reunirnos con ellos? Sería una oportunidad grandiosa de encontrar a toda la banda junta.

—¿Es verdad esto? —exigió Dillon.

—Sí, es la pura verdad. He estado aguzando mi oído por esa parte de la ciudad.

Dillon se quedó dudando, y luego dijo:

—Espera aquí.

Fue hasta la puerta e hizo una seña. Vessi y McGowan dejaron los tacos y se aproximaron. Dillon cerró la puerta de la oficina. Vessi y McGowan dirigían la pandilla para él.

—Siéntense, los dos. Quiero que hablemos.

Arrimaron sillas y se sentaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Vessi.

Dillon se sentó en el borde de su escritorio.

—Estoy poniendo mis cartas sobre la mesa —anunció lacónicamente—. No estamos expandiéndonos como deberíamos. Ése no es el funeral de ustedes, es el de Hurst y el mío. Hurst le tiene miedo a la otra banda; yo no. Muy bien. ¿Qué les parece si nos expandimos y no nos preocupamos por Hurst?

Los dos hombres se miraron, azorados.

—Escucha, tenemos que hacer lo que dice Hurst, ¿no? —dijo McGowan reflexivamente.

Dillon se encogió de hombros.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Quién diablos es Hurst, después de todo?

Vessi se rascó la cabeza.

—¿Ya no es más el patrón?

—Espera un minuto —dijo Dillon—. Quiero que entiendan el planteo de esto. Si nos expandimos tendremos que deshacernos de Hurst y tendremos que deshacernos de Little Emie. Un trabajo difícil, pero no imposible. Si nos expandimos haremos el doble del dinero que estamos haciendo ahora. Por ejemplo, ustedes dos recibirían un par de miles por semana.

Vessi abrió bien los ojos.

—Claro —dijo.— Creo que nos expandiremos.

—No te apures —le advirtió Dillon—. Si entras en esto, alguien va a tener que sufrir mucho... Podríamos ser tú y yo. Si quieres la plata, pienso que tienes que ganártela, así que la decisión es tuya.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó McGowan.

La puerta se abrió y entró Hurst. Los cuatro hombres se volvieron, mirándolo asombrados. Hasta Dillon se sobresaltó.

Hurst se quedó parado allí, con el entrecejo muy fruncido y los labios retorciéndosele de ira.

—¿Qué está pasando aquí? —demandó con dureza—. Saca a estos tipos de aquí, quiero hablar contigo.

Vessi y McGowan se levantaron de un salto. Pasaron rápidamente junto a Hurst como si hubieran temido que les asestara un golpe.

Roxy se quedó sentado donde estaba. No miraba a Hurst. Dillon apartó su sillón y tamborileó con los dedos la tapa del escritorio. Miraba fijamente a Hurst con ojos sin expresión.

—Saca a este otro tipo de aquí —indicó Hurst meneando la cabeza en dirección a Roxy.

Dillon hizo un gesto negativo.

—No va a molestar —dijo.

Hurst se puso rígido.

—Ya oíste lo que dije —ladró.

—Claro —asintió Dillon—. Pero ese hombre no molesta. ¿Qué le pasa, señor Hurst? Parece completamente alterado.

Hurst dudó y luego se sentó.

—Mira, Dillon, este juego tuyo tiene que terminar. Te he dicho

antes que tienes que dejar tranquilo el territorio de Little Emie.

—¿Usted no puede apoderarse de él, señor Hurst? —se mofó Dillon.

Hurst se puso de pie de un salto.

—¿Qué demonios es esto? —farfulló—. Tú recibes mis órdenes y ¡cuando yo digo detente, pues te detienes!

—Se me han ocurrido algunas ideas que nos harían progresar en esta organización —dijo Dillon, hablando lentamente—. ¿Qué le parece si nos metemos en ese terreno que a usted lo asusta tanto? ¿Qué le parece si eliminamos a Little Emie? ¿Qué piensa de eso?

Hurst se había quedado mudo. La cara se le puso de color rojo oscuro y sus grandes manos se apretaron sobre las rodillas.

—¡Mi Dios! —dijo bruscamente por fin—. Esto lo da por terminado. Estás despedido, Dillon. ¿Me oyes? ¡Despedido!

Dillon apretó sus gruesos labios y le lanzó a Roxy una mirada de soslayo. Roxy estaba sentado desmañadamente, con el sombrero echado sobre los ojos.

—Estás loco en pensar semejante cosa —continuó Hurst—. Una cosa así haría estallar la ciudad en mil pedazos. No te quiero más en mi banda... Lárgate.

Dillon se inclinó hacia delante, con los ojos como trocitos de hielo.

—¿De dónde sacó eso de "mi banda"? Usted ya no tiene ninguna banda, jugador tramposo y cobarde —gruñó—. La tengo yo, ¿entiende? Y lo que yo digo lo hace la banda. Le he dado una oportunidad pero usted es demasiado cobarde como para aprovecharla. Pues bien, de ahora en adelante este equipo lo dirijo yo, y usted va a tener que aceptarlo, ¿comprende?

Hurst se puso de pie. Se controlaba con un gran esfuerzo.

—Estás borracho —dijo—. No tienes la inteligencia necesaria para dirigir ningún negocio. Necesitas protección y no la tienes. No eres nadie. La policía te encerraría bien rápido si no me tuvieras a mí detrás.

—¿Usted cree que yo he estado en este juego y no he aprendido lo que había que saber? —se burló Dillon—. Usted no tiene ninguna influencia, tiene plata. Sé cuánto le da a la policía para que no se meta con usted y yo le daré más. El tipo que mejor paga consigue el mejor servicio.

Hurst se encaminó hacia la puerta.

—Estás acabado —dijo secamente—. ¡Lárgate y no vuelvas!

Dillon sacó su revólver de la parte interior de la chaqueta.

—Un momento, señor Hurst —dijo entre dientes.

Hurst se detuvo, alelado. Luego tendió las manos hacia adelante como un ciego que estuviera tanteando.

—¿Qué haces con ese revólver? —jadeó, mientras el rostro se le ponía fláccido de repente.

Dillon no se molestó en ponerse de pie.

—Usted habla demasiado —dijo—. Si vamos a romper, vamos a romper a mi manera.

Mientras hablaba, su dedo se enroscó en el gatillo, apretando con suavidad. El revólver estalló de repente, sacudiéndose un poco en su mano.

Hurst dio un paso hacia delante, con las manos apretándole el pecho. Luego sus rodillas cedieron y se desplomó. Inclinándose por encima del escritorio. Dillon volvió a dispararle. El pesado proyectil dejó un gran agujero en la cabeza de Hurst.

Dillon se quedó allí, inclinado por encima del escritorio, con el revólver todavía apuntándole y los labios descubriendo sus dientes.

—Ahora, hijo de puta —masculló—, ¡puedes quedarte callado!

Roxy se echó el sombrero hacia atrás y miró.

—¡Eh! —le dijo—. Has arruinado tu alfombra.

Myra estaba sentada ante el tocador con una bata suelta de seda sobre los hombros. Tenía la piel levemente enrojecida por el agua caliente de la ducha. Un cigarrillo le colgaba de los labios rojos y llenos y la espiral de humo subía hasta arriba de su cabeza. Se arreglaba las uñas con sumo cuidado.

Dillon abrió la puerta de un tirón y entró. Myra lo miró y le echó una ojeada al reloj. Todavía no eran las siete.

—Llegas temprano —le dijo, dejando la lima. Se calzó la bata y sujetó el cinturón.

Dillon estaba muy pensativo. Fue hasta la ventana y levantando un poco la persiana, miró hacia la calle. Myra lo observaba. Tenía la sensación incómoda de que algo había pasado.

—¿Pasó algo? —preguntó.

Sin volverse, Dillon contestó:

—Mucho. —Se quedó un momento allí y, luego, dejando caer la persiana volvió al medio de la habitación. Con el sombrero en la parte trasera de la cabeza miraba a Myra con ojos sin expresión.

—Por el amor de Dios... ¿qué pasa? —insistió ella.

—Hurst está liquidado —contestó él bruscamente.

—¿Little Emie? —Myra se incorporó.

Dillon titubeó, y luego hizo un gesto negativo.

—Fui yo.

Myra se llevó la mano a la boca. Dio un paso hacia atrás, haciendo caer la banqueta.

—¿Fuiste tú? —repitió—. ¿Qué hiciste?

Dillon se movió, inquieto.

—Lo liquidé. La rata cobarde vino diciendo estupideces, así que se la di.

Los ojos de Myra relampaguearon.

—¿Estás loco? —gritó—. ¿Mataste a Hurst, maldito imbécil?

Dillon se le acercó en dos zancadas. Extendió bruscamente la mano y le aferró la bata, retorciéndola en su puño. La tiró hacia adelante, de manera que sus caras quedaron muy cerca.

—¡Cállate la boca! —gruñó—. Este equipo lo dirijo yo. No voy a tolerar ninguna protesta de tu parte. Si no tienes cuidado, te liquidaré a ti.

Myra se puso rígida.

—Sí, lo digo en serio —aseguró, mirándola con ojos feroces.

Myra puso su mano sobre la muñeca de él.

—Suéltame —le dijo—. No intentaré nada.

Dillon le dio un empujón que la mandó para atrás. Ella se sentó en la silla, con las manos cayéndole flojas a los costados.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

Dillon, satisfecho por haberla vencido, fue hasta un sillón y se sentó.

—Tengo la banda —dijo, eligiendo las palabras—. Tengo el negocio. Creo que vaya ser el tipo importante... el único tipo importante de por acá.

—Pero, ¿y la policía?

—Hurst le pagaba a la policía. Muy bien, yo le pagaré. No tendrán nada de qué quejarse. Les pagaré mejor, ¿entiendes?

Myra no dijo nada. Miraba fijamente el piso. Alentado por su silencio, Dillon continuó:

—Esta noche le toca a Little Emie. Ya lo tenemos bajo control.

Myra levantó bruscamente la cabeza. Lo miraba muda. Dillon asintió. Su triunfo lo hacía ensancharse.

—Sí —dijo—. Tengo todo resuelto. Primero Hurst. Bien, ya ha desaparecido. Luego Little Emie... Lo liquidamos esta noche. Entonces tendré todo este distrito para entretenerme. Significa montones de dinero, nena, y será todo para mí.

Myra golpeó las manos.

—¡Por el amor de Dios...! ¿no ves en lo que te estás metiendo? Little Emie lo tiene todo. Tiene una pandilla más grande... tiene

protección… la policía está detrás de él… ¡Demonios! Te digo que lo tiene todo.

Dillon sonrió.

—Pues bien. Cuando él esté acabado, todo será para mí, ¿y qué?

El teléfono empezó a sonar, agudo y penetrante. Myra se levantó y atendió. Dillon la vio ponerse dura de repente.

—Claro —dijo—. Está aquí. —Se volvió—. Roxy te necesita con urgencia. Algo salió mal.

Dillon frunció el entrecejo, pero se incorporó con rapidez y le arrebató el receptor.

—Sí, ¿qué pasa? —farfulló.

—Escucha, compañero —dijo Roxy—. Vessi descubrió el pastel. Le informó a Little Emie lo de esta noche. Tienes que irte rápido. Van a buscarte con armas.

Dillon se puso de un color blanco sucio.

—¿A buscarme? —dijo, subiendo la voz—. ¿Qué diablos quieres decir con eso de que vienen a buscarme?

—Por el amor de Dios —se desesperaba Roxy al otro lado de la línea—. No te quedes hablando. Escápate rápido. Han sacado dos autos y están en camino ahora mismo.

—Claro. Me marcharé —asintió Dillon sin expresión—. Escucha. Ven para acá con un coche veloz. No tengo auto aquí. Te encuentro en la esquina.

—De acuerdo.

Dillon colgó el receptor con violencia y se volvió. Tenía la cara deformada por la furia.

—Vamos —dijo—. Tenemos que irnos rápido de aquí.

Myra fue de un salto al armario y arrancó un vestido. Se quitó de un tirón la bata y se puso el vestido y un par de zapatos. Estuvo vestida en menos de treinta segundos. Tenía los ojos como dos guijarros relucientes.

—La Thompson —dijo.

Dillon corrió a la otra habitación. En cuanto él hubo salido, Myra volvió presurosa al armario y sacó un fajo de billetes del bolsillo interior de un abrigo colgado allí. Con apuro lo deslizó dentro de su cartera, mirando por encima del hombro mientras lo hacía.

Dillon volvió, con el arma. Fue hasta la puerta y la abrió, mirando el pasaje oscuro. Luego le hizo a Myra una señal con la cabeza y salió.

Myra oyó que un auto se detenía con un chirrido de frenos.

Corrió a la ventana y espió por la persiana. Cuatro hombres

bajaron del auto en tropel y corrieron por la calle en dirección a la casa.

—Vuelve… rápido… ¡ya están aquí! —le gritó a Dillon.

Dillon volvió a deslizarse dentro de la habitación y cerró la puerta. Echó llave. Se quedó dudando por un instante y luego fue hacia el armario.

—Dame una mano —le dijo—. Atravesemos la puerta con esto.

Tiraron del armario y lo empujaron hasta dejarlo en la posición correcta. Se oía el ruido sordo de pasos pesados por el pasaje y alguien golpeó la puerta.

Dillon levantó la mano para silenciar a Myra. Los dos se quedaron mirando el armario y esperando.

De repente Myra giró y corrió al teléfono. Discó apresuradamente. Dillon hizo el ademán de detenerla y luego se encogió de hombros.

El sargento administrativo que estaba en el otro extremo de la línea escuchaba su susurro incoherente.

—Usted está loca —le dijo por fin—. Las cosas no ocurren así en esta ciudad. Tómese una pastilla… eso es lo que le hace falta. —Mientras colgaba, Myra le oyó decir—: Emie va a buscarlos.

Dejó caer el receptor en la horquilla. Se volvió hacia Dillon, con los ojos agrandados por el miedo.

—Es un complot —le dijo bruscamente—. La policía no va a venir.

En el rostro de Dillon apareció un gesto socarrón.

—¿No? —dijo—. No quiero que los polizontes me saquen de ésta.

Alguien volvió a golpear la puerta.

—Por la puerta de atrás —dijo Dillon en voz baja. Dejaron la habitación en silencio y pasaron por la cocina.

La puerta trasera daba a un callejón oscuro después de bajar un largo tramo de escaleras. Dillon iba primero, llevando la Thompson contra su costado. Bajaron la escalera, lentamente, vigilando la puerta que estaba al pie. Myra esperaba que se abriera de golpe en cualquier momento y sentía que el cuerpo se le encogía.

Llegaron abajo sin que nada sucediera. Dillon apagó la luz antes de abrir la puerta. Puso la mano en el brazo de Myra.

—Arrójate al piso —le dijo.

Myra se agazapó. Dillon se arrodilló tratando de encontrar el picaporte de la puerta. Lo hizo girar con mano firme. La puerta se abrió muy lentamente hacia él. Cuando la abertura se ensanchó, se agachó más. Afuera estaba muy oscuro. Era como si un cortinado

pesado colgara ante él. No se oía el menor ruido.

Por fin abrió la puerta de par en par. Podía oídos muy levemente derribar la puerta de arriba. Tocó el brazo de Myra y empezaron a arrastrarse para adelante. Sin previo aviso un revólver estalló por encima de él. Oyó cómo el proyectil golpeaba la pared, y el leve sonido del yeso al caer.

Levantando la Thompson abrió el fuego, describiendo un semicírculo con la ametralladora. Por encima del rugido del arma oyó un grito estrangulado. Dejó de disparar y siguió arrastrándose. Su mano extendida tocaba la calle mojada. Ahora que estaba afuera, las luces de la ciudad relucían por encima del alto muro. El callejón todavía estaba oscuro, pero ya se podía ver un poco. Inhalando con fuerza entre los dientes, se puso de pie con lentitud, con la Thompson lista.

No pasó nada. Myra se incorporó, con el corazón latiéndole con fuerza, y se acercó a él. Empezaron a caminar lentamente callejón abajo. Casi inmediatamente. Dillon tropezó con un cuerpo. No quitaba la mirada de la salida del callejón. Pasó cuidadosamente por encima, levantando los pies y tanteando antes de volver a avanzar. Siguió adelante. La calle abierta ante él, las sombras profundas y el conocimiento de que en alguna parte lo esperaba la muerte hacían hormiguear sus nervios. Se dijo que si Roxy no estuviera allí estaría perdido.

—¡Ten cuidado... por el amor de Dios, ten cuidado! —jadeó Myra.

Dillon no dijo nada. Siguió avanzando, más lentamente a medida que llegaba al fin del callejón. Cuando estuvo a pocos metros de la calle se apoyó en las manos y las rodillas.

El coraje de Myra se desmoronó. Se apoyó contra la pared, dejando que Dillon avanzara. Estaba lista para saltar detrás de él si no ocurría nada, pero no podía dar un solo paso más antes de saberlo.

De repente dos hombres saltaron al callejón. Dillon podía verlos delineados contra un farol. Empezó a disparar antes de que el cerebro le telegrafiara a la mano. Uno de los hombres lanzó las manos para arriba y cayó hacia adelante, pero el otro desapareció de la vista.

Maldiciendo en voz baja. Dillon se zambulló en la calle. La excitación arrojó por la borda la precaución. Un revólver le estalló en la cara y sintió el leve silbido del aire cuando la bala le pasó al lado. Hizo que la ametralladora barriera el lugar en un arco, disparando con ferocidad. El espantoso rugido resonaba en la calle

desierta. El hombre que le había disparado cayó atrapado por la andanada de plomo. Se desplomó con la cabeza en la alcantarilla.

Dillon vio un gran auto cerrado salir disparado del otro lado de la calle. Cuando levantaba el arma, Roxy gritó su nombre, mientras agitaba frenéticamente la mano. Frenó en seco justo donde Dillon estaba parado. Myra saltó de la oscuridad y se metió en el auto. Dillon subió cuando Roxy soltaba el embrague de golpe. El auto se lanzó a toda velocidad. Oyeron una ráfaga de disparos detrás de ellos. Un proyectil que entró por la ventana trasera destrozó el parabrisas.

Myra se agazapó en el piso, con la cabeza entre las manos.

—¡Métete en una calle lateral, rápido! —le ordenó Dillon a Roxy.

Éste clavó el acelerador a fondo, sujetando el auto a la calle. Al aproximarse a una curva levantó el embrague, dio una frenada y giró el volante. El auto patinó, se subió de golpe a la acera y se enderezó cuando Roxy soltó el freno.

—¡Lo logramos! —dijo con excitación cuando el auto rodaba por la calle—. ¡Los hemos derrotado!

—Bueno, bueno —dijo Dillon.

Habían estado viajando furiosamente en el auto durante poco tiempo. Roxy lo miró y aflojó la presión sobre el acelerador.

—Detente aquí —gruñó Dillon—. ¿A dónde diablos crees que vamos corriendo?

Roxy arrimó el auto al costado de la calle.

—Tenemos que salir de la ciudad —dijo con nerviosidad. —Espera un minuto... espera un minuto —Dillon pasó la Thompson de sus rodillas al piso—. ¿Qué es todo esto? Vamos, lárgalo... ¿Qué es todo este alboroto?

Roxy empezó a farfullar, pero al ver el brillo duro en los ojos de Dillon se detuvo. Luego se dominó y dijo:

—Vessi cantó. Lo trastornaste cuando mataste a Hurst. De algún modo no te veía como jefe por mucho tiempo, de manera que corrió a lo de Ernie. A McGowan no le gustaba el plan, pero vino y me informó. Fui en busca de Vessi y lo hice hablar. Me dijo que Ernie no perdía tiempo. Le sopló a la policía que habías liquidado a Hurst y luego mandó a sus muchachos en tu busca.

—¿Vessi? —dijo Dillon. Había mucho odio en su voz.

—Ya me ocupé de Vessi. —Roxy sonaba satisfecho—. No volverá a preocuparse por nada.

—Vamos —terció Myra desde atrás—. Ese parabrisas destrozado despertará la curiosidad de los policías.

—¡Cierra el pico! —dijo Dillon sin volverse. Luego a Roxy:

—¿Sabes dónde para Ernie?

—Claro... ¿No vas a...? —Roxy torció el cuerpo dentro del auto. Los ojos se le agrandaron de repente por la sorpresa.

—Ningún canalla cobarde me va a echar de este territorio —dijo Dillon entre dientes—. Me parece que vamos a ir a hacerle una visita.

—No..., no... no seas loco. —Myra se incorporó con esfuerzo. Con las manos en el respaldo del asiento volvió a decir—. No... no...

Dillon se volvió y le pegó con la mano abierta, mandándola de vuelta ruidosamente al fondo del auto.

—Ya arreglaré las cosas contigo dentro de poco —amenazó, y a Roxy—: Vamos.

Roxy dudó pero luego puso el motor en marcha. Haciendo que el auto diera la vuelta, volvió a dirigirse al East Side.

Dillon recogió la Thompson y la examinó con cuidado. Luego volvió a dejarla.

—Creo que esta arma es demasiado grande para el trabajo —dijo, pensativo.

—Nunca podrás entrar con eso —opinó Roxy, inquieto.

Dillon sacó su 45 de la pistolera y se aseguró de que estuviera lista para ser usada. La volvió a guardar y se relajó, mientras vigilaba la calle oscura. En la parte trasera Myra sollozaba quedamente ya aterrorizada por completo.

—Es allí a la izquierda —dijo Roxy por fin—. Pasaré por delante.

Aminoraron la marcha. Dillon se mantuvo bien oculto en la oscuridad del auto.

—¿Ves? Junto a ese farol. Ése es el lugar.

Cuando el auto pasó Dillon estudió bien la casa. Había luces encendidas en la mayor parte de las habitaciones. Era una casa grande.

—Parece que va a haber mucha gente —comentó. Roxy no dijo nada. Estaba asustado.

—Muy bien. Detén el auto al otro lado de la calle. Iremos a mirar el lugar.

Roxy llevó el auto entre las sombras y apagó el motor.

Dillon abrió la puerta y bajó a la calle mirando con precaución en ambas direcciones. La calle estaba desierta. Roxy se puso a su lado.

—Tú te quedas aquí —le dijo Roxy a Myra—. Pásate al asiento del conductor y espera a que volvamos. Tienes que estar lista para partir de inmediato.

Myra bajó del auto y trepó al asiento del conductor. Se quedó sentada allí, encorvada sobre el volante, silenciosa.

Dillon se inclinó dentro del auto, con la cara muy cerca de la de ella.

—Cuídate, hermana —le aconsejó con suavidad—. Si tratas de jugarme una mala pasada, lo vas a pasar muy mal, ¿entiendes?

—Todo irá bien —murmuró ella.

—Por supuesto que todo irá bien —afirmó Dillon, y le hizo a Roxy una señal con la cabeza. Fueron caminando lentamente calle abajo, manteniéndose del lado opuesto al del refugio de Emie.

—Iremos por la parte de atrás —dijo Dillon—. Tal vez tenga una escalera de incendios o algo así.

Roxy asintió. Se sentía mal.

Al final de la cuadra cruzaron, cortaron por un callejón, y llegaron a la parte trasera de los edificios. Dillon los contó cuidadosamente, uno por uno y finalmente se detuvo.

—Éste es.

Se detuvieron en la oscuridad y miraron hacia arriba.

Veían apenas una escalera de incendios que se perdía en la oscuridad.

Dillon avanzó con cautela. Podía ver el colgante a poca distancia por arriba de su cabeza.

—Si te doy un apoyo, puedes alcanzarlo —le dijo a Roxy, que se adelantó sin ganas.

—¿Vas a intentar algo en este lugar? —preguntó con inquietud.

—¡Sí! —Dillon se apoyó contra la pared—. ¡Acertaste!

Roxy puso su pequeño pie en las manos de Dillon y éste lo alzó. El colgante quedó a la altura de los dedos de Roxy, quien tiró con suavidad e hizo que la escalera de incendios bajara lentamente. No hizo ningún ruido.

Dillon empezó a subir en silencio. Roxy lo seguía. Dillon miraba dentro de todas las ventanas por las que pasaba. Tres habitaciones estaban a oscuras, pero en el cuarto descanso de la escalera había mucha luz. Dillon sacó el revólver de la funda y avanzó con más lentitud. Roxy se quedó esperando entre los descansos.

Dillon se abrió paso con cuidado hacia la ventana y miró adentro. Había mucha gente en la habitación. Sus ojos se detuvieron en un hombrecillo de aspecto simiesco que estaba sentado en una gran poltrona en el centro del cuarto. Supuso que

debía de ser Emie. Levantó la mano y le hizo una señal a Roxy para que se acercara.

Aunque la noche era sofocante, la ventana estaba cerrada. Dillon podía oír débilmente el zumbido a través del vidrio y, de tanto en tanto, la risa aguda de una de las mujeres le llegaba con una claridad sorprendente.

Con la cabeza muy cerca de la de Roxy, Dillon preguntó:

—Ese rufián pequeño que está sentado allí es Emie, ¿verdad?

Roxy le echó un vistazo rápido a la habitación y asintió.

—Sí, ése es él.

Dillon observaba pensativo la escena que se desarrollaba en la habitación. Tocó el revólver, pero sabía que no le serviría de nada empezar a disparar. Tenía que bajar cuatro tramos de la escalera de incendios y para entonces estaría tan muerto como una costilla de cerdo.

Una de las mujeres, una rubia alta y frágil, estaba provocando a Emie. Sostenía un vaso grande lleno de whisky y, por la forma en que se reía y se balanceaba, Dillon comprendió que se estaba emborrachando con rapidez.

Emie la observaba por entre sus párpados entrecerrados. Su rostro carecía de expresión, pero sus ojitos negros nunca se apartaban de ella.

Dillon pensó que algo estallaría allí en muy poco tiempo.

Alguien encendió un gramófono y Dillon podía oír levemente el ritmo de la música. La rubia empezó a moverse al compás. Estaba en el medio de la habitación balanceando las caderas para Emie. Los demás se agruparon cerca de las paredes, dando palmas y gritándoles. Ella iba taconeando por la habitación, retorciendo el cuerpo y chasqueando los dedos al compás del ritmo.

Emie seguía sentado como un mono hinchado, pero los ojos le brillaban más intensamente. Ella se levantó la larga falda hasta las rodillas y ejecutó un zapateo bastante bueno. Emie sacó la mano de arriba de las rodillas y se rascó el costado de la cara. Se levantó del sillón y ella se balanceó hacia él, rodeándole el cuello con sus largos brazos.

Dillon pensó que no hacían una buena pareja. La mujer era una cabeza más alta que Emie y cuando ella le daba la espalda a la ventana, Ernie desaparecía de la vista.

Los demás observaban con interés. Una o dos de las mujeres reían tontamente, pero no se hacían las graciosas.

Dillon suponía que Emie no aguantaría mucho, y estaba en lo cierto.

Tal vez Emie fuera un hombrecillo pequeño, pero hacía lo correcto en los lugares adecuados. Tomó a la rubia del brazo y la empujó fuera de la habitación. La puerta se cerró detrás de ellos.

Dillon maldijo por lo bajo. Volvió la cabeza y miró a Roxy.

—¿Y ahora qué? —dijo entre dientes—. ¿Dónde diablos fue ese tipo?

Roxy se encogió de hombros. Se sentía aliviado.

—Creo que se va a acostar con esa hembra. Tal vez sería mejor que huyéramos.

—Voy a agarrar a ese tipo aunque tenga que quedarme aquí toda la noche —respondió Dillon—. Cállate y déjame hablar a mí.

Roxy cayó en un silencio sombrío. Miraba hacia abajo, a la calle oscura, pero no veía nada. De repente, Dillon lo tomó del brazo. Roxy volvió la cabeza con rapidez. Una luz se había encendido en el descanso siguiente.

—Han subido allí —murmuró Dillon—. ¿No es una suerte?

Sin esperar a que Roxy le contestara, trepó al siguiente rellano.

La rubia estaba sentada en la cama tratando de quitarse el vestido. Estaba tan borracha que no conseguía hacerlo. Permanecía sentada allí luchando y riendo tontamente. Little Emie no estaba en la habitación. Dillon podía ver una luz que venía de la puerta medio abierta de la habitación contigua y supuso que estaría allí.

La rubia se puso de pie y se lanzó a través de la puerta, dejando la habitación vacía. Dillon puso los dedos por debajo del marco de la ventana y la levantó silenciosamente. Tuvo que forcejear un poco, pero lo logró. La ventana se deslizó sin el menor ruido.

Roxy se aproximó, con un revólver en la mano. Los ojos se le salían de las órbitas.

—Quédate aquí —le indicó Dillon en voz baja—. Si hay algún problema, dispara.

Pasó una pierna sobre el antepecho de la ventana y se deslizó dentro de la habitación. Se quedó escuchando, mientras sostenía el revólver al costado. Podía oír vagamente a los dos que estaban en la otra habitación. No conversaban, pero oía la risa tonta de la rubia y los gruñidos de Ernie. Fue en silencio hasta la puerta y miró adentro.

Little Emie tenía puesta una bata de color salmón. Estaba parado de espaldas a la puerta. La rubia se había librado de su vestido y estaba de frente a Dillon. Usaba una tenue prenda de gasa que no la cubría mucho. Vio a Dillon parado en la puerta y se puso dura. El efecto de la bebida desapareció, dejándola sobria y aterrada.

—No se muevan, ustedes dos. Me muero de ganas de hacerlos

volar.

Little Ernie ni pestañeó. Dillon tenía que admitirlo. Simplemente se quedó mirando inquisitivamente a la rubia. Ella plegó las manos sobre sus pechos y gimió con suavidad.

Dillon entró en la habitación, con las piernas rígidas, como un gato preparado para una pelea. Dio la vuelta hasta estar detrás de la rubia y de frente a Ernie.

—Creo que no esperabas verme —dijo sin expresión. Little Ernie se pasó la lengua por los labios. Su pequeño rostro simiesco se puso verde.

—Soy el tipo que trataste de liquidar esta noche —agregó Dillon —. Creo que esta ciudad es demasiado pequeña para los dos. Creo que vas a venir a dar un paseo, Emie… un paseo de ida.

—No seas tonto —contestó Emie—. Tú y yo juntos podemos hacer cosas a lo grande. —Su voz estaba espesa, como si tuviera un coágulo en la garganta.

—¿Sí? —se burló Dillon. Negó con la cabeza—. Haz llegado demasiado tarde a ese asunto, Ernie. Es el telón para ti. —Mientras hablaba movía un poco el revólver, como para poder agarrarlo del caño. Luego, con un rápido y feroz movimiento le pegó a la rubia detrás de la oreja con la culata del arma.

Ella cayó como una muñeca inanimada. Dillon había cubierto a Ernie de un solo movimiento.

Ernie miró a la rubia y meneó la cabeza.

—Eso que hiciste fue algo muy jodido.

—Vamos… —dijo Dillon—. Tú y yo vamos a dar un paseo.

Ernie lo miró, vaciló y luego se volvió y se dirigió a la otra habitación. Entonces se detuvo.

—Supongo que me dejarás vestirme.

—Sal por la ventana… rápido —ordenó Dillon, y clavó el revólver en la espalda de Emie.

Éste salió por la ventana y retrocedió contra Dillon cuando vio a Roxy. Dillon lo empujó hacia adelante con rudeza.

—Vamos —le dijo.

Roxy se hizo a un lado. Ernie se encaminó a la escalera. Silenciosamente, Dillon deslizó el revólver en la funda y se agachó velozmente. Tomó a Emie de los tobillos y, con un gran empujón, arrojó al hombrecito por encima de la barandilla. Lo hizo tan rápidamente que Roxy no podía creer a sus ojos. Ernie estaba allí un segundo antes y al segundo siguiente había desaparecido.

Sólo un chillido aterrado sonó en sus oídos, y luego un pesado golpe seco cuando Emie se estrelló contra las baldosas de abajo.

Dillon aferró el brazo de Roxy.

—Vamos. Tenemos que escapar rápido de aquí.

Bajaron corriendo la escalera de incendios y escaparon por el callejón oscuro. Dillon no se detuvo a mirar a Emie, sino que siguió corriendo hasta la calle.

Myra puso el motor en marcha cuando los oyó venir.

Dillon se arrojó contra el tablero.

—Está bien—dijo—. Ve para atrás. Roxy puede manejar.

Ella trepó como un gato por encima del asiento y Roxy se sentó al volante. Los dientes le castañeteaban, pero logró hacer los cambios.

—¿Lo liquidaste? —preguntó Myra.

—¿Qué demonios te parece?

—Hay un tipo en Springdale que nos esconderá hasta que esto se disipe —dijo Roxy.

—¿Sí? —se interesó Dillon—. Es una buena idea. ¿Lo conoces?

—Claro. —Roxy viró el volante en la calle Veintitrés y encaminó el auto por el puente de Kansas Avenue. —Lo conozco bien. Es seguro y no nos buscarán allí.

Cruzaban el puente a toda velocidad. De repente. Myra se inclinó hacia adelante con insistencia y aferró el hombro de Roxy.

—¡Detente...!, ¡detente...! ¡detente! —gritaba.

Roxy se sobresaltó tanto que casi estrelló el auto contra una pared. Clavó los frenos, haciendo caer a Dillon hacia adelante.

—¿Qué demonios pasa?

El rostro de Myra estaba blanco a la luz del farol de alumbrado.

—Rápido... ¿dónde conseguiste este auto? —jadeó. Roxy se torció y miró a Dillon.

—¿Se volvió loca? —preguntó con enojo—. Jesús, casi estrello este auto.

A Dillon no le gustaba la mirada del rostro de Myra. Preguntó con rudeza:

—¿De qué se trata?

—¿Dónde conseguiste este auto? —repetía ella, golpeando el brazo de Roxy con el puño.

—¿Dónde diablos crees que lo conseguí? —dijo Roxy con resentimiento—. Lo robé.

Myra se volvió salvajemente hacia Dillon.

—El muy imbécil nos ha liquidado —gritó—. ¿No te das cuenta? ¡Hemos cruzado la línea del estado con esta cafetera!

De repente Dillon se volvió hacia Roxy, con el puño crispado por encima de la cabeza de éste.

—¡Hijo de puta! —gruño—. Haz lanzado a los federales sobre nosotros.

Roxy se puso rígido.

—¡Demonios! Tendremos una multitud alrededor. ¿Qué diablos quieres decir… con que tenemos a los federales sobre nosotros?

—Es un delito federal llevar un auto robado a través del límite del estado —ladró Dillon, furioso—. ¿No sabías eso, maldito hijo de puta?

Roxy puso en primera. Su cara se había puesto de color masilla.

—Ahora nos atribuirán lo de Hurst —dijo con voz poco firme—. Ahora sí que nos atraparán seguro.

—Sigue… sigue… ¡rápido!… Tenemos que ponernos a cubierto —dijo Myra.

El enorme auto aceleró.

—Cuando el hijo de puta de Strawn se entere de esto, vendrá corriendo —afirmó Dillon.

—Mira lo que has hecho, gusano —añadió Myra entre dientes. Se golpeaba las rodillas con los puños—. Lo teníamos todo y tú tuviste que hacerte el vivo. He terminado contigo, ¿entiendes?… Hemos terminado.

—Habrás terminado cuando yo lo diga, y no antes —sentenció Dillon—. Sabes demasiado y, más aún, Strawn te adjudicará algo a ti… No pienses que no lo hará.

—Tenemos que cambiar de auto —dijo Roxy—. Este parabrisas roto nos detendrá. Vaya seguir un poco más y luego tendremos que caminar.

Siguieron viajando en silencio. La noche estaba muy oscura. No había luna y pesadas nubes amenazadoras colgaban bajas. Una vez que estuvieron a campo abierto, los grandes rayos de luz del auto iluminaban el camino de tierra e iban a los bandazos y a los tumbos cuando Roxy trataba de mantener la velocidad.

—¿Tienes algo de plata? —le preguntó Dillon en voz baja a Myra.

—¿Qué te parece? —contestó ella con rapidez—. Salí a las corridas. —Puso la mano con cuidado sobre el bolso que colgaba de su muñeca. Dillon se inclinó y se lo arrancó.

Ella dudó por un instante y luego se arrojó hacia adelante. Dillon estaba a la expectativa de que ella intentara algo y le lanzó un golpe con el dorso de la mano, que la arrojó a un rincón.

—Termínala —le dijo con perversidad—. No tienes nada de plata, así que ¿por qué te enojas?

Metió la mano en el bolso y sintió el gran fajo de dinero. Sonrió

en la oscuridad. Sacando el fajo, lo transfirió a su propio bolsillo y arrojó el bolso sobre el regazo de Myra.

—Dame esa plata —le dijo ella febrilmente.

—Ten cuidado —le contestó Dillon. Había una amenaza tan fea en su voz, que ella se estremeció.

Roxy aminoró la velocidad.

—Springdale es allí adelante —dijo—. Creo que hay que abandonar este trasto y caminar.

Llevó el auto fuera del camino y lo detuvo. Los tres bajaron.

—Quedaré muy bien llevando esta Thompson —comentó Dillon.

—¿Qué te parece si la envuelves en tu chaqueta? —sugirió Roxy.

Dillon se quitó la chaqueta y lo hizo. Empezaron a andar por el camino oscuro. Doblando la curva se veían luces.

—El tipo a cuya casa vamos tiene grandes ideas. Le tendrás que pagar bastante —anunció Roxy.

—Eso lo veremos —dijo Dillon con frialdad.

Caminaron un poco, Myra entre ellos dos. Mientras tropezaba por el camino de tierra, sin ver por dónde caminaba, su mente trabajaba. Dillon tenía su dinero. Sin esa plata ella no podría dejarlo. Los federales no pararían hasta que agarraran a Dillon. Especialmente un tipo como Strawn, que lo acechaba. De una manera u otra tendría que quitarle el dinero a Dillon y escapar enseguida, antes que nada pasara. Los federales no tenían las mismas ideas que la policía en lo referente a tratar a las mujeres.

—Allí está —anunció Roxy de repente.

Justo delante de ellos podían ver la silueta de un edificio. Una luz solitaria brillaba a través de la ventana. Apuraron el paso.

—Iremos por detrás, despacio —dijo Roxy.

Abandonaron el camino y se abrieron paso hacia la parte trasera del edificio. Estaba tan oscuro que Myra no paraba de tropezar, pero ninguno de los dos hombres se ofreció a ayudarla. Ella rechinaba los dientes con furia. Estaba sola contra esos dos, pero no tenía miedo. Tenía mucha confianza en sí misma.

Roxy golpeó la puerta con los nudillos. Después de una corta espera, ésta se abrió. Un hombre alto y flaco los miraba.

—¿Eres tú, Joe? —dijo Roxy—. ¡Caramba, Joe, qué bueno es verte! Éste es un par de amigos míos… ¿Podemos entrar?

El hombre se hizo a un lado.

—Por supuesto —asintió, sin entusiasmo—. Entren.

Entraron en una habitación pequeña, pobremente amueblada, iluminada por una lámpara.

—Éste es Joe Chester —presentó Roxy—. El hombre de quien les

hablé.

El rostro de Joe parecía una calavera y sus grandes dientes amarillos sobresalían, dándole un aspecto de zorro. Miró furtivamente a los tres, mientras se frotaba las manos en la asentaderas de los pantalones.

—Creo que me alegro de conocerlos —dijo.

Dillon gruñó. Miró a Roxy y le hizo una señal con la cabeza.

—Escucha, Joe —comentó Roxy—. Queremos quedarnos aquí un tiempito. ¿Puedes arreglarlo? Ya sabes de qué se trata.

—Voy a buscar algo para beber. Creo que podemos charlar mejor con un trago.

Salió de la habitación.

—No me gusta el tipo —dijo Dillon. Roxy se encogió de hombros.

—Es bueno. Nos acomodará. Ya verás.

Joe volvió con una botella y vasos. Los puso sobre la mesa. Los otros se sentaron. Myra se sentó lejos de ellos junto a la ventana. De tanto en tanto miraba la noche oscura.

Cuando las bebidas estuvieron listas, Joe preguntó:

—¿Cuánto tiempo?

—Tal vez un par de semanas, no más —contestó Roxy.

—Les costará mil por semana —dijo Joe, olfateando su whisky.

Dillon se movió bruscamente, pero Roxy extendió la mano.

—Espera un minuto —dijo.

Dillon le apretó la mano con fuerza.

—Este tipo no va a empezar a esquilmarme —gruñó—. ¿Mil? ¡Está loco!

Una sonrisa aceitosa cubrió la cara de Joe.

—Lo dijeron por la radio hace diez minutos —dijo suavemente —. A los tres los busca el Departamento de Justicia por robar un auto, y la policía del estado los persigue por el asesinato de Hurst.

Se produjo un silencio mortal en la habitación. Myra se pasó los dedos por el cabello. Le lanzó una mirada de odio a Dillon, pero no dijo nada. Él lo había empezado y era cosa de él verlo terminado.

Dillon se puso de pie.

—¿Y con eso qué? —desafió.

Joe extendió las manos sucias sobre la mesa.

—Ustedes tres son muy peligrosos. Endiabladamente peligrosos. Conozco a Roxy… Soy amigo de él, así que corro riesgos, pero me parece que hay que pagarme bien para que los corra.

Dillon se le acercó.

—Se le pagará bien, pero no va a recibir mil dólares por semana.

Tomará quinientos y se conformará. ¿Entiende?

Joe hizo un gesto negativo.

—Eso no me alcanza, señor… —empezó.

Dillon extendió la mano y aferró la camisa de Joe.

—Escucha, infeliz —gruñó—. Estoy destinado a sentarme al final de una corriente de jugo caliente. Un tipo más que liquide no me afecta en nada. ¿Te das cuenta?

Joe se volvió de color blanco sucio.

—Usted manda, señor —dijo roncamente—. Mi mamita los va a cuidar. Tenemos una granja en las colinas. Roxy la conoce. No los encontrarán allí.

Dillon retiró la mano y miró a Roxy, quien le hizo un gesto de asentimiento.

—Necesitamos otro auto —dijo Dillon.

—Les vendo el mío —propuso Joe—. Es viejo pero ¡les juro que anda muy bien!

Dillon se volvió de manera que Joe no pudiera ver el tamaño de su fajo de billetes. Sacó algunos y se puso el resto en el bolsillo.

—Te daré mil doscientos dólares. Son por el auto y dos semanas de alquiler.

Joe tomó el dinero y lo contó con cuidado. No podía disimular el placer que se veía en su cara. Simplemente se refocilaba al ver tanto dinero.

Dillon se le aproximó. Su rostro era duro.

—Escucha, infeliz —le dijo—. Trae el auto y pon algo de bebida a bordo. También quiero bastante comida. Todo eso sale de la plata que acabo de darte.

Joe lo miró y se encogió un poco.

—Claro. Me alegro de poder ayudarlos, muchachos.

Cuando hubo salido. Dillon le dijo a Roxy:

—¿Te crees muy listo? Obligándome a caer en manos de un estafador como éste…

Roxy no dijo nada. No hizo más que encogerse de hombros. Se quedaron allí, esperando.

Joe volvió.

—El auto está listo. Tiene mucha nafta. He puesto las cosas que quieren.

—¿Puedes encontrar esa pocilga. Roxy? —preguntó Dillon.

—Por supuesto. Sé dónde es.

—Bueno, vamos, por el amor de Dios. No tenemos toda la noche para perder.

Joe los acompañó hasta la puerta.

—Iré dentro de unos días. Les haré saber cómo van las cosas.

Dillon gruñó y subió a la parte trasera del auto con Myra. Roxy iba al volante. El auto se lanzó disparado en la noche.

Roxy mantenía apretado el acelerador. El auto hendía el camino desparejo, dando violentos tumbos.

—¿Es lejos ese lugar? —le gritó Dillon.

Roxy meneó negativamente la cabeza. Luego, recordando que Dillon no podía verlo, gritó:

—No. Tardaremos un par de horas aproximadamente. Después de eso permanecieron en silencio.

El auto seguía dando tumbos. Las luces de sus faros iluminaban el oscuro camino, haciendo que los baches parecieran cráteres.

De pronto Myra levantó la cabeza. Puso la mano en el brazo de Dillon. Éste había estado dormitando y se despertó de un salto.

—¿Qué diablos pasa? —gruñó.

—Escucha.

A él le pareció que podía oír algo por encima del rugido del viejo motor pero no estaba seguro. Se volvió y miró por la luneta trasera. A la distancia vio un solo rayo de luz que se sacudía detrás de ellos.

Volvió a escuchar y, muy débilmente, oyó el aullido de una sirena. Su mente se puso en acción instantáneamente.

—Hay un policía detrás de nosotros —le espetó a Roxy. Éste se sobresaltó tanto que casi se salió del camino. La luz vacilante se acercaba velozmente.

—Acelera —gruñó Dillon—. Se está acercando como el demonio.

Roxy apretó el acelerador a fondo y el auto se alejó un poco. Eso pareció afectar al policía. Podían oír el rugido de su motor cuando lo forzó hacia adelante. La sirena aullaba en sus oídos.

Dillon sacó la pistola y rompió la luneta trasera.

—¡Todavía no!… ¡No dispares todavía! —gritó Myra. Dillon no le prestó atención. Le disparó dos veces a la luz, pero los tumbos que daba el auto afectaron su puntería. El policía zigzagueó un poco pero siguió adelante. Dillon arrojó la pistola en el asiento y tanteó el lugar en busca de la Thompson.

—Se la daré a ese infeliz —dijo con perversidad, poniendo el caño de la Thompson a través de la ventana rota.

En el preciso momento en que apretaba el gatillo, el policía empezó a disparar. Disparó cuatro veces, y cada vez el proyectil dio en la parte trasera del automóvil.

Dillon se hundió la culata de la ametralladora en el hombro y devolvió los tiros, haciendo que el arma describiera un semicírculo.

Mantenía el caño bajo. La luz de la máquina perseguidora se apagó.

—¡Le di! —le gritó a Roxy—. Muévete… está liquidado.

Dejó el arma y se hundió en el asiento.

—Creo que nos estamos volviendo medio peligrosos —comentó.

Tocó algo caliente y pegajoso que lo hizo apartarse de un salto. Por un momento alarmante pensó que lo habían herido, pero sabía que no podía ser. Escrutó la oscuridad.

Myra estaba tirada en un rincón.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Estás herida?

Ella tosió de repente.

—Detente. La han herido.

Roxy vaciló.

—¿Hay alguien detrás? —preguntó.

Dillon miró para atrás y luego dijo:

—No… detente ahora.

Roxy detuvo el auto y dio vuelta el foco, encendiendo la luz. Ambos miraron a Myra. Estaba acurrucada. Su mano oprimía el lado derecho. Dillon podía ver la sangre que se escurría entre sus dedos.

Maldijo en voz baja.

—¿Estás mal herida? —le preguntó.

Ella levantó, lentamente la cabeza. Tenía la boca apretada, y él podía ver las marcas de los dientes en el labio, donde lo había mordido para silenciar el dolor. La luz brillante le daba un aspecto terrible. El cabello se le había vuelto lacio y las gotas de sudor la hacían parecer como si recién hubiera salido de debajo de la ducha.

Roxy se inclinó hacia adelante, mirándola con la boca abierta.

—Tenemos que conseguir un médico —dijo—. Se la ve mal.

Dillon lo miró con severidad.

—Claro que se la ve mal —asintió lentamente—. Sí, va a ser mejor que consigamos un médico.

Roxy se volvió y puso en marcha el motor. Dillon le apoyó la mano en el hombro.

—Espera. No podemos entrar en ningún lado con ella en este estado… Desencadenaría algo. Me quedaré aquí y la atenderé. —Puso mucho énfasis en las últimas palabras.

Roxy intentó discutir, pero una mirada que había aparecido en los ojos de Dillon lo detuvo.

—Muy bien —dijo roncamente.

Extendió la mano y apagó el motor, luego abrió la puerta y bajó al camino. Dillon dijo en voz muy baja:

—Haré sonar la bocina.

Myra levantó la cabeza.
—Roxy… ¿adónde… vas?
—Voy a buscar un médico… estarás bien… no hables.
Una repentina oleada de pánico recorrió a Myra.
—Roxy… no me dejes… ¡no me dejes… con él!
Roxy ya iba velozmente por el camino oscuro con los hombros arqueados como si esperara un golpe violento.
Dillon alzó la mano y le sacó a Myra la luz de los ojos.
—Ahora vas a estar bien —le dijo.
Myra volvió a acurrucarse contra el asiento.
—Dame una oportunidad —le imploró—. Sé lo… que vas… a… hacer. No… lo… hagas… por favor…
Dillon se inclinó hacia adelante.
—¿Estás loca o qué te pasa? —gruño Tenía la cara reluciente. Dos surcos profundos iban de su nariz a los ángulos de su boca.—¿Por qué estás chillando?
—¿No… me… tratarías… como… a… un… perro? —jadeó ella.
Dillon hizo a un lado toda simulación.
—No le diste a Fan ninguna oportunidad, ¿verdad? La quemaste, ¿no es verdad, pequeña canalla? Tomaste todo ese dinero y yo no iba a ver ni un centavo. Sabes demasiado, hermana.
—Mira, ¡estoy sangrando…! ¡Duele tanto…!, no me hagas sufrir más.
Sacó la mano del costado y trató de alcanzarlo. Él se apartó espantado de sus dedos ensangrentados. Sin hacer ruido, tanteó el lugar en busca de su pistola. Los dedos se cerraron sobre el frío caño. Apretó y la sacó del asiento. La mantuvo escondida detrás de él.
—Por supuesto que te daré una oportunidad —le dijo, sonriéndole.
Ella estaba aturdida por el dolor y la pérdida de sangre. Sólo alcanzaba a ver la silueta de él inclinándose sobre ella y sus palabras le llegaban muy débilmente. Empezó a toser de nuevo y una repentina bocanada de sangre la aterrorizó.
—Tengo miedo… —gimoteó—. Tengo miedo…
Dillon sacó la mano de atrás. Su brazo subió velozmente y luego bajó. Le pegó con la culata en la parte superior de la cabeza con todas sus fuerzas.
Bajó rápidamente del auto. Corrió hacia el otro lado y abrió la puerta. Luego, con cuidado, la buscó a tientas en la oscuridad. Su mano tocó la cabeza de ella y se echó atrás conteniendo el aliento.
Se quedó parado allí, mirando su leve silueta, repentinamente

temeroso de tocarla. Las piernas de ella colgaban en forma indecente de la puerta del auto. El resto de su persona estaba oculto en la oscuridad. Adelantándose lentamente, se agachó y se limpió las manos en las medias de ella. Lo hacía con movimientos espasmódicos, como si esperara que las piernas cobraran vida.

De repente, la luna apareció por encima de las nubes iluminando el camino. Roxy estaba sentado en el pasto a cierta distancia, con la cabeza entre las manos. Maldecía continuamente, negándose a dejar que su cerebro se detuviera en lo que estaba ocurriendo. Dos toques cortos de la bocina del auto lo hicieron ponerse de pie vacilante.

Mamá Chester era una mujer pequeña, de aspecto maligno, ojos duros y una boca fina y muy apretada. Estaba parada en el portón de la casa de la granja y los recorría con la mirada. Alrededor de la cintura llevaba un trozo de arpillera que hacía las veces de delantal. Sus manos nudosas estaban plegadas sobre sus pechos marchitos y Dillon veía cómo sus uñas negras y rotas arañaban la tela de su vestido.

La casa estaba bien escondida entre las colinas. Situada a varios kilómetros del camino principal, se alzaba totalmente sola. Estaba lejos de la transitada ruta.

El sol acababa de salir. Dillon y Roxy habían pasado la noche en el bosque, con temor de llegar a la casa de noche. Ambos estaban cansados e irritables. Dillon parecía tener los nervios del lado de afuera del cuerpo, de manera tal que el menor movimiento o sonido lo irritaba.

Roxy manejó a Mamá Chester. Parecía estar enterada de todo. Joe la había llamado por teléfono.

—Supongo que ustedes dos quieren ver su cuarto —dijo. La siguieron dentro de la casa. Había olor a suciedad y a comida en el lugar. Dillon torció un poco la nariz.

El living—room principal estaba desnudo y sucio. Un anciano que parecía lo bastante viejo como para ser el padre de Mamá Chester estaba sentado en una pequeña mecedora frente a la cocina. A pesar del calor del sol, que iba en aumento, parecía tener frío, y tiritaba de vez en cuando. No se había afeitado y era calvo y reumático. No se molestó en levantar la vista cuando entraron.

Mamá Chester los condujo hasta una puerta en el extremo más alejado. El cuarto habría avergonzado a un inquilinato del Eastside. Dillon miró en torno, con expresión de disgusto.

—Les traeré algo para desayunar —dijo la vieja. Lo dijo como si

esperase una negativa.

—Sí, y que sea mucho —exigió Dillon.

Cuando se hubo marchado, cerrando la puerta detrás de ella, Dillon se paseó por la habitación.

—Mil dólares por esto —dijo—. Le retorceré el cogote a ese maldito estafador.

Roxy se sentó en la cama con cuidado.

—Nunca nos encontrarán aquí. Apuesto a que Joe no le da mucha plata a la vieja. Se la guarda para él.

Dillon se acercó a la ventana y miró afuera. Roxy lo observaba con cautela. Le temía. El horror de la noche anterior todavía lo seguía. Sentado allí, en la cama, podía revivir todo lo ocurrido. Habían encontrado un montón de arena fuera del camino y metieron allí el cadáver de Myra·.

Roxy se estremeció un poco. Tai vez no lo encontrarían en semanas, o tal vez lo encontrarían al día siguiente.

—¡Basta! —le dijo Dillon.

Roxy levantó la cabeza con rapidez. Dillon se había vuelto y lo observaba.

—Esa hembra no fue buena nunca —prosiguió—. Se lo merecía desde hacía mucho tiempo. ¿Qué íbamos a hacer con ella? Si la hubiéramos dejado, habría cantado. Estoy seguro.

—Claro, claro —asintió Roxy apresuradamente—. Lo olvidaremos.

—Te va a convenir.

En ese preciso momento, Mamá Chester asomó la cabeza por la puerta.

—Ya pueden comer —anunció.

Los dos fueron al otro cuarto. El viejo Chester ya estaba comiendo en la mesa cubierta con un diario sucio. Dillon lo miró disgustado. El viejo levantó la mirada y gruñó.

—No le presten atención. Es sordo —dijo Mamá Chester Dillon tomó una silla de un tirón y se sentó. La comida era pobre y ordinaria.

—¿Tienen una radio aquí? —preguntó Roxy.

Mamá Chester estaba parada junto a la cocina, vigilando el café. Meneó la cabeza negativamente.

Dillon cortaba el jamón con rabia.

—Creía que todas las granjas tenían radio —espetó.

—Pues bien, nosotros, no —respondió Mamá Chester—. Somos pobres, ¿sabe?

—Dígamelo a mí —gruñó Dillon.

La puerta de la choza se abrió y entró una muchacha. Tanto Roxy como Dillon dejaron de comer y la miraron. Era corpulenta. El pelo color paja le caía hasta los hombros. Su sucio vestido de algodón ocultaba apenas su figura opulenta. Era tan alta como Dillon y tenía los pies y las manos grandes. Sus facciones eran regulares y agradables, pero la expresión de su rostro y la de sus ojos era la de una nena de siete años.

Se quedó parada allí moviendo los pies, mirando con ojos asustados a los dos que estaban sentados a la mesa.

—Siéntate, Chrissie —dijo Mamá Chester—. Estos dos señores no te van a molestar.

Hubo un silencio largo e incómodo cuando se acercó a la mesa arrastrando los pies y se sentó. Entonces, en un acceso de confianza, preguntó:

—¿Vinieron en ese auto grande?

Dillon miró a Roxy. Éste dijo:

—Así es.

Chrissie sonrió tímidamente.

—Nosotros no tenemos auto —dijo, mientras tendía una mano grande para tomar un pedazo de pan. —¿Puedo ir a dar una vuelta?

—No molestes a los señores —le dijo Mamá Chester—. Come.

Chrissie empezó a engullir su comida. Tenía un jarro esmaltado con leche junto al plato y, cuando bebía, Dillon podía ver cómo la leche le chorreaba por la barbilla hasta el frente del vestido. De repente se dio cuenta de un olor agrio que salía de ella, la misma clase de olor que tienen los niños pequeños cuando no se los atiende. Se sintió medio descompuesto y apartó su plato. Luego, murmurando algo, se puso de pie.

—Aquí está el café —dijo Mamá Chester. Puso la cafetera de un golpe sobre la mesa. Dillon tendió la mano y se sirvió una taza que llevó a la ventana. Cuando Mamá Chester volvió junto a la cocina, Chrissie se inclinó hacia adelante y se sirvió el jamón que Dillon había dejado.

Roxy apoyó su cuchillo.

—¿Tienes hambre? —preguntó, por decir algo. Ella lo miró y le dedicó una sonrisa complacida.

—Sí —dijo—. ¿Me llevará a dar una vuelta, señor?

—Claro que sí —asintió Roxy.

—Cállate —le dijo Mamá Chester desde la cocina.

De repente una mirada inexpresiva cubrió el rostro de Chrissie y empezó a murmurar. Un poco de saliva le corría por la barbilla. Mamá Chester se le acercó y le pegó un golpecito con los nudillos

en la parte superior de la cabeza, como si estuviera golpeando a una puerta. Chrissie apretó la cabeza contra el pecho de la anciana, con una mirada de contento en su cara bovina.

Mamá Chester le explicó a Roxy:

—Es tonta pero es una buena chica. Algo anda mal en su cabeza. A veces se pone así. Entonces yo se la golpeo y eso la ayuda.

El rostro de la anciana se había suavizado un poco mientras hablaba y miraba a la muchacha con una ternura áspera que le alteraba completamente las facciones.

Roxy se quedó allí sentado mirando con una fascinación morbosa.

—Es una muchacha grande, ¿no? —dijo por fin.

—Tiene dieciocho años —le informó Mamá Chester—. Pero me parece que nunca creció.

Dillon no aguantaba más. Se fue afuera. El sol caliente secaba con rapidez el rocío pesado. El suelo emitía vapor, y una leve bruma blanca, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, estaba suspendida apenas arriba del suelo. El aire olía bien y se alegró de haber escapado del aire viciado de la choza.

Caminó hasta el auto y miró dentro. El asiento trasero tenía una mancha oscura de la sangre de Myra. Frunció un poco la nariz. Ésta era una mañana infernal.

Del otro lado del camino había un pozo; entonces fue y acarreó un balde con agua. Luego, con algunos trapos que había debajo del asiento delantero, empezó a limpiar la mancha. Ya terminaba y había tirado el agua cuando Roxy salió.

—Me voy a volver loco en esta pocilga —protestó Dillon, mirándolo—. Espera hasta que ese estafador venga por aquí… lo mataré.

Roxy se sentó en el estribo del auto y encendió un cigarrillo.

—Demonios —resopló—. Estar a salvo es algo, ¿no?

—Esa chiflada me pone la piel de gallina —murmuró Dillon, volviendo a colocar el asiento en su lugar.

—Pero si es muy buena… en realidad es una criatura… considérala una criatura. No te va a molestar.

En ese preciso momento salió Chrissie. Se acercó a ellos

—Has mojado todo el asiento —dijo, mirando la parte trasera del auto—. ¿Por qué has hecho eso?

Dillon se apartó y escupió en el suelo. Cuando se alejaba, Chrissie le dijo a Roxy:

—Él no me gusta.

—Es bueno —la tranquilizó Roxy con una sonrisa—. Creo que

tiene algo en la mente.

Chrissie pareció desconcertada.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué quiere decir algo en la mente?

Roxy se rascó la cabeza.

—Está preocupado por algo, ¿sabes?

—¿Eso es todo? —Perdió interés.

—¿Cuándo me vas a llevar a dar una vuelta, señor?

—Ahora no te puedo llevar. Tal vez mañana. Pero ahora no. ¿Qué haces todo el día?

Ella se quedó mirando anhelosamente el auto.

—Ah, no mucho. Juego… lo que más me gusta es jugar.

Roxy la miró detenidamente. Pensaba que era muy duro para una mujer linda ser tan tonta.

—Bueno, juguemos a algo, ¿quieres? —Se sentía un poco incómodo, pero le tenía lástima.

Ella lo miró como si estuviera decidiendo si valdría la pena jugar con él. Luego asintió.

Dillon había dado una vuelta a la choza y estaba parado mirándolos. Un brillo curioso apareció en sus ojos.

—Llévala al río —dijo—. Llévala a nadar. —Habló desde un costado de la boca—: Llévala de una vez. Podría valer la pena mirarla.

La cara de Roxy se volvió de un color carmesí oscuro.

—Deja eso —le dijo enojado—. Esta criatura es tonta, ¿sabes? No voy a tolerar nada de eso.

Dillon se quedó mirándolo con aire resentido.

—Ah, ve a jugar a las muñecas —se burló—. Me irritas.

Se quedó mirándolos mientras se alejaban hacia el bosque.

Después de dos días en la granja, Dillon estaba medio loco. Lo ponía nervioso alejarse mucho del espeso bosque. Estaba harto de estar sentado adentro mirando al viejo Chester o escuchando a Mamá Chester cantándole loas a su hijo.

Al no tener nada mejor que hacer, Roxy había dedicado su atención a la granja. Dillon era demasiado haragán como para hacer eso. Chrissie seguía a Roxy por todas partes como un perro. Había superado su timidez inicial y a Roxy le gustaba. La divertían la mayor parte de las cosas que él decía, lo que lo halagaba, y lo ayudaba con los trabajos de la granja.

A él le sorprendía mucho su fuerza. Para ella no era nada mover bolsas o troncos pesados que hacían sudar a Roxy. Siguiendo sus

instrucciones, expresadas de la manera más sencilla, Chrissie llevaba a cabo todo un programa. A veces se aburría y empezaba a tontear, y entonces Roxy la llevaba a caminar.

Dillon los observaba con desprecio. No hacía ninguna tentativa por unirse a ellos. Roxy nunca le discutía cuando los dos estaban solos. Chrissie se iba a dormir alrededor de las ocho, y ellos dos jugaban monótonamente a las cartas hasta tarde en la noche.

Era domingo y Dillon estaba inquieto. Venía Joe Chester y tendría noticias. Apartados de la radio y de los diarios, no sabían lo que estaba ocurriendo. Ni siquiera Roxy podía reunir algún entusiasmo para jugar con Chrissie. Daba vueltas por la choza haciendo distintos trabajos, con la vista fija en el camino de tierra.

Eran más de las diez cuando apareció Joe. Venía a los tumbos por el camino de tierra en un auto nuevo. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

Chrissie fue la primera en vedo y bajó al camino para esperarlo. Joe detuvo el auto y la dejó subir.

Dillon y Roxy los observaban.

—Tenemos que agarrarlo solo a este infeliz —dijo Dillon.

—Claro... lo agarraremos —asintió Roxy.

Pasó un breve rato antes de que Joe pudiera acercarse a ellos. Mamá Chester y Chrissie le estaban encima todo el tiempo. Hasta el viejo Chester se despertó y tuvo algo que decir. Para cuando Joe se los sacó de encima, Dillon estaba de un humor del diablo.

Los tres caminaron hacia el bosque y, cuando estuvieron a cierta distancia de la choza, se sentaron en el pasto.

—¡Bueno, por el amor de Dios, vamos! —urgió Dillon—. ¿Qué ha estado ocurriendo?

Joe le lanzó una mirada preocupada.

—No me gusta —dijo, meneando la cabeza—. Los federales están armando mucho alboroto.

—¿Qué quieres decir con que están armando alboroto? ¿Tienes un diario?

Joe negó con la cabeza. Parecía muy sorprendido ante la idea.

—No, no tengo ningún diario —dijo.

Dillon miró a Roxy con la cara oscura de furia.

—¡Qué tipo! —gruñó—. Viene de la ciudad y no tiene el maldito sentido común de traer un diario.

Hasta Roxy estaba molesto.

—Caramba, Joe —dijo—. Me parece que eso es estúpido.

—¿Estúpido? —gruñó Dillon—. Pero si... —estalló, farfullando.

Joe parecía preocupado.

—Si hubiera pensado que ustedes querían un diario lo habría traído.

Dillon estuvo a punto de pegarle. Abría y cerraba los puños.

—Escucha, infeliz —dijo por fin—. Tenemos que tener una radio aquí, ¿entiendes? Tengo que saber lo que está pasando. Me volveré loco en esta pocilga si no recibo alguna información.

—Claro —asintió Joe—. Les traeré una cuando venga la próxima vez.

—Traerás una de inmediato —rugió Dillon.

—Bien, vamos, Joe, ¿qué ha estado ocurriendo? —dijo Roxy apresuradamente.

Joe volvió a parecer apenado.

—Los federales fueron a verme. Han estado en todas partes. Encontraron el auto que ustedes abandonaron no muy lejos de mi casa. Creo que ésa fue una cosa muy inteligente de hacer.

—¿Saben que tienes esta pocilga aquí? —demandó Dillon.

Joe sacudió la cabeza.

—No. Creo que no lo saben. Mire, señor: no va a ser bueno para mí o para mi gente que los atrapen aquí.

—¿Por qué diablos crees que te estoy pagando mil dólares? —gruñó Dillon.

—A eso iba. —Joe apartó la mirada.— Tuve un poco de mala suerte el otro día. Perdí esa plata jugando a los dados.

Dillon se puso duro.

—¿Qué demonios tiene eso que ver conmigo? —preguntó.

Joe tiraba del pasto, siempre con la cabeza hacia el otro lado.

—Caramba. Creo que tal vez tiene razón. No tiene mucho que ver con usted, pero yo se lo conté.

—Mira, Chester. Te di ese dinero para tenernos a cubierto. Si lo perdiste, lo siento mucho, pero no es nuestro problema, ¿entiendes?

Joe cambió de conversación.

—Mamá me cuenta que has hecho un gran trabajo con el viejo cerco —le dijo a Roxy.

Éste se encogió de hombros.

—Me volvería loco tratando de pasar el tiempo. Disfruté haciéndolo.

—¿Qué les parece si salteamos esto y me dices lo que ha estado ocurriendo?

—Claro, se lo diré.

Joe se recostó en los codos, alzando su rostro como una calavera hacia el sol.

—Pues bien. Ya saben cómo son las cosas. Los diarios han estado

dedicándose por entero al asesinato de Hurst. Los federales los han estado buscando. Vienen a hacer preguntas. Husmean. Ya saben cómo es.

—¿No sospechan de ti? —preguntó Dillon. Joe meneó la cabeza negativamente.

—¿Les conté que están ofreciendo cinco mil dólares de recompensa por ustedes?

Roxy y Dillon se pusieron rígidos.

—¿Cinco mil dólares? —dijo Roxy, vacilante.

—Así es. Creo que tienen muchas ganas de atraparlos...

Hubo un silencio pesado mientras los dos lo meditaban.

Joe continuó:

—Me imagino que a mucha gente le vendrían muy bien cinco mil dólares.

Se incorporó.

—Tengo que volver con mamá. Se enoja mucho si no estoy con ella cuando vengo. Los veré antes de irme, muchachos.

Se alejó, moviendo con rigidez sus largas piernas a través del pasto.

—¿Le entendiste? —dijo Roxy en voz baja. Dillon apretó los puños.

—Esa rata traidora no me va a sacar un centavo más —aseguró.

—Escucha, Nick. No cometas ninguna tontería. Si no arreglamos a este tipo, va a cantar. Casi lo dijo, ¿no?

—¿Cómo diablos sabemos que ofrecen una recompensa? —se desesperó Dillon—. ¿Y si no nos están buscando y ésta es una trampa para esquilmarme?

Roxy meneó la cabeza. Estaba nervioso.

—Odiaría tener que hacer que muestre sus cartas. No tenemos muchas posibilidades si los federales vienen aquí.

Dillon sacó el fajo de billetes del bolsillo y los contó. Tenía dos mil dólares y dos billetes de cincuenta.

—Tal vez él aceptaría los dos mil y se daría por satisfecho—dijo Roxy, que lo observaba.

La mano de Dillon tembló de furor.

—Le damos esta plata y puede entregarnos lo mismo.

Roxy hizo un gesto negativo.

—Me parece que no es tan bajo. Conozco a Joe. No haría eso.

Dillon se puso de pie.

—Yo pago y salvo tu pellejo —se burló—. ¿No tienes tú nada de dinero?

Roxy pareció incómodo.

—Demonios, compañero. No tengo un centavo. Estoy en ésta contigo... ¿No te informé de lo que estaba pasando?

Dillon se encogió de hombros y caminó hacia la casa. Joe los vio venir y salió caminando a esperados.

—Escucha —le dijo Dillon lentamente—. Esta recompensa de cinco mil dólares es muy dura para un tipo como tú. No quisiéramos que salieras perdiendo.

Los ojos de Joe brillaron.

—Me interpretó mal, señor. Yo no deseo la recompensa. Me parece que me alegra estar escondiéndolos. Lo único que dije es que había perdido la plata que usted me dio y que andaba medio corto.

Los ojos de Dillon lo detestaban.

—Calculamos que tal vez dos mil te vendrían bien. Dillon vio que Joe vacilaba. Vio la mirada de duda en sus ojos. Pensó: "El hijo de puta los va a rechazar", y siguió diciendo apresuradamente:

—Dos mil dólares pueden comprar mucho.

—Claro, es mucha generosidad de parte de ustedes, muchachos. —Tendió su larga mano huesuda y Dillon le dio el pequeño fajo de billetes. Joe los contó con mano temblorosa. La codicia que había en sus ojos asustaba a Roxy.

Dillon lo observaba.

—Espero algún trabajo a cambio de eso —declaró, esforzándose por que la ira no apareciera en su voz—. No cometas errores, ¿quieres? Tenemos a tu mamá ya tu papá aquí, Joe.

Los ojos de Joe se abrieron.

—No tienen nada por qué preocuparse —dijo rápidamente—. Ustedes me han arreglado bien... Los federales no los molestarán si yo puedo evitarlo.

—Te conviene ocuparte de eso —dijo Dillon perversamente.

—Claro, claro —contestó Joe con apuro—. Parecía tener una urgencia repentina por irse. Corrió hacia su auto y se fue velozmente por el camino de tierra.

Mamá Chester salió y se quedó en el portón. Su rostro tenía una expresión ladina. Chrissie salió de un costado de la casa, llamando a Joe en voz alta. Joe no miró para atrás.

—¿Por qué se fue así? ¿No vuelve? —preguntó Chrissie. Mamá Chester bajó y se acercó a ella.

—Joe tiene negocios que atender —le oyó decir Roxy—. Volverá pronto. Tendrías que estar muy orgullosa de tu Joe. Es un tipo muy listo.

Sus ojitos como guijarros se burlaban de los dos, mientras ellos la observaban inquietos.

Caía la noche. Dillon estaba sentado en el portón. Sus ojos observaban el sol, que se hundía detrás de los árboles. Estaba seriamente preocupado. Todo lo que le quedaba eran cien dólares. Esa cantidad era tan útil como una cola de caballo.

Se puso de pie, inquieto. Esa pocilga lo estaba volviendo loco. Buscó a Roxy en derredor pero no veía ningún indicio de él en la oscuridad que se volvía cada vez más espesa. Estaba muy sofocante, y una leve brisa caliente le abanicaba la cara.

Vagaba alrededor de la choza, mirando por las ventanas. Vio a Mamá Chester ocupada con una plancha. Por un momento se quedó mirándola, luego sus ojos se trasladaron al viejo Chester, encorvado junto a la cocina. Encogiéndose de hombros, siguió su camino. La ventana siguiente era un poco más alta y tuvo que estirarse para ver. Una mirada lo puso rígido por la atención.

Chrissie se movía a la luz mortecina de una vela vacilante, desvistiéndose. Se sacaba la ropa con dificultad, con dedos que lidiaban torpemente con los botones.

Dillon se quedó mirando hasta que ella apagó la vela. Un primitivo deseo animal por ella se apoderó de él, de manera que sólo podía quedarse allí mirando fijamente la oscuridad de la habitación. La repentina comprensión de haber estado enjaulado en esa choza tantos días sin una mujer cayó sobre él con una violencia paralizante.

Seguía parado allí escrutando la oscuridad cuando Roxy lo encontró. Éste dijo quedamente:

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Dillon se volvió sobresaltado. Miró inquieto a Roxy.

—Te he estado buscando —dijo, con la mente todavía muy lejos y entregada a sus pensamientos.

Roxy levantó la mirada hacia la ventana de Chrissie. Su rostro se endureció.

—¿No habrás creído que yo estaba allí dentro con la niña? —dijo en voz baja.

—¿Niña? —se burló Dillon—. No es ninguna niña... es una mujer.

Roxy extendió una mano y aferró la parte delantera de la chaqueta de Dillon.

—¡Deja eso, Dillon! —dijo—. ¡Por Dios! No intentes nada con esa muchacha. Es tonta y es buena... ¡no lo toleraré!

Una ira abrumadora creció dentro de Dillon. Apartó la mano de Roxy.

—Escucha, piojo —masculló—. Harás lo que yo diga... Si quiero

a esa hembra, la tendré, ¿está claro? Tú no vas a detenerme. Tampoco ningún otro maldito sinvergüenza como tú.

Roxy se quedó muy quieto.

—Si eso es lo que sientes... —dijo.

Dillon no podía verle bien la cara en esa luz, pero no le gustó la amenaza que había en su voz.

Se dio cuenta de repente de cuán peligroso era convertirlo en un enemigo y se desdijo presurosamente.

—Olvídalo, ¿quieres? —dijo, de mal humor—. Me parece que el calor me está afectando. Creo que estaba loco.

—Claro. —La voz de Roxy sonaba aliviada.— Sé cómo es. Este lugar me irrita. ¿Qué te parece si tomamos el coche y nos vamos al pueblo?

Dillon asintió.

—Llevaremos la Thompson. Supongo que no esperan que aparezcamos. —Estaba ansioso por irse.— Y escucha. Me parece que tendríamos que controlar a ese infeliz de JOE... Tal vez oigamos algo.

—Vamos —dijo Roxy—. No le diremos nada a la vieja.

Caminaron velozmente hasta el cobertizo donde estaba escondido el auto y lo sacaron silenciosamente, empujándolo. Dillon volvió al cobertizo, pasó por la habitación donde Mamá Chester estaba trabajando, le hizo un breve saludo con la cabeza y entró en su propia habitación. Tomó la Thompson y luego, abriendo suavemente la ventana, saltó para afuera, dejándose caer en el suelo. Corrió hasta donde Roxy esperaba con el auto.

—Creo que estamos locos por no haber hecho esto antes —comentó Dillon, sentándose junto a Roxy—. ¿Qué te parece si asaltamos una estación de servicio? Estamos muy necesitados de plata.

—Claro —asintió Roxy—. ¿Por qué no?

Avanzaban en medio de la noche. Dillon llevaba la Thompson sobre las rodillas y sus ojos escudriñaban el camino oscuro que tenía delante, en busca de una luz. Estaba nervioso pero lo hacía sentir bien estar lejos de esa choza.

Después de un tiempo Roxy dijo:

—Después de la curva hay una de esas estaciones Conoco. Nos acercaremos y nos haremos llenar el tanque... Si no hay ningún alborto, podríamos sorprenderlos.

—Sí, está bien.

Roxy aminoró la marcha y tomaron la curva. La estación de servicio estaba a unos dieciocho kilómetros más adelante. Un auto

grande salía, y se dirigía en dirección a ellos. Los dedos de Dillon apretaron el arma, pero el auto pasó de largo.

Un empleado volvía a la oficina cuando vio sus luces. Se detuvo y se quedó esperando junto al surtidor.

Roxy detuvo el auto junto a él. El empleado era un muchacho rubio, con los ojos pesados por la falta de sueño.

—Ponle diez —dijo Roxy.

Dillon abrió la puerta y bajó al camino. La oscuridad y la sombra del auto lo ocultaban. Vio que en la oficina no había nadie.

—Apúrate… No tenemos toda la noche —dijo Roxy.

—Ya está, señor —avisó el empleado. Atornilló la tapa del tanque y se acercó a Roxy.

Éste le preguntó:

—¿Tienes algún diario al que le pueda echar un vistazo? —Le dio un billete al muchacho.

—Sí. Está en la oficina. Se lo traeré.

Roxy abrió la puerta del auto y bajó.

—Iré contigo —le dijo—. Me vendrá bien estirar las piernas.

Siguió al empleado a la oficina. Dillon fue tras ellos en silencio y esperó afuera, junto a la puerta.

El empleado se dirigió a la caja registradora y oprimió la tecla que abría el cajón. Dillon entró y le clavó la Thompson en la espalda.

—Tranquilo —le dijo.

El empleado miró por encima del hombro y jadeó. Levantó los brazos arriba de la cabeza. Roxy pasó junto a él y vació la caja registradora. No había mucho.

—¿Esto es todo lo que hay? —preguntó Roxy.

El empleado estaba totalmente aterrorizado. Hizo un gesto de asentimiento.

—Claro… Eso es todo… señor… De verdad.

—Es como romper la alcancía de un niño —gruñó Roxy.

Dillon tomó al empleado del brazo y lo hizo volverse. Lo empujó a una silla.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó con violencia—. Soy Dillon, el tipo a quien la policía está buscando.

La cara del muchacho carecía de expresión.

—No lo conozco, jefe —dijo con un nudo en la garganta.

—¿No sabías que ofrecen una gran recompensa por mí?

El muchacho negó con la cabeza.

—¿Dónde está el diario? —gruñó Dillon.

Roxy ya lo había encontrado y lo estaba hojeando. Finalmente lo

tiró.

—Ni una palabra —dijo.

—¿Qué te dije? —se enfureció Dillon—. Fue una trampa para esquilmarme. —Señaló la puerta con furor.— ¡Sal! —le gritó a Roxy —. Ve al auto y espera.

Roxy le lanzó una mirada rápida, y luego salió a la oscuridad y subió al auto. Cuando se acomodaba, oyó un grito repentino de terror. Puso la mano en la puerta del auto y vaciló. La mano cayó a un lado de su cuerpo.

Dillon salió corriendo. Su rostro era como de piedra.

—Muévete —le espetó.

—¿Qué fue eso? —preguntó Roxy inquieto, mientras ponía en primera.

—¿Qué crees? —gruñó Dillon desde la oscuridad—. ¿Te parece que podía permitir que ese infeliz saliera corriendo y contara todo?

Roxy no dijo nada. Se apartó un poco de Dillon. Por fin dijo:

—Creo que será mejor que volvamos.

—Que volvamos un cuerno —contestó Dillon con voz resuelta—. Voy a ver a Joe. Sigue.

Después de un largo trayecto llegaron a la casa de Joe. Había poco tránsito en el camino, y los autos que pasaban no los molestaron.

En lo de Joe, Dillon bajó rápidamente.

—Quédate aquí —indicó—. Yo me encargaré de este hijo de puta. Haz sonar la bocina si pasa algo.

Roxy abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor. Se quedó quieto, vigilando el camino.

Todavía había una luz encendida en el cuarto de Joe. Dillon subió silenciosamente por el sendero. Probó la puerta, pero estaba cerrada con llave. Golpeó con los nudillos. Roxy podía oírlo desde el auto. Después de una pausa apareció Joe, que se quedó en la puerta abierta con la boca que le colgaba completamente floja.

Dillon movió la Thompson para que Joe pudiera verla.

—Métete adentro —le dijo entre dientes.

Joe retrocedió, con los ojos atornillados a la ametralladora. No podía pronunciar palabra.

Dillon lo metió en la habitación por la fuerza y cerró la puerta.

—Te tengo, hijo de puta traidor —gruñó—. Entrégame ese dinero.

Joe hurgó en el bolsillo y sacó el fajo. Dijo con voz temblorosa:

—Me ha juzgado mal… sé que me ha juzgado mal.

Dillon le arrancó el dinero.

—¿Dónde está el resto? —le exigió—. Ya sabes, ese dinero que dijiste que perdiste.

Joe abrió muy grandes los ojos.

—De verdad lo perdí —balbuceó—. No entiendo esto. ¿Qué pasa? ¿No están parando más en lo de mamá?

—Dame el resto del dinero o te reviento —le dijo Dillon—. Mi dedo está impaciente… ¡Vamos, rápido!

La Thompson apuntaba a la camiseta de Joe. Éste dio un gemido estrangulado.

—¡Se lo traeré, señor…! —gimoteó—. No tire. Se lo traeré.

Fue dando tropezones hasta la mesa y tomó otro fajo de billetes del cajón. Dillon se los hizo contar.

—Tengo el auto… —empezó a explicar Joe. Dillon lo cortó en seco.

—Vamos afuera —le dijo—. Todavía hay algo que quiero que hagas. Si cooperas, no te pasará nada, pero tienes que tener cuidado con lo que haces.

Joe fue con él hasta el auto. Roxy miraba pero no se movía. Dillon empujó a Joe al asiento trasero y luego le dijo a Roxy en voz baja:

—Ve hasta el río, rápido.

Subió al auto junto a Joe y Roxy arrancó el auto a toda velocidad.

Viajaron en silencio aproximadamente un kilómetro y medio y entonces Joe dijo:

—¿Dónde… dónde me llevan? —Estaba repentinamente inquieto.

Dillon buscó la cara de Joe en la oscuridad, vio la silueta blanca y le lanzó un puñetazo. Roxy oyó el suave golpe cuando el puño de Dillon se estrelló en la cara de Joe. Éste lanzó un quejido amortiguado y se deslizó hacia adelante en su asiento. Agachó la cabeza y se sostuvo la nariz con las manos.

Dillon retiró lentamente las manos de la cabeza de Joe. Tuvo que hacer un poco de fuerza. Joe sollozaba:

—No… no…

Dillon dijo:

—¡Aquí tienes, sinvergüenza! —y volvió a levantar la mano.

Roxy redujo la velocidad. Miraba fijamente hacia adelante hasta que vio el resplandor del agua a la luz de la luna. Entonces detuvo el auto.

—Aquí estamos —dijo.

Dillon bajó del auto. Le dijo a Roxy:

—Sácalo de allí… No quiero volver a lavar ese auto.

Joe dio un grito. Roxy lo rodeó con los brazos y casi lo arrastró fuera del auto. Joe no podía estar parado. Bajaba las piernas, pero se le doblaban, de manera que cayó en el camino.

—Acerca un poco el auto —dijo Dillon.

Roxy subió al auto y lo adelantó. Joe yacía en el círculo rojo de la luz trasera. Estaba total y terriblemente dominado por el pánico. De repente perdió el control de los esfínteres. Dillon le disparó con la Thompson, un solo rugido áspero del arma, matándolo instantáneamente.

—Tenemos que tirarlo al río —dijo. Roxy se asomó fuera del auto.

—No me gusta tocarlo —dijo—. Detesto tocar a ese tipo.

—Muévete… podríamos tener compañía pronto.

Hasta Dillon estaba más lento que lo habitual. Puso la Thompson en el auto y ambos se dirigieron lentamente hasta donde estaba Joe y lo tiraron al río. Parados en la orilla vieron cómo el agua se cerraba sobre él. La corriente era fuerte. Podían ver el torrente a la luz de la luna. Joe estaría atendido por un tiempo.

Dillon avanzó hacia adelante y se lavó las manos en el río.

Se las secó en el pasto.

—Creo que no va a hablar más —dijo, mirando fijamente el río que se movía con rapidez.

Roxy estaba parado detrás de él. A pesar de que la noche era muy calurosa, sentía frío. Sus ojos estaban clavados en la espalda de Dillon. De repente se estremeció un poco.

Los dos días siguientes transcurrieron sin ninguna novedad. Tanto Dillon como Roxy estaban muy nerviosos. No hablaban de Joe, pero sin duda éste estaba en sus mentes. A la mañana del tercer día recibieron una especie de puñalada cuando Mamá Chester dijo durante la comida matinal:

—Hoy viene Joe. Prometió traerme algunas provisiones. Creo que llegará pronto. —Había mucho orgullo en su voz al decirlo.

Roxy levantó la mirada y miró a Dillon. Luego apartó su plato y se puso de pie.

—Tal vez traiga el diario —dijo con dificultad.

Una sonrisa delgada y triste apareció en la cara de Dillon.

Siguió a Roxy afuera, al aire libre. Se alejaron juntos.

—¿Te parece que vendrá la policía? —dijo Roxy quedamente.

Dillon hizo un gesto negativo.

—No parece propio de Joe hablar de este lugar... Tenemos que mantener los ojos bien abiertos, pero creo que no vendrán.

Roxy se sentó en un costado del pozo. Encendió un cigarrillo. Dillon pudo ver cómo le temblaban las manos. —Estamos corriendo un riesgo muy grande al quedamos aquí —dijo por fin.

Dillon puso el pie en el borde del pozo.

—¿Dónde diablos podríamos ir? —preguntó con irritación.

Roxy se encogió de hombros. No sabía. Se quedaron un rato allí discutiendo algunas cosas pero sin hacer ningún progreso. Luego Roxy se puso de pie con impaciencia.

—Me parece que voy a ir a arreglar ese cerco. Está casi terminado.

Dillon lo miró alejarse. Cuando Roxy hubo desaparecido por el costado de la casa vio venir a Chrissie. Se quedó parado buscando a Roxy. Dillon no le miraba la cara y la estudiaba del cuello para abajo. Una cierta tirantez le oprimió el pecho. Se le acercó lentamente con la intención de no sobresaltarla. Ella lo miró sin interés.

—Me voy a cazar —dijo cuando Dillon la alcanzó—. ¿Qué te parece si vienes a mirar?

Su rostro se iluminó un poco.

—Quiero a Roxy —dijo—. ¿Dónde está?

—Roxy está arreglando el viejo cerco en algún lado —contestó Dillon con toda la paciencia que podía reunir.

Sacó la pistola de la funda y fingió estar mirándola. El caño reluciente atrajo la atención de Chrissie. Se adelantó a mirarlo.

—¡Qué pistola!, ¿eh? —dijo Dillon, mostrándosela. Chrissie se había olvidado de Roxy. Estaba parada con la cabeza hacia un lado, con los ojos clavados anhelosamente en el arma.

—¿Qué te parece si nos metemos en el bosque? Puedes disparar esto, si quieres —propuso Dillon con la voz espesa.

Los ojos de Chrissie se abrieron.

—¿No hace un ruido terrible? —preguntó.

—Claro, pero no va a asustar a una chica grande como tú. Ven y pruébala.

Se volvió y empezó a alejarse. Chrissie vaciló. Dillon no le gustaba, pero la atracción del arma era demasiado para ella. Lo siguió.

—¿Puedo llevarla? —preguntó implorante.

Dillon le sacó el cargador y la bala de la recámara. No iba a permitirle tontear y dispararle.

—Por supuesto que puedes —dijo—. Ten cuidado.

Chrissie tomó el arma, sosteniéndola con cuidado, sus grandes manos la mecían como a una muñeca.

—Es pesada, ¿no? —comentó—. Apuesto a que Roxy tiene una pistola más grande que ésta.

Dillon seguía caminando.

—Roxy no tiene ninguna pistola —dijo—. Cuando dispares bien ésta lo sorprenderemos... será una buena idea.

El rostro de la chica se iluminó.

—Me gustaría eso. Me gustaría sorprender a Roxy.

Dillon la miró. Caminaba muy cerca de ella. La manga de su chaqueta tocaba el brazo de ella. Extendió la mano y le tocó el hombro. El contacto mandó una llamita al rojo vivo que lo atravesó. Ella se espantó, con la mirada repentinamente nerviosa.

Dillon sonrió. La respiración le salía sibilante por la nariz.

—Tenemos que alejarnos de la casa. Nos oirían tirar y arruinaríamos la sorpresa.

La mente de ella volvió a Roxy y sus nervios se calmaron. Dillon no volvió a tocarla. El bosque espeso se abría en un claro. Dillon se detuvo.

—Creo que acá estaremos bien —dijo. Se sentó en el pasto.

—Ven acá abajo —le dijo, con el pulso latiéndole en la sien—. Te enseñaré a preparar la pistola.

Ella se quedó parada mirándolo, y él trataba de sonreírle, pero en su cara sólo se veía una mueca, la mirada de los ojos de Dillon la asustaba. Dio un paso atrás.

Dillon sacó el cargador del bolsillo. Trataba de sonar casual.

—Dame la pistola.

Ella se inclinó hacia adelante, tendiéndosela pero manteniéndose a distancia. Había una tensa mirada asustada en su rostro que le recordaba a Dillon a algún animal tímido, inseguro de sí mismo. Tomó la pistola, y su mano tocó la de ella, que dio un paso atrás otra vez.

Dillon colocó el cargador y tiró de la corredera haciendo que un proyectil cayera en la recámara.

—Siéntate —le dijo—. Quiero mostrarte cómo funciona. Ella no se movió. Dillon tenía la impresión de que estaba por escaparse. Se apartó de ella con rapidez.

—Mira allí —le indicó, señalando la rama rota de un árbol a través del claro. Colgaba como un brazo marchito. —Mira cómo le disparo.

Cuando levantó el arma, la mano le temblaba. La mirilla subía y bajaba, y él maldecía quedamente.

—No te asustes por el estrépito —musitó. Sabía que si no empezaba a disparar y mantener su interés, ella se iría. Podía sentir su pánico creciente.

Sonó el disparo. En la quietud del bosque el ruido era terrible. Chrissie suspiró. Aunque el rugido del arma la había hecho echarse atrás, quería probar.

—Creo que no soy tan bueno —comentó Dillon—. Le erré.

Probó nuevamente apretando el arma hasta que le sudó la mano. Inhalaba con fuerza, contenía el aliento, y luego apretaba el gatillo. Sonó otro disparo. Esta vez, una lluvia de astillas salió volando de la rama.

Chrissie aplaudió.

—¡Oh! ¡Qué bien! —se entusiasmó.

Dillon no dijo nada. Disparó una vez más. La rama cayó un poco.

—Ahora prueba tú —invitó, poniéndose lentamente de pie.

Chrissie se le acercó, con la mirada fija en la pistola. Se había olvidado de él.

—Párate aquí —dijo Dillon con dificultad.

Ella estaba muy cerca de él, con el rostro atento y excitado. Dillon se puso un poco de costado y sacó el cargador. No iba a correr ningún riesgo. Puso el arma en la mano de ella y se le paró un poco detrás.

Ella estaba parada con la mirada fija en la rama del árbol.

—Sostenla así. —Le puso la mano en la cintura, levantándole el brazo y haciéndole tomar puntería. La carne firme le quemaba en la mano. Sintió que un estremecimiento la recorría, pero estaba tan ansiosa por disparar que le permitió que la tocara.

Con la sangre latiéndole en los oídos, Dillon le aferró la cintura con la otra mano. Dijo con voz espesa:

—No te asustes. No voy a hacerte daño.

El arma cayó de la mano de Chrissie. La olvidó de inmediato. La presión aterradora, cada vez más fuerte, de las manos de Dillon, le provocó un pánico ciego. Se quedó temblando, con los ojos enloquecidos. Empezó a murmurar.

—¡Para ese maldito ruido! —gruñó él.

La atrajo fuertemente contra su cuerpo. Su cara débil e idiota lo enfermaba, pero su femineidad lo excitaba. Dio vuelta el cuerpo cada vez más rígido de ella y la estrechó contra él.

De repente, como un resorte, ella se soltó. Su fuerza lo hizo tambalear por completo. La había tenido apretada con fuerza, pero después los brazos de él habían sido completamente impotentes

contra el repentino retorcerse y levantarse del cuerpo de ella, que se apartó de un salto sin mirar para atrás. Corrió balbuceante internándose en el bosque.

Dillon no hizo ninguna tentativa por seguirla. Sólo se quedó mirándola, con una sensación de frustración profunda que lo invadía. Cuando Chrissie hubo desaparecido y el último sonido de su huida se hubo apagado, Dillon se movió con cierta inseguridad, como si fuera a perseguida. Luego se detuvo. Roxy estaba parado en el claro, con el rostro blanco y los ojos brillándole peligrosamente.

—Te vi —dijo—. Maldita liendre.

Toda la furia acumulada de Dillon se centró en Roxy. Ahí tenía alguien en quien descargar su rabia. Empezó a deslizarse por el pasto, con los ojos relucientes.

Roxy se quitó la chaqueta y la dejó caer a sus pies.

—Te previne una vez acerca de esto —le dijo entre dientes—. Creo que ahora tengo que hacértelo entender.

Se acercó con increíble rapidez a Dillon, quien no se tomó el trabajo de protegerse. Tenía demasiada confianza en su propia fuerza. Tiró una izquierda larga y fuerte a la cabeza de Roxy cuando éste se le acercó pero Roxy se corrió un poco, sin detener su arremetida, y el puño de Dillon le pasó por encima del hombro.

Roxy se acercó mucho y le dio a Dillon dos fuertes golpes en el cuerpo. Dillon se enloqueció y erró todos sus golpes furiosos.

Roxy entraba y salía. Cada vez que entraba, su puño se estrellaba sordamente contra Dillon, y cuando salía, Dillon le erraba el golpe.

Dillon trataba de acercarse y luchar, pero Roxy seguía apartándose, dándole cuando arremetía. Dillon estaba recibiendo una paliza terrible, pero no sentía mucho Estaba demasiado rabioso como para sentir algo. Roxy le pegó dos veces en la mandíbula lo más fuerte que pudo. Los golpes mandaban a Dillon con la cabeza para atrás, pero no lo detenían.

Eso asustaba a Roxy y daba confianza a Dillon. Empezó a afirmarse. Lanzó la violenta izquierda habitual que Roxy esperaba y luego una derecha que le acertó. El golpe hizo que Roxy cayera de rodillas. Dillon fue al ataque, recibiendo la débil izquierda de su rival en la cara, pero metiéndole dos puñetazos feroces en las costillas.

Después de eso, Dillon empezó a dominar la situación. Seguía pegando y Roxy no podía retroceder con la rapidez necesaria. El pie se le enganchó en un copete de pasto y cayó hacia atrás. Dillon se tiró sobre él, aplastándolo completamente con su peso.

Ninguno de los dos dijo nada. Roxy se incorporó un poco y tomó a Dillon del cuello. No podía meterse completamente debajo de la barbilla de Dillon. Empezó a perder la cabeza. Sus piernas pateaban salvajemente mientras trataba de mover a Dillon. Podía ver ese rostro frío y despiadado cerca de él y su fuerza empezó a menguar.

Dillon levantó el puño y lo estrelló contra la cara de Roxy, que estaba vuelta para arriba. Las manos de Roxy cayeron fláccidas. Dillon se movió un poco y tomó a Roxy de la garganta. Puso todo su peso en sus manos. Roxy pataleaba un poco.

—Siempre fuiste un tipo listo —jadeó Dillon.

Se quedó allí hasta que Roxy murió.

Los dos permanecieron tan quietos en el claro que un pajarito se lanzó de un árbol y fue saltando hacia ellos. Los vigilaba con ojos brillantes y suspicaces, con su cabecita ligeramente hacia un lado. Luego, cuando Dillon se incorporó lentamente, salió volando apresuradamente.

Dillon permaneció de pie sobre Roxy, mientras se tocaba la cara magullada con una de las manos. Luego se volvió y se dirigió de vuelta a la casa, a los tropezones. Se aproximaba con cautela, pero parecía no haber nadie en torno.

Cerca del viejo granero había un pico y una pala. Los tomó con cuidado y volvió al bosque.

La sepultura que cavó para Roxy no era profunda, pero estaba lejos del sendero y seria difícil de encontrar. Aplastó bien el suelo y lo cubrió con ramas de árboles. Luego se incorporó, con el rostro bañado en sudor.

De detrás de un gran macizo de arbustos, Chrissie lo vigilaba con ojos desconcertados, y cuando él se fue, salió silenciosamente y se quedó mirando la sepultura.

Cuando Dillon hubo puesto el pico y la pala de vuelta en su lugar, se fue caminando a los campos. Quería pensar en lo que tenía que hacer. ¿Sería seguro tomar el auto y mandarse a mudar? ¿Chrissie contaría algo? Él suponía que tal vez no lo hiciera. Podría haber olvidado lo que él había tratado de hacer. Era lo bastante chiflada como para olvidar todo.

Tenía dinero y tenía el auto, pero, ¿podía correr el riesgo e irse ahora o sería mejor esperar? No podía decidirse. Seguía caminando, sin que la muerte de Roxy lo alterara. Cuando los tipos se le ponían en el camino, él simplemente les pasaba por encima. Tenía que vivir, se decía, y los demás tenían que cuidarse.

Al avanzar por el campo, se topó con Mamá Chester. Estaba trabajando la tierra, dando vuelta el suelo marrón con una larga azada. Se detuvo, apartando un mechón de cabello gris que le caía sobre los ojos.

—Roxy se marchó —dijo Dillon.

Ella se puso de pie, apoyando su peso en el mango de la azada.

—¿Por qué? —preguntó. Su rostro mostraba la impaciencia que tenía por seguir con su trabajo.

Dillon se encogió de hombros.

—Creo que estaba cansado de estar en esta pocilga —dijo con indiferencia.

—¿Usted no se va? —preguntó ella.

—Todavía no. Pero ya me iré.

Mamá Chester meneó la cabeza.

—Joe no vino —dijo—. No es propio de Joe decir una cosa y hacer otra.

Dillon hizo como que se iba.

—Tal vez esté ocupado —dijo. Eso lo había decidido. Se iría pronto. Se dijo que hasta podría irse esa misma noche. Se alejó, dejándola con su trabajo. No miró para atrás.

Estaba decidido que no se iría esa noche. En un poste de telégrafo, a pocos kilómetros de la granja, vio un aviso. Tenía su fotografía. Se quedó parado allí, con la boca secándosele, leyendo el aviso. Ofrecía cinco mil dólares por él, vivo o muerto.

Un ligero sentimiento de pánico se apoderó de él mientras leía. Allí, en la soledad de las colinas, había un retrato que atraía la atención hacia él. Cualquier persona que encontrara podía reconocerlo. Cualquiera que sospechara de él podría traer a los agentes federales en sus aviones o automóviles para atraparlo. Se volvió con apuro y casi corrió de vuelta a la granja.

Pasó el resto del día en su habitación, sentado junto a la ventana, vigilando. Sus nervios habían estado en un estado tal que el menor ruido lo hacía ponerse rígido.

Empezó a pensar en Roxy. No podía convencerse de que estuviera muerto. Hubiera sido lo más natural que Roxy abriera la puerta y entrara. No había nadie a quien gruñirle, y de repente se dio cuenta de que no tenía con quién jugar a las cartas. Eso era grave. Tenía ante él las largas horas de la noche sin nada que hacer y el sueño muy lejos.

Pues bien, Roxy lo tenía merecido, pensaba con rabia. Ese tipo tenía ideas muy estrechas. Eso volvió a hacerlo pensar en Chrissie. Se apoyó contra la pared pensando en ella. Lo que pasaba por su

mente lo inquietaba. Se puso de pie y empezó a recorrer la habitación a grandes pasos. Lo ponía nervioso salir por si se encontraba con ella y empezara a chillar. Tal vez la vieja se pusiera furiosa. En ese momento no podía permitirse tener problemas con ella.

Permaneció encerrado en su cuarto hasta después de la caída del sol. Luego salió, calculando que Chrissie se habría ido a dormir.

Mamá Chester estaba sirviendo la cena. Le lanzó una mirada dura.

—¿Qué pasa con Chrissie? —le preguntó. Dillon volvió un rostro sin expresión hacia ella.

—¿Qué le pasa?

La vieja se encogió de hombros.

—Supongo que está de mal humor —murmuró con tono cansado —. No ha dicho una sola palabra desde que volvió.

Dillon respiró aliviado.

—Tal vez esté alterada porque Roxy se fue —sugirió, sentándose a la mesa.

La anciana vino cojeando de la cocina y también se sentó. Mamá Chester meneaba la cabeza. Trajo una fuente de comida del horno y la puso frente a Dillon.

—No le he contado lo de Roxy —dijo—. Podría excitarse.

Dillon se sirvió y empujó la fuente hacia el anciano.

—Alguna vez va a tener que saberlo —comentó.

—¿Joe todavía no vino? —chilló el viejo de repente, sin dejar de comer.

Dillon levantó rápidamente la mirada, sin decir nada.

—Me parece que Joe está enfermo —dijo Mamá Chester con inquietud.

Dillon comía en silencio. Sentía que los alegraría verlo irse a su cuarto. Cuando la comida terminó, se puso de pie y fue afuera y se sentó en el porche. La noche era muy cálida y vaporosas nubes blancas se movían en el cielo cada vez más oscuro.

Permaneció sentado allí cavilando. Pensar en su habitación sin Roxy le resultaba insoportable. De tanto en tanto, Chrissie aparecía en sus pensamientos y él trataba de apartar su imagen.

Oyó que el viejo se iba a dormir. El anciano tenía hábitos fijos. Salió un momento y luego volvió cojeando. Le gruñó a Dillon cuando pasó.

Éste se incorporó y volvió a la choza.

Mamá Chester estaba lavando los platos. Dillon no le dijo nada y se encerró en su cuarto.

La tenue luz vacilante de la vela hacía que las sombras fueran opresivas. Se quedó mirando en torno de la habitación, con nervios que se tensaban ante cualquier sombra que se moviera. Su mirada cayó sobre una botella de whisky que Roxy guardaba cerca de él. Fue y la tomó.

Dillon no tornaba bebidas fuertes. Se había disciplinado años atrás. En ese momento no dudó. Vertió el whisky en un vaso y se echó el ardiente contenido en la garganta. Después se quedó tosiendo y escupiendo, mientras trataba de recuperar el aliento.

La bebida le hizo cosas. Sintió una repentina oleada de coraje y sus nervios alterados se relajaron. Volvió a llenar el vaso y se sentó junto a la ventana abierta. Afuera, podía oír a Mamá Chester echar llave. Podía oírla caminar pesadamente por la otra habitación y luego, escuchando atentamente, la oyó apagar la lámpara. El ruido de sus movimientos torpes a través de la habitación le llegaba claramente. Luego se cerró una puerta.

Se puso de pie, tomó la vela de la repisa de la chimenea y la puso sobre la mesa. Luego, por hacer algo, controló su dinero. Puso la pila de billetes frente a él y los contó con cuidado. Los separó en dos fajas que guardó en el bolsillo. Luego se inclinó hacia adelante y apagó la vela. La luna daba una luz tenue en la habitación y Dillon volvió a la ventana y se sentó.

Su mano se cerró sobre el vaso y tomó un largo trago de whisky. Retuvo el licor en la boca durante un segundo antes de tragarlo. Empezó a sentir la cabeza un poco ligera.

Chrissie salió de las sombras y lo miró. Lo llamaba desde el corredor oscuro del exterior. Estaba sentada a su lado acariciándole la manga. Estaba en todas partes en la habitación.

Y sin embargo él seguía sentado allí, dejando que las horas pasaran, con la pequeña ascua ardiente del horror que quería cometer muriendo lentamente en su mente.

Luego se levantó. Se agachó y se sacó los zapatos. La oscuridad sofocante de la habitación pesaba sobre él. Dio un lento paso hacia adelante y luego otro. Su avance era silencioso. Abriendo la puerta entró en la habitación exterior. Un leve resplandor llegaba de la cocina y el carbón silbaba un poco. Siguió avanzando, probando cada tablón cuidadosamente con su pie con media antes de descargar todo su peso en él.

Sus manos tocaron la madera áspera de la puerta de Chrissie. Giró el picaporte y entró.

No veía nada. Era como si estuviera ciego. Cerró suavemente la puerta tras de sí, ayudándola con los dedos para que no hiciera el

menor ruido. Luego extendió la mano y volvió a avanzar, tanteando en busca del pie de la cama. Los vapores del whisky le apretaban el cerebro, y sentía que las piernas se le aflojaban a medida que avanzaba. Le parecía que tenía que haberse movido a través de la habitación y lo sobresaltó tocar la fría barandilla de la cama.

Esperó allí, escuchando. Podía oír débilmente la respiración de Chrissie. Muy débilmente, como si ella estuviera muy lejos de él.

Avanzó, apretando la pierna contra el costado de la cama para guiarse. Su mano tocó la barandilla en la cabecera de la cama. Se agachó un poco, bajando las manos, buscando muy suavemente la garganta de Chrissie. Manos que estaban listas para cortar cualquier grito que ella pudiera dar.

Sus manos tocaron algo. Algo frío llegó a su tacto. Algo que no le gustaba. Las apartó. Un pequeño estremecimiento lo recorrió porque la cosa que acababa de tocar no se parecía a nada que él conociera. Lo asustaba.

Enojado consigo mismo, volvió a extender la mano. Sus dedos encontraron un rostro. Sabía que estaba tocando una cara. Sentía la nariz, y las cejas eran ásperas a su tacto. Pero el rostro era frío y correoso, y no el rostro suave y cálido que esperaba.

Respirando con dificultad, retiró la mano de golpe y con dedos temblorosos tanteó en busca de un fósforo. El sudor le corría por la cara. Encendió el fósforo, que ardió con un pequeño siseo.

Vio la silueta de un cuerpo que yacía debajo de la sábana sucia e, inclinándose, se encontró mirando el rostro sin vida de Roxy.

El grito de Dillon despertó a Chrissie, que había estado durmiendo en un rincón lejos de la cama. Se levantó de un salto, aterrada al ver a Dillon parado allí; y cuando lo vio, el fósforo se apagó, el revólver de Roxy que ella tenía abrazado contra su pecho se disparó en su mano retorcida, y la bala dio en Dillon, tirándolo al piso.

Tuvo unos pocos segundos de dolor antes que la vida lo abandonara.

Notas



[1] En una pelea, quedan enganchados cuerpo a cuerpo, producto de un agarre. < <

[2] También llamado *Gancho*. Un puñetazo vertical y ascendente que se ejecuta con la mano en posición posterior. <<

[3] Cercanía del cuadrilátero. <<

[4] Tonto, idiota. <<

[5] Persona pequeña y poco importante. < <

[6] Dicho de una mujer, que da con facilidad favores sexuales, especialmente por interés, sin ser prostituta de oficio. < <